



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcón, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Antón (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnó, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, Albuérne, Ardanaz, Ariza, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremon, Breton de los Herreros (Manuel), Blasco, Calvo Asensio (D. Pedro), Campoamor, Camus, Canalejas, Canete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Cervino, Cheste (conde de), Collado, Cortina, Corradi, Calvo, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio (D. Gonzalo), Cufián, Cuervo, Díaz (José María), Durán, Duque de Rivas, Echevarría (J. A.), Espín y Guillén, Estrada, Echevarría, Equiz, Escosura, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Río, Fernández y González, Fernández Guerra, Fernández de los Ríos, Ferrnán Toró, Flores, Figueroa, Figueroa (Augusto Suarez de), García Gutiérrez, Gavarró, Gálvez de Molina (D. Javier), Graells, Gimenéz Serrano, Girón, Gómez Marín, Güell y René, Güelvenzu, Guerrero, Incenga, Harlzenbusch, Iriarte, Zapata, Janer, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Laxama, Lopez Guisárra, Lorenzana, Llorente, Lafuente, Macanaz, Martos, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Merelo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Ortíz, Ortíz de Pinelo, Olzaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pascual (D. Agustín), Pérez Galdós, Pérez Lirio, Pi y Margall, Poe, Reinoso, Retes, Revilla, Ríos y Rosas, Rivera, Rívera, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rodríguez (G.), Rosa y González, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagaminaga, Sanz Pérez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmerón, Sanromá, Selgas, Segovia, Serrano Alcázar, Sellés, Tamayo, Trueba, Tubino, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultra-
 mar: 12 pesos fuertes oro por año.
 PRECIO DE LOS ANUNCIOS.
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sen-
 cillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 25 de Mayo de 1881.

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales li-
 brerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en li-
 branzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este
 medio deberá hacerse bajo certificado.
 Redaccion y Administracion, Carrera de San Jerónimo, 31.

SUMARIO.

Revista general, por D. Miguel Moya.—Cervantes y Calderon, por D. Tristan Medina.—El porvenir de la agricultura española, por D. Fernando Corradi.—El espíritu del siglo, por D. Pablo Nougués.—El presidente de la República Argentina, Julio A. Roca, por D. Héctor Florencio Varela.—Rusia, Pedro el Grande, por D. Eusebio Asquerino.—La Devoción de la Cruz, por don Eugenio de Olavarría y Huarte.—El Pesimismo de Leopardi, por D. Antonio Ledesma Hernández.—El personalismo y la indisciplina de los partidos, por D. T. Rodríguez Pinilla.—Repúblicas americanas, por D. P. Ruiz Albistur.—A Calderon, por D. Marcos Zapata.—Verdades poéticas de D. Melchor de Palau, por D. Alfredo Opisso.—Sueltos.—Anuncios.

REVISTA GENERAL.

Un escritor ilustre lo ha dicho. Los pueblos tienen el oído tardo y la vida muy larga; por tanto, la sordera que padecen no es incurable y no es difícil que lleguen á rectificar sus propios errores. Inglaterra, sacando de las misteriosas sombras de su olvido la figura de Shakespeare para colocarla en un monumento, al que sirve de pedestal la fama, no ha hecho más que pagar una deuda que la avergonzaba y honrarse á sí propia, porque más alto que todas las estatuas está el nombre del gran poeta inglés y más duraderos que todos los bronces son sus obras. Portugal se ha redimido de su ingratitude para con Camoens haciendo que sirviesen de escolta á sus cenizas, al ser trasladadas al templo de Belen, las cenizas de Vasco de Gama. España celebra en estos momentos en Calderon las grandezas de sus génius más renombrados. Un monumento es ejemplar. Las ilustres cabezas de los grandes hombres derraman luz, y Víctor Hugo tiene razon al asegurar que las muchedumbres, como las olas, necesitan faros que se eleven sobre ellas. Las estatuas son un aviso á la admiracion pública. Los centenarios parecen una decoracion de la gloria. Por delante de esa decoracion vamos á ver desfilar la admirable figura del autor de *La vida es sueño*. El sueño de la inmortalidad es la gloria. Todas las disensiones deben ceder estos dias su puesto á la admiracion y al entusiasmo. No nos inquietemos por cuestion de etiqueta. Los uniformes sólo viven pensando en el sitio que les señalan para lucir. Los génius no entienden de prioridades. No nos escudemos para protestar contra el centenario, porque no es de iniciativa conservadora en los nombres de Cervantes y de Lope de Vega. Ahora se da el privilegio á la ocasion, no al

mérito. Cervantes, Calderon y Lope de Vega, son dignos de que se celebren en su honor Centenarios famosos. ¿Cuál lo merece más? Todos. Entre Schlegel, que considera á Calderon desde las alturas de la más elevada poesia y le coloca en el punto culminante del romanticismo; y Sismondi, que le mira al través de la prosaica manera de los dramáticos franceses y además en la parte religiosa con todas las prevenciones de un protestante contra la comunión católica, debe colocarse quien imparcialmente quiera juzgar á nuestro gran poeta y retratar con la fidelidad y la expresion y la vida y el color que eran prodigios de Van-Dick, su fisonomía dramática. En concepto del uno, para Calderon, la existencia humana no es un emigna oscuro; sus mismas lágrimas son como una gota de rocío sobre una flor; presenta al resplandor del sol la imágen del cielo; su poesia, cualquiera que sea el asunto que aparente, es un himno infatigable de gozo sobre la magnificencia de la creacion. En opinion del otro, jamás tiene una expresion patética ó sublime por su verdad y sencillez y ha escedido á todos los poetas castellanos en el amaneramiento y en el modo de alambicar las ideas. Para nosotros, Calderon es grande, perfeccionando con nuevos enredos y realizándola con mayor colorido aquella ingeniosísima novela que Lope llevara á la escena; es grande cuando pinta caracteres nobles, levantados, caballerescos, modelos de honra y valentía; es grande en los pensamientos que brillan en su versificación como destellos milagrosos del génius; es grande en aquella lucha que entre el desconsolador escepticismo y la fé ciega se libra á cada momento en su alma y produce obras inmortales. Buscarle defectos, sobre no ser difícil, seria buen camino para llegar sin muchas molestias á la fama. A los génius no se los discute, se los admira. El gran crimen de Voltaire es haberse reido de Shakespeare. Calderon de la Barca nació en Madrid el 16 de Enero de 1600, de tan noble familia, que hay quien le hace descender del rey Don Ramiro I de Aragon. A los nueve años comenzó con notable aprovechamiento el estudio de Humanidades; á los trece compuso su primera comedia, y poco despues, en la Universidad de Salamanca, se hacia notar por su rara disposicion para aprender la geografia, la historia y el derecho. En 1625 pasó á Milan para

militar bajo las banderas españolas, pero no por eso olvidó el cultivo de las letras, sino que supo hermanarle con el ejercicio de las armas. En 1626, muerto Lope de Vega, eligió el Rey á Calderon para que escribiese las comedias que hubiera que representar en los teatros reales, y al siguiente año le honró con el hábito de Santiago. El año 51, obtenida licencia del Consejo de las Ordenes, vistió el hábito sacerdotal, entrando á formar parte de una Congregacion religiosa. Diez años despues fué nombrado capellan de honor de S. M., y por último, entró en la Congregacion de Presbíteros Naturales de Madrid, de la que tardó bien poco en ser elegido presidente. La vejez no le impidió escribir. Sorprendióle la muerte el 25 de Mayo de 1681, á los ochenta años cumplidos, y cuando con más ardor se ocupaba en dar término á un Auto sacramental. El ilustre biógrafo de quien tomamos estas noticias, dice que Calderon era, no obstante la afabilidad y blandura de su trato, de grave semblante y condicion austera, enjuto de carnes, de bien dispuestas facciones, mirada penetrante y viva, mostrando en su alta y grandiosa frente la elevacion y profundidad de su pensamiento. Segun Vera Tasis, Calderon compuso desde la edad de 13 años á la de 81, ciento veinte y dos comedias por sí solo, y siete en compañía de otros ingenios, habiendo sido la primera de aquellas la de *San Elias, ó el carro del cielo*, y la última la de *Hado y divisa de Leonido y de Marfisa*. He aquí los títulos de las principales. La vida es sueño.—Casa con dos puertas.—La devoción de la cruz.—Lances de amor y fortuna.—La dama duende.—El mayor encanto amor.—El Galan fantasma.—El médico de su honra.—Hombre pobre todo es trazas.—A secreto agravio secreta venganza.—Amor, honor y poder.—En esta vida todo es verdad y todo mentira.—Afectos de odio y amor.—Fieras afemina amor.—El mágico prodigioso.—Amigo amante y leal.—El triunfo de la luz. Los empeños de un acaso.—Manos blancas no ofenden.—El secreto á voces.—Primero soy yo.—Dad tiempo al tiempo.—Dicha y desdicha del nombre.—El mayor monstruo los celos.—El cisma de Inglaterra.—El Tetrarca de Jerusalem.—El Alcalde de Zalamea.—Con quién vengo, vengo.—Bien vengas mal si bienes solo. Entre los autos sacramentales merecen recordarse los titulados: Las espigas de Ruth.—Los alimentos del hombre.—El pintor de su deshonra.—El pastor Fido.—La primera flor del Carmelo.—

El viático Cordero.—La divina Filotea.—Andrómeda y Peneo.—El Año santo en Roma.—El verdadero Dios Pan.—El valle de la Zarzuela.—Cupido, y El Divino Orfeo.

Juicios críticos acerca de D. Pedro Calderon de la Barca.

DE MARTINEZ DE LA ROSA:—Dotado de ingenio el más agudo, de inspiración no tan vehemente como osada y florida, de invención menos vasta que la de Lope, pero más sutil y artificiosa; no tan rico en el habla, aunque también fácil y puro; buen versificador ya que no tan gran poeta, parecía que Calderon había nacido para ocupar el puesto que iba a dejar vacío su célebre predecesor, y aún tal vez para sacarle ventaja. De familia noble, de educación esmerada y bien acogido en una corte tan culta y elegante, pudo desde luego Calderon observar el cuadro vasto y ameno que se presentaba a su vista, y dar a su elocución y a su estilo, aquel barniz limpio y suave que tanto agrada en el teatro.

Mas, por desgracia, las cualidades de ese poeta, su siglo y su nación, influyeron en él desventajosamente, contribuyendo a alejarle de la buena senda: el talento de Calderon era grande, su instrucción no escasa, aunque no bastante sana y escogida; nació en esa época de contagio en que por todas partes cundían la afectación y el culteranismo; vió delante de sí a un Lope que había sobresalido tanto sacudiendo las trabas del arte; sintióse él propio más inclinado a lucir las dotes espontáneas del ingenio, que las que se adquieren a costa de continuo trabajo y de penosa observación, y halló más fácil y lisonjero pintar con libertad y gracia, que esclavizarse a retratar fielmente costumbres y caracteres. La índole de su talento, el ejemplo de los demás dramáticos, el gusto del público, todo le convidaba a buscar en sus dramas la novedad y artificio, más bien que la imitación y la verdad, hallándose seguro de que lograría luego, con la viveza y brillo de los colores, disimular las faltas de corrección en el diseño.

En lo que brilla el gran talento de Calderon, no es en la parte de caracteres, si no en el artificio dramático: cualidad preciosa, que le valió en sus tiempos tantos aplausos, que le sostiene todavía con crédito en nuestro teatro y que le ha adquirido gran renombre en el extranjero, especialmente en el de Alemania. En la mayor parte de los dramáticos, se nota escasez y dificultad en la invención y en la trama: en Calderon solo se advierte exceso y demasía: en comedias de otros autores el espectador corre a la par del poeta, y aun le guía tal vez el paso previendo el curso y término de los sucesos; con Calderon siempre se queda atrás y se reconoce inferior. Muchas composiciones suyas manifiestan no solo su mérito sobresaliente en este poeta, sino de lo que hubiera sido capaz, si la razón y el buen gusto hubiesen moderado el ímpetu de su fantasía; por que a veces es tal la abundancia de incidentes, que su peso cansa y agobia, y tan artificioso el enredo dramático, que antes parece maraña que nudo.

DE D. JAVIER DE BURGOS: Calderon tiene golpes de teatro magníficos; habla a veces al corazón, y arrastra siempre a la imaginación y la cautiva: testigo el efecto constante y casi mágico, que por más de dos siglos ha producido la representación de sus obras, y que produciría aun hoy si se supiesen recitar sus hermosísimos versos; testigo el gran poeta cómico de nuestros días que, hablando de ciertas comedias bárbaras que hace veinte y cinco años se representaban con mucho aplauso, decía: ¡Cuánto más valen Solís, Moreto, Calderon y Rojas cuando deliran, que estos otros cuando hablan con razón!

DE D. GONZALO MIRON: Calderon y Shakespeare asemejanse en una sola cosa: en que aplicaron al teatro todos los géneros más varios de poesía, y reflejaron todo lo que había más grave y profundo, en la vida moral de su respectivo país. Ostenta el poeta del Mediodía mayor fecundidad de imaginación que el del Norte; pero la de éste es más profunda. Distingue al primero la pompa y riqueza más lujosa en la descripción de situaciones y pasiones, mientras el segundo revela en una frase, en dos palabras, todo lo que hay más íntimo y misterioso en el corazón humano. Los dos son, sin duda, el ornamento y los más bellos genios de su nación, y la memoria del poeta madrileño será respetable y sagrada para los españoles, mientras aprecien y recuerden con emoción y con entusiasmo las brillantes páginas de su historia, y todo lo que hubo noble, generoso y magnánimo en el carácter español.

DE MESONERO ROMANOS: Las comedias llamadas de enredo colocan a Calderon en una línea especial, en un puesto eminente sobre cuantos dramáticos han intentado antes y después enredos teatrales, y son un testimonio claro de que su inagotable imaginación le suministraba una rica serie de recursos dramáticos y le hacia parecer siempre nuevo, siempre ingenioso y siempre admirable. Ni sólo lo fué para los españoles: los autores más clásicos de Francia e Italia se apresuraron a rendirle el homenaje debido a su talento: Corneille le debió su *Heraclio*; Moliere tomó la idea de *Las mujeres literatas* en la de *No hay burlas con el amor*, y el célebre Metastasio le imitó repetidas veces.

DE GIL DE ZARATE: Sobresalen en Calderon las

ideas sublimes, las imágenes atrevidas mas bien que los rasgos de pasión y sensibilidad; pero fuera de que no es raro encontrar trozos verdaderamente tiernos y confesando que ha echado a perder muchas situaciones patéticas con el propósito de ostentar una poesía estemporánea, tenemos aquí otro defecto del sistema y del gusto de la época. Ciertamente, preferible es en muchos casos una exclamación sentida a la más bella amplificación poética; pero el público de Calderon no era de este modo de pensar, y hubiera tenido por poco ingenioso al poeta que se hubiere contentado con un jahl de horror de un amante al ver muerta a su querida, en vez de manifestar su dolor con expresiones, a la verdad poco naturales, pero enfáticas y ponderativas.

DE HARTZENBUSCH: El drama español, constituido por el maravilloso ingenio de Lope, drama tan diferente del griego como la España de Felipe III y la Grecia de los tiempos de Alcibiades, era cuando Calderon principió a florecer, una ingeniosa novela dialogada en verso y a la cual daba asunto una competencia amorosa, bien entre caballeros, bien entre príncipes. Calderon, que fué menos inventor que perfeccionador, aceptó el género de Lope, escribió esa novela ingeniosa y empleó en ella mayor ingenio: combinó esas competencias de amor y las hizo más difíciles de solución, más copiosas de peripecias, más interesantes; pintó príncipes y caballeros, y los pintó más príncipes y más caballeros que los había retratado ninguno; representó en fin una misma cosa, pero muy grande y bella en el mayor número de sus dramas: el caballero español, el carácter nacional en su más elevada expresión y en su más noble y gallardo aspecto.

DE ALCALÁ GALIANO: Al frente de los autores dramáticos españoles, merece ser y está puesto don Pedro Calderon de la Barca: en la invención feliz, en la formación del enredo y desenredo de sus comedias ingenioso y acertado; en idear caracteres, casi siempre comun, aunque en raras ocasiones, como en Segismundo de *La vida es sueño*, en su *Alcalde de Zalamea* y otros, aun en esto acertó a ser eminente; en sus conceptos valiente, si bien con frecuencia afectado; con altas cualidades para lírico, para trágico, para cómico, con frecuencia desperdiciadas por sutilezas, hinchazón y pedantería, con fluidez, soltura, pompa, movilidad en la versificación; ya natural en la expresión, ya violento; una de las primeras glorias de España, en fin, aunque por muchos años tasada en méritos de su justo valor, y hoy acaso, acaso, a consecuencia de los elogios de algunos extranjeros, repetidos por no pocos de sus paisanos, avalorado en grado todavía superior al de su verdadero merecimiento.

DE D. FRANCISCO DE PAULA CANALEJAS: Es privilegio del arte, y lo disfruta grandemente Calderon de la Barca, el presentar de continuo a todas las edades originales aspectos y novísimos prismas que dan testimonio de la sublimidad y grandeza que entraña toda concepción estética. No es punto de extrañar; la belleza es lo divino, es lo infinito, y perdurablemente ante el espíritu del hombre limitado y finito presentará sus respetados y sorprendentes aspectos y maravillas sin cesar substituidas por otras no menos peregrinas. Calderon, estudiado como lírico; Calderon, estudiado como trágico, compitiendo con Shakespeare y oscureciendo a todos los demás trágicos de la edad moderna; Calderon, como poeta cómico; Calderon, como espejo de los usos y costumbres de nuestros antepasados; Calderon, como reflejo de las pasiones españolas; Calderon, como corona del arte caballeresco recogiendo y fecundando en su seno todas sus grandezas y todos sus extravíos; Calderon, como filósofo... Y sin embargo, la crítica calderoniana comienza y es fácil predecir, advertido el vuelo de los estudios, que aspectos aún no sospechados, conceptos y relaciones que el gusto poco educado de la época presente no ha visto en las comedias de Calderon saldrán a luz pasmando a las generaciones venideras, como nos ha sorprendido a nosotros la tendencia lírica y musical a la agrupación del diálogo dramático, el doctrinal místico, la concepción de lo trágico, la facundia cómica y el ímpetu siempre creciente en fuegos y en atrevimiento que señala el origen y término de las pasiones humanas en los dramas de Calderon de la Barca y que apuntaron Schlegel, Goethe, Durán, Schack, Hartzenbusch y Escosura.

¡Shakespeare y Calderon!—Dos nombres que honran a dos pueblos, más que todos los descubrimientos y todas las conquistas.

No preguntéis cual es más grande.

Preguntad, sí, cómo se les puede honrar más.

Después del convenio entre el Gobierno francés y el Bey de Túnez, suceso importantísimo que ha merecido que la atención de Europa se fije en él, y le comente y le discuta, puede decirse que en Francia el interés político ha estado fijo estos días en la discusión de la Cámara de representantes, sobre el escrutinio por circunscripción. Un triunfo más, en la lista de los innumerables que lleva conseguidos la política de Gambetta.

La Cámara oyó con aplauso la lectura del texto del tratado de paz con Túnez, que ha producido en Europa extraordinaria sensación, y que bien pudiera ser motivo de un conflicto fecundo en desventuras. El desagrado es en Italia mayor que en parte alguna. Italia y Francia, se ha dicho muy

bien, se han encontrado muchas veces en Túnez, porque Italia y Francia aspiran desde hace mucho tiempo a dominar la regencia. Los franceses han declarado varias veces que no podían consentir que Italia se apoderase de Túnez, por que esto perjudicaría a sus intereses: los italianos han afirmado en distintas ocasiones que la ocupación por parte de Francia de la Goleta, Bizerta y Gabes sería una amenaza permanente para el litoral siciliano. El convenio es el principio de una anexión. Difícil es profetizar en estos momentos las consecuencias que esa anexión va a producir por su influencia en la política europea.

La situación de Rusia está muy lejos de mejorar. Al general Loris Melikoff le ha reemplazado en el ministerio del Interior, Ignatieff. En la circular que el nuevo ministro acaba de publicar se dice: «Los momentos son difíciles; todo aque lo que los rusos quieren con extremo, la persona del soberano y el poder autocrático, sufren los ataques de algunos malhechores que por desventura encuentran apoyo en la relajación general de la moralidad y en el olvido de los deberes sociales. La policía es impotente para conjurar el mal.»

Turquía está comprometiéndose cada vez más en el conflicto franco-tunecino y atizando los disgustos que su solución ha causado en Inglaterra e Italia, sin duda por vengarse de la protección y simpatías que Francia dispensa a Grecia, enemiga eterna de la Puerta otomana. Grecia logra cada vez mayores beneficios. Las negociaciones sobre la frontera griega se hallan a punto de terminar satisfactoriamente. En la reunión del 17 quedaron acordados todos los puntos, menos el de evacuación del territorio cedido. Esperan que puedan el ejército y la administración de Grecia entrar en posesión a mediados del mes próximo.

La crisis de Italia continúa sin resolver.

Un nuevo encargo de la Corona es una nueva esperanza desvanecida.

Cuando todas las esperanzas se pierden, la realidad que se acerca no es muy risueña.

Si los periódicos canovistas no explicasen por las mil y una vez con los mismos argumentos, aunque en forma distinta, la vergonzosa derrota sufrida en las pasadas elecciones; si las irregularidades póstumas de los conservadores no estuviesen saltando en la administración cada día con verdadero asombro de los que no esperaban esta herencia de un gobierno que nada hizo para que bendiéramos o respetáramos su memoria; si las casas de juego, más famosas que el templo de Jano, segun es de ver como la opinión pública se preocupa de que estén abiertas o cerradas, no se hubiesen preparado para recibir a los forasteros dignamente, no habria tema digno de que la prensa diaria se fijase en él para comentarle y debatirle. Toda la atención está fija en las fiestas inauguradas y cuya manifestación más brillante con tanta ansiedad espera ya todo el mundo.

Aquí donde no se habla más que de gobernadores que se extralimitan, de promesas que no se cumplen, de candidatos desesperanzados y de consejeros místicos, un paréntesis a las conferencias importantes, a las combinaciones de gobernadores, a los arreglos de personal, a los anuncios de disidencias, a la confección de los presupuestos, es un verdadero motivo de asombro y regocijo nacional.

Las ilusiones de los hombres de administración están cumplidas. El Congreso de diputados mudo, y el Congreso de agricultores abierto.

La fiesta de San Isidro, es, como los dioses Homéricos, de eternal juventud. Fiesta variadísima, bulliciosa, delirante, ocasionada a deleite y a escándalo, característica y genial, en la que se revela lo singularísimo del espíritu religioso de nuestro pueblo que bebe el agua de San Isidro, seguro de que si va a la milagrosa fuente con calentura volverá sin ella, y apostrofa el Santo, si este, además de agua para las calenturas, quiere dar, acordándose de que fué labrador agua, para los sembrados.

Nunca faltan en la romería aquellas tiendas de rota estera que coronan los cerros en que se verifica, semejando un campamento; ni el humo de las buñolerías; ni los frasquetes de licor de oro; ni las cantarillas de leche de las Navas, ni los clásicos caballitos del tío Vivo; ni la dinastía de las tías Javieras; ni el vino que se sube a la cabeza; ni el clamoreo de aquel inmenso gentío en el que se ven tantas mujeres bonitas; ni los bailes en la dilatada pradera que al pie de la ermita se extiende; ni las fondas en que nada se frie tanto como la sangre de los que hacen el gasto.

En las tiendas de bisutería y quincalla alternan reducidas a figuritas de cartón, ó de barro santo, todas las notabilidades españolas, Lagartijo y Romero Robledo, doña Baldoquera y Castelar, Juan Brea y Cánovas.

Este año le ha tocado el turno a Echegaray.

Es uno de los pocos autores dramáticos que pueden estar tranquilos en un puesto de silbato.

De las fiestas y de la Exposición de Pinturas hablaré otro día.

Mi próxima crónica será, pues, una revista de cuadros.

Los cuadros del palacio de Indo y los cuadros al fresco.

En las últimas carreras ha sido premiado un caballo que se llama Frascuelo.
Buen nombre para caballo de plaza.
Por que los toros le mirarian con respeto.

Algunos forasteros se lamentaban ayer delante de la estatua de Calderon de que estuviera colocada delante del Teatro Español.
Calderon, *el de la barca*,—decian,—debe estar en el Estanque del Retiro.

MIGUEL MOYA.

CERVANTES Y CALDERON.

Sin la debida apreciacion de su poesia y de su literatura, la historia de una nacion civilizada, aún tratándose de la más aguerida y conquistadora, pareceme incompleta, se me hace incomprendible. Digamos que es como una estatua de Polifemo sin el ojo ciclopeo claravidente; faltándole, pues, aquella vida preciosa, aquél órgano que más al vivo trata el espíritu y el carácter de una personalidad.

BACON.

Aun acercándonos, como lo hacemos, á la estatua majestuosa, hoy gloria y ornamento, el más bello de nuestra capital, en cuya base alumbrada el sol de España, esta leyenda soberbia que el sol de Grecia no leyó jamás en los frontis ni en las pronaos de un templo consagrado á Palas Atenea:—*sueño todo serví, menos tu gloria*;—aún acercándonos á la estatua del sacerdote-poeta, con aquél respeto antiguo, con que niños y luego jóvenes, nos acercábamos á otras efigies, conmemoraciones tambien de la vida inmortal; nos embarga el temor de ser profanos, de vernos espulsados del templo, y sentimos la necesidad de permanecer inmóviles para despertar menos la atencion de los mistagogos vigilantes, y mudos para mayor reverencia; y elevamos nuestro himno de admiracion, como en presencia de un Dios la oracion más íntima, sin atrevernos á pronunciar una palabra, ni siquiera exhalar un sollozo. ¿Quién puede hablar con uno de los más escelsos artistas de la palabra? ¿Quién se atreve á cantar delante de un cantor soberano, ni aún delante de su tumba? ¿Qué tórtola no cesa en su quejumbre, prefiriendo oír al ruiseñor en la profundidad de la noche? ¿Qué hacer más que pensar absorto, petrificado tambien, delante del génio estático y sereno en su inmortalidad de piedra? ¿Y qué más hacer, momentos despues de nuestra primera admiracion, sino extrañar que tambien Calderon haya tenido críticos infatuados, y que estos, que para él han hecho el papel de desalmados yangüeses, no hayan sido extranjeros, sino hermanos del gigante, que amaban la misma patria y poseian la misma preciosa lengua?

Al recordar estas debilidades de nuestra soberbia de pigmeos, creemos columbrar, dibujándose á favor de un rayo de esta aurora de Mayo de 1881, cierta sonrisa triste, compasiva, sacerdotal, en los labios y en la frente de la estatua. Y ya en el dominio de las alucinaciones, sorprendemos al génio mal herido, no ya sobre su pedestal, sino en otra parte; como si el artista se recreara en volver á vivir la vida graciosamente mágica del teatro que él creó en frente del teatro del mundo; en otra parte yacente y remedando á otro caballero mal comprendido en la venta de los encantos burlescos, para con toda propiedad afezar la infatuacion, despreciar la visita de los críticos importunos y desoir á los que osamos que nuestra voz resalte sobre el concierto de alabanzas que su patria hoy le tributa. Vemos, pues, penetrar en la estancia oscura que Cervantes pintó, las sombras escuálidas de los jueces literarios en figura de cuadrilleros de la Santa Hermandad, y *quedarse* todos ellos allí *suspenso de pronto, al sentir al paciente en sosegada conversacion con...* con su ideal esta vez, que no con Sancho ni con persona ó cosa que lo represente. Pero muy luego, llevados del celo del oficio, arrastrados por su manía incurable, los cuadrilleros, avivando cada uno su chispa intelectual, ó con palabras de Cervantes, acercando torpemente el prosáico candil al venerable rostro vendado, se dignan preguntar al génio:—*¿Pues como vá, buen hombre?*

¿Con qué cómica, oportuna y humillante sátira oímos que responde el príncipe de los sueños y de la fantasía, adoptando siempre la actitud, el lenguaje y el dominio sobre sí mismo del inolvidable caballero?—*Hablára yo más bien criado si fuera uno de vosotros: ¿úsase en esta tierra hablar de esa suerte á los génios más hidalgos, majaderos?*

Pero la vision desapareció á tiempo para que no tuviéramos que hurtar el rostro en un pliegue del manto régio de Calderon, negándonos á ver á cada cuadrillero resentido del fiero desden, *alzando el candil con todo su aceite, y dando con él en la cabeza...* hoy felizmente marmórea, con el vano intento de descalabrarla.

No, divino poeta, tú fuistes más autor que actor. Rechaza á tus críticos, pero no á tus idólatras. Vuelve á tu altar delante del templo elevado á tu arte. Olvida por una hora tus laureles de vate sin igual, y recuerda tus otros títulos, la corona del

sacrificio, que escogistes antes para consagrarte al perdón, á la mansedumbre y á la tolerancia. ¿Cómo reprimir nuestra osadía, hoy escusada por el entusiasmo, cuando tu patria, ebria de gloria muy tuya, lo olvida todo en un momento, no de los más felices de su historia, para reanimarse viviendo de tu renombre y de tu memoria imperecedera? Si la sutil y delicada lengua en que oramos, amamos y bendecimos, se perfeccionó mara villosamente cuando tú la hablastes, consiente á nuestra inmodestia la ilusion, el sueño de que puede seguir perfeccionándose cuando se habla de tí.

El hecho grandioso que nos hace aspirar la atmósfera y los vitales efluvios de los juegos olímpicos de Grecia, el hecho que nos hace admirar la carrera más olímpica del génio buscando la meta de la gloria preferible, hecho del cual somos por alto privilegio testigos los que habitamos la capital de España en 1881, es una nueva revolucion de la inmortalidad de las naciones, de aquella inmortalidad que envidia al hombre aún el reino más duro y consistente de la naturaleza inferior, el mineral, el de la piedra, el cual para remedarla, arroja de sus entrañas fragmentos que se transfiguran en sombras ó proyecciones de nuestras glorias lo mismo que de nuestros sueños, en estatuas conmemorativas de la alteza humana.

El pesimismo desolador calla ante el espectáculo de un pueblo, de un gran pueblo que despues de años, de siglos tal vez de miseria ó muerte aparente, de religion nominal, de fé fatalizada, de caridad sin amor, se levanta rico de misericordias contra las invasiones enemigas de la naturaleza, el diluvio de Murcia; y luego, al día siguiente, rico de entusiasmo civilizador y de omnipotencia semidivina, levanta del polvo del sepulcro, de la nada del olvido, para hacerle vivir y soñar segunda vez en un Tabor, á uno de los gigantes sepultados en el mausoleo de su historia, al autor melancólico de *La vida es sueño*.

Más alegre que nunca de haber nacido en patria tan viviente, sabia como pocas en extraer fuerzas superiores de flaquezas muy mortales, el alma del patricio español sólo consiente que una lágrima venga á confundirse en su semblante con la sonrisa de la admiracion embelesada. Esta. ¿Por qué la España del siglo XIX, la que fué primera en todo cuando todas las naciones europeas, hoy en apogeo, comenzaron á subir, es acaso la última en los divinos arrebatos, la más tardía en las muestras de reconocimiento por los semidioses sus antepasados? ¿Por qué la que descubriría mundos cuando la fé de sus mayores parecia cerrar los cielos, dominada todavía de enfermiza inévia, se niega á visitar sus mil Pompeyas subterráneas, á descubrir lo que esconden sus siempre cálidas cenizas más consteladas de chispas vitales que el firmamento de soles? ¿Por qué la que inició las empresas épicas del cristianismo, no es la que inicia hoy los entusiasmos de la civilizacion cristiana, ni estas grandes guerras de la paz activa contra la paz inerte, extravasacion mortífera de los cementerios? ¿Por qué la patria de Calderon de la Barca, pontífice entre millares de génios creadores, el fundador de un arte incomparable, espera para sus actos más generosamente heroicos á ser ó parecer imitadora más bien que original? ¿Por qué la apoteosis de un sacerdote del renacimiento tiene lugar en la patria España muchos años despues que Florencia, la Atenas de Italia despues de haber sido su Esparta, redimió justicia á Maquiavelo de la estulticia de sus críticos, á Dante de la ingratitud de su patria y á Gerónimo Savonarola de los anatemas de su iglesia? ¿Por qué la fecunda metrópoli, señora hasta ayer de la Holanda laboriosa, consiente que la antigua colonia ó provincia sumisa, resucite á su Rubens, pintor de la belleza corpórea, antes que ella, duena de dos mundos, resucite á Calderon pintor del alma, psicólogo divino, revelador de infinitos secretos del corazón? ¿Por qué surge en medio de los arenales de Africa un mundo nuevo que se llama Livingstone, antes que en Castilla se establezca siquiera una escuela nueva, original, libre, sobre todo, que pueda denominarse Calderoniana? ¿Por qué la sombra de Shakespeare arroja de Westminster las sombras fastuosas de los reyes inútiles, antes que el divino Calderon convierta el Escorial en panteon de los inmortales de su patria? Consolémonos. La que hasta aquí fué intrépida para el combate, como parsimoniosa é indolente para el aplauso, España, se decide hoy á guerrear con las armas de la paz, á hacer revoluciones como la naturaleza y Cristo, por medio de resurrecciones, á reconocerse grande como madre de Cervantes, como madre de Calderon, que fué el padre del mejor teatro cristiano-europeo, réplica del arte neo-latino al arte griego, inspirador del arte alemán, émulo del arte britano, imposible envidiado del arte francés.

¿Qué celebra España en uno de sus autores predilectos? Una obra maestra sin rival. La obra maestra con que un hijo providente se propuso patentizar que su fecunda madre no habia quedado estéril en la hora más ingrata de su historia; la santa discrecion de un Sem ó de un Jafet, cubriendo con su manto de esplendor el descuido de su patria en vergonzosa desnudez. ¿Y qué título más alto discernir á la obra maestra de un Pedro Calderon, valiéndonos del verbo que él mismo ha enaltecido; ni qué glorificacion más equitativa que aquella á que se presta la blancura virginal del mármol desde que el hombre tuvo necesidad de inventar á Júpiter y magnificar á César; ni qué otro culto más positivo y ferviente de parte de las

generaciones que oyeron el grito que él les dirige desde su eternidad, despues de éste que sentimos de estudiarle y comprenderle para más fielmente proseguirle?

¿Cuál es, así en Calderon como en sus pares, los caballeros de la gloria, el origen providente de las obras que los immortalizan, de esas maravillas que tanto tienen de divinas como de humanas, compuestas con la misma lengua que hablan sus respectivos conciudadanos, creadas para el espíritu reflexivo de los sábios, lo mismo que para el sentido adivinatorio de las muchedumbres nescientes, tan semejantes por esta y otras de sus propiedades á la vida una, dual, triple y múltiple, en cuyo seno fueron elaboradas?

¿Qué fué, qué es la inspiracion del hombre singular que veneramos? ¿Qué viene á ser la inspiracion creadora? ¿Un fenómeno más del orden natural, un producto de nuestro suelo, de nuestro mundo moral mal dirigido, ó un verdadero milagro, una visitacion más del Dios que adoramos? Todas estas cuestiones componentes de una sola que interesa al elemento religioso de cada país, darán mucho que pensar en adelante. Hasta ahora, nadie en esta centuria de los centenarios festejados, nadie acierta á filosofar sobre su significacion profundizándolas suficientemente. Llega de improviso la hora de acercarnos á una sepultura olvidada, que se pone en erupcion como un volcan de gloria, envidiamos al hombre extraordinario cuya sangre vuelve á aparecer corriendo en lava, reconocemos los esfuerzos y temblores de su empresa á favor de los siglos, bendecimos su nombre y su obra maestra; pero á esta mera exaltacion de un Plinio historiando el terremoto de su época, se reduce el culto universal de una hora que nosotros, como los italianos y los franceses, como los ingleses y los alemanes, tributamos á nuestros muertos que resucitan. De la formacion inenarrable del génesis laborioso de una obra calderoniana, por ejemplo, caída de un cielo, que no resurgente de un caos; nadie acierta á darnos el quid primordial, la idea generadora ó maestra como la obra admirada. ¿Pero qué importa semejante incapacidad en nuestro juicio falible? Gracias á ella tal vez, los mismos hombres, la misma generacion que no admite nada revelado, ni que se relacione con la vida sobrenatural, se vé con todo forzada á inclinarse reverente y sumisa ante lo sobrenatural en una de sus facces, en la faz del faro eterno que ahora mira hácia nuestra nave, sin darnos cuenta de la inconsecuencia y de la contradiccion contemporáneas. Con hechos como el que hoy presenciamos en España, la apoteosis del que murió oscuramente hace doscientos años, no es posible convenir en que todo acto así obedezca á una mera supersticion tradicional, á una infatuacion patriótica. Lo que vemos corresponde á esta necesidad vaga, preciosa, de adorar que impulsa á un pueblo culto, con extraordinaria vehemencia, en momentos dados, á renovar su Olimpo ó su Paraíso, creándose nuevos ídolos ó santos, despues de haber desconocido, gastado ó roto los demasiado antiguos. En estas ocasiones una nacion reconoce que la humanidad tiene diversas alturas como incommensurable cordillera; que las cumbres más culminantes de una raza se elevan á infinita distancia de lo que pudiera llamarse sus más florecientes praderíos; que los magnos entre sus hijos son los que de un salto vertiginoso, con vuelo de águila real, llegan á las inmediaciones del sol eterno sin el permiso y sin la aprobacion de sus coetáneos, para volver de allí, en lo que tarda la luz de algunos astros, á pesar de ser luz, en llegar á nuestro globo, la frente más pura, perfumada con el rocío de las divinas esencias. Y desde este día de regreso á la patria, de nacimiento nuevo, canonizados espontáneamente por decirlo así, siguen coronados de signos indelebiles para esperanza de sus compatriotas, de su historia y de su verbo. Y aun cuando no corresponde esta advertencia tratándose de Calderon, cualesquiera que hayan sido la vida cotidiana, las debilidades y desfallecimientos del génio por tal reconocido, sigue siempre en medio de su país como un ser aparte, como legítima deidad, con su nimbo misterioso visible al respeto, superior á los prohombres más altos de una nobleza, los cuales no emprendieron ni siquiera intentaron el viaje ascendente más peligroso. Los génios como Calderon son los santos de nuestra nueva tierra y de nuestros cielos nuevos.

Nadie lo duda ya, un génio es necesariamente santo, si sabemos estudiarlo en su atributo más característico, el amor profundo á la verdad y al enemigo de la verdad, el hombre ordinario. El verdadero génio nunca miente, ni aun cuando crea fantasmas. Todo lo que anima con su espíritu resulta ser una de las facces de la verdad eterna, uno de los aspectos virginales de la naturaleza universal, porque produce lo que él solo pudo concebir atormentado por lo infinito, vé lo que otro no vió, oye lo que millares de almas no oyeron. Una obra maestra empieza por ser lo más desconocido en el mundo mismo para el cual parecia preparada; su autor es extranjero entre los suyos. En cambio aquello que el mundo aplaude cuando lo ve nacer, porque contiene una verdad á medias, no es en resolucion sino mentira deleznable. La empresa del génio consiste preferentemente en revelarse contra la mentira, la muerte y la nada, arrastrando á muchos de generacion en generacion hácia la naturaleza esencial, á las verdades indefectibles. El génio es todavía más. Imágen y semejanza



perfectísimas de la Omnipotencia incommunicable, es creador, redentor y glorificador á la vez; y quien dice creación dice realidad viviente; quien dice recondición habla de progreso y nos afirma la eficacia de la libertad; quien añade á esta serie la palabra glorificación, contempla cielos abiertos. De las manos privilegiadas de un creador de esta especie nada puede salir que no sea eminentemente verdadero, y por verdadero inmortal. Los tipos que pone en movimiento en una esfera especial, imágenes ó espejo del teatro de la vida, son tipos á veces más reales que los otros que viven sólo de la actualidad momentánea en que se agitan. Nuestra patria abunda en talentos, y no vacilemos en llamar los talentos de primer orden. Pero el mero talento apenas es más que imitador, y todo el que imita mente; y el que mejor imita, mente más. Su obra es la naturaleza en lo que tiene de accidental y pasajero, la vida en lo que tiene de mortal, la fe en lo que encierra de dudas. ¿Por qué disposición suprema, hasta hoy inexplicable, es el genio lo que más escasea en toda generación? Semejante estudio debía conducir al pensador á la negación del capricho y del acaso. Los que rechazan la idea del Ser Providente, reconocen, no obstante, que todo genio es providencial, que vino ó viene á su hora, el día que hace falta, y que sólo él podía realizar la obra para la cual había nacido. Todo acredita que el objetivo de la Providencia Divina, al distribuir los dones característicos del genio, es más bien que el privilegio de una individualidad, el favor, el milagro acordado á una nación, á una raza, á un mundo nuevo. Por eso sin duda el don glorioso aparece casi siempre en los investidos de augusta misión, no como un privilegio brillante que nos arrastraría á adorarle, sino como la carga y la prueba más dignas de eterna comiseración. En el alimento vivificante que estos iniciadores deben administrar á su patria como nueva eucaristía, entra, si lo miramos bien, lo más precioso de su sangre. Su miseria, su hambre forzosa de pan cotidiano es su primera predicación para despertar hambre y sed más necesarias y oportunas en el banquete que vienen á prepararnos. No hay misión sin Gólgota. Martir quiere decir testigo de la verdad. Ningún genio lo sería de veras si no hubiera ceñido la corona del martirio.

Calderon y Cervantes son tipos de este poder creador y de estos testimonios fehacientes de la verdad. Su patria todavía les debe á ellos el vivir más allá de sus límites, difundida como luz astral en otras patrias y en donde quiera que la civilización europea se proponga gloriarse de sus iniciadores y escribir su génesis.

La España de las conquistas civilizadoras acababa de morir. Los millones de millones que componían sus razas industriosas, sus cohortes caballerescas del honor y la hidalguía, sus falanges indomables, sus armadas invencibles, sus aventureros afortunados, iban á reducirse á seis millones de sombras amedrentadas bajo la majestad cadavérica de Carlos II y la bárbara frivolidad del sacerdocio inquisitorial. Verdad es que Felipe IV, padre de sus pueblos como eran padres de almas la mayoría de sus súbditos, parecía empeñado y con él los otros, en repoblar y recuperar lo perdido, dando á sus súbditos, el rey sesenta bastardos prolíficos, para no hablar más que de los que cuenta la historia, y el clero conventual acaso más de sesenta mil, para no ser menos que el rey. Error gravísimo de parte de Felipe y sus consejeros, por que aquel sistema y aquellas costumbres dieron en España los mismos resultados contraproducentes que dan hoy en Onolulú y otras poblaciones de las islas Sandwich, empleados por los lascivos súbditos de Kamejamejá.

Entonces aparecieron en la triste y desolada España, dos genios de primer orden, á conveniente distancia de tiempo, uno en seguimiento del otro; llenos igualmente de caudalosa vida. Cervantes, el gran maestro de la risa y de la jovialidad. Calderon, el gran maestro de las lágrimas del alma y de las sublimes emociones. Entre los dos parece que se repartieron los dos magisterios de la vida eminente, que Manzoni admira unidos en el genio antecesor de la misma progénie, Dante Alighieri, el soberbio nieto de Cacciaguida.

Si no consultamos otros anales que las páginas más geniales de nuestra literatura, conformes en esto con el pensamiento de Bacon, descubriremos el signo más mortal de aquella vida de la nación, bajo el último Felipe en la risa eterna de su corte. Ya este signo de superioridad y grandeza en el hombre, no era más que la risa que caracteriza esa dolorosa cuanto risible superioridad de que se creen los locos investidos. ¿Qué tristeza de aridez tan incurable se descubre detrás del gracejo con que analiza el doctor Francisco de Villalobos, el estado de la alegría y de la jovialidad españolas en aquel período de grave decadencia! Hasta el signo revelador del contento, de la esperanza, y de la felicidad, era falso, estaba muerto. La felicidad de entonces era toda brutal. La risa, dice el citado filósofo humorístico de los *Problemas*, «era simulación de gozo que fingían unos para engañar á otros y dalles á entender lo que no es y lo que no hay». «Risa que era solo pasión de esta almaña inmundada que se llama la corte». «La corte, pérfido animal que rie siempre sin haber ganas de reír, ni razón para ellos». «Risa universal y perenne, con dos ó tres mil bocas todas muertas, muy muertas de risa, unas desdentadas como bocas de máscaras que imponen miedo y terror, otras grandes como calaveras que descubren de oreja á oreja»...

«Y comenzando á reír los príncipes, hacen á todos los otros caerse de risa, unos sobre los tapices, otros sobre los escaños, otros sobre los hombros de sus compañeros, otros llorando á lágrima viva de puro reír, otros jurando de que les duelen las arcas, otros temiendo que se les desencajen las quijadas, y créolo puesto que las baten por fuerza y contra el torrente de su voluntad... ¡Qué cuadro tan maravillosamente trazado! ¡Qué bien reproducida la inmensa calavera del coloso muerto!

Á la aparición de un fantasma grandioso, aquél cadáver de la alegría, aquella calavera riendo se hunde en la nada de su historia. No parece, cuando consideramos aquella penuria de vida jovial, sino que el propósito de Cervantes fué crear la risa nueva, resucitar la risa sincera, cordial, sana, razonable, revelación de legítima superioridad; no parece sino que el genio festivo, el menesteroso de la guardilla, al escribir su *Odisea*, ensayaba un nuevo sistema de medicina, practicaba antes que nadie la curación de un gigante enfermo por medio de la alegría. Mató al bufón y le arrancó su secreto limpio de indignidad. Y por él la soledad misma tiene risas que disipan la carcoma de las cavilaciones, la atmósfera del palacio lo mismo que lo oscuro de la misera cabaña, vibran con la contagiosa carcajada que sale del libro siempre abierto como un corazón feliz. Pero si tal fué el objeto, uno de los objetos que podemos dar en hipótesis á la obra maestra de Cervantes, admirémoslo más: digamos *¡qué bien lo hizo!* porque al dar á su mundo esa vida estética, saludable, pero peligrosa, incluyó en ella una razón moderadora. ¿Qué correctivo tan sabiamente aristofanesco aplicó el sabio á lo que tiene de insano y demoníaco aún la risa inculpable, y á la viciosa exajeración de los irrisores, mostrándoles cómo es posible las más de las veces reírse del honor, de la buena fe, de la virtud más acrisolada, del ideal más puro, de la entereza de un carácter, de la tenacidad de varón justo! Y de tal suerte lo hizo, lo hace, que sólo muy tarde han venido á pensar muchos pueblos, á pensar y conocer que su risa, por los reveses del héroe loco, era tan injusta, y acaso extemporánea, como justa la burla sabia que les hacía el genio autor componiendo su libro original. Era Cide Hamete el único que tenía derecho á reírse del mundo, apropiándose el sarcasmo divino:—*Ego quoque in interitu vestro!*

Y cuando al fin fué reconocido, aunque nunca del todo sino á medias, que en el adalid de los leones reales, había algo más que una caricatura de Daniel en el lago de los leones; cuando los lectores descuidados descubrieron en el vencido de los molinos algo más que un remedo del San Jorge, arquetipo ideal de la antigua caballería, vencedor perpetuo de un dragón indomable; cuando comenzó á ser claro que el Don Quijote de la venta, mal estudiado á la luz del intruso candel inquisitorial, era tan héroe como Guzman de Tarifa, y llevaba el mismo apellido ó mote glorioso de este batallador, porque su verdadero nombre, declarado por él mismo al testar, era el de Alonso Quijano el Bueno; entonces pudo ser comprendido también el gran maestro de las lágrimas dulces, y de las emociones profundas que siguió al gran maestro de la risa y de la alegría.

No hubo un doctor Villalobos que nos dejara definido el dolor con lágrimas de aquellas generaciones que conocieron ó desconocieron, si así somos más exactos al genio hermano del inmortal Cervantes. Pero si sabemos que las fuentes del dolor estaban estancadas, que las lágrimas, divina enfermedad del hombre, no corrían ni por la verdad de la cual son riego fecundante, ni por las inexorables sombras de nuestro destino. En aquellos días sólo era lícito compadecer los dolores de una efigie, los estigmas sangrientos de un crucificado, el corazón traspasado por siete espadas de una dolorosa insensible. Compasión sacrilega, podemos decirlo en nombre de la misma fe que hizo aceptable aquella adulteración del sentimiento; compasión inútil reprobada por el Redentor de las almas desde el momento en que bajo el peso de la cruz exclamó dirigiéndose á los únicos que le compadecían, á las madres que le siguieron en toda la calle de sus amargas:—«¡No lloreis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos!»—El que hablaba de esta suerte en su hora suprema, era ciertamente el Dios sensible que necesitábamos, gigante, varonil hasta lo último, protesta de la vida contra el dolor su Satanás; muy lejos del Cristo afeminado de Morales, vendiendo lástimas y mendigando simpatías. Jesucristo se declaró en su vía dolorosa consolador eterno del linaje humano en nombre de la divinidad paternal, negándose á ser un dolor más intrusándose en la vida como la serpiente en el paraíso, una nueva causa econosa de aflicción y debilidades para aquellos á quienes por el contrario, venía á rescatar de toda miseria y humillación.—Ofrecer á Jesús, como la Inquisición de España lo decretó, lo que sólo puede aplicarse á naturalezas inferiores y caídas, era desconocerle. El no dejó pasar un instante sin rechazar una lástima que no le pertenecía. Buscó su estoicismo, su aristocracia original segregándose del mundo en cierto aislamiento, condición de su carácter. Su propia superioridad, la única infinita le vedaba las simpatías, por lo regular estériles ó interesadas, hipócritas acaso, de la mayoría de los hombres; aunque por otra parte su naturaleza afectuosa le hiciera sentir como prueba terrible esta privación impuesta por su doctrina santa, como por su carácter. La aceptación por el maestro de

la simpatía de las lágrimas hubiera sido un robo á los míseros, y el que así robaba, por sólo aquello se hubiera declarado el más sacrilego de los impostores. Sin embargo, Calderon de la Barca, sacerdote de Jesucristo, vió en toda la serie de sus días, que el don de lágrimas, bálsamo de las agonías de nuestros semejantes estaba prohibido, delante de los suplicios más espantosos que registra la historia de la tiranía, en nombre de una religión que osó llamarse tribunal, en nombre de una fe sin venda que se apropiaba los ojos de Argos para ser más inexorablemente inquisitiva.

No se concibe la existencia de Calderon en la época de los tormentos infligidos por amor al padre celeste. Pensar como Calderon pensaba, sentir como vemos que sentía, vivir como él vivió, era estar saturado de crimen y luego, compadecer á las verdaderas víctimas era renegar de un Cristo envidioso. Llorar ante las hogueras inextinguibles de la Inquisición, protestar contra la desgracia, sentir y amar para tener conciencia de nuestra humanidad redimible á la vez que de un Dios redentor, era merecer las mismas llamas que devoraban la sávia de un pueblo inocente. Cuanto más lo pensamos nosotros hoy, más difícil nos es comprender el genio libre, apasionado, atrevido, vehemente, del sacerdote poeta, más shakespiriano que el genio de aquel que inventó la esfinge trágica de Hamlet; viviendo en medio de una sociedad que tenía por santo matar la santidad, que desconocía del todo el *res sacra miser* inspirado por Jesús. ¡Cuántas veces debió sentir aquella alma de David la necesidad de redimir con los acordes de su lira el alma presa de la locura del gigantesco Saul, sacerdoteal, multiforme! ¡Ah! pero si como teólogo y moralista hubiera escrito el infórtuno oportuno que innegablemente su Dios inspiraba á su corazón íntegro y compasivo, para gritar *desgracia abominable* á sus hermanos ilusos; si como sacerdote hubiera subido á la cátedra del espíritu consolador á centellar con el aliento fogoso de Savonarola contra la perversidad intolerable de su época, ¡qué hubieran hecho en España del sabio, del genio creador, los que condenaron á Fray Luis de Leon y á Fray Luis de Granada y al Cardenal Carranza, y á Santa Teresa de Jesús, por sus inocentes protestas contra las tiranías que esclavizaban á sus semejantes?

¿Cómo desconocer los tormentos interiores, las dudas que labraban el corazón del genio, las pesadillas que contaminaban los sueños más graciosos de su vida poética; vacilante entre la obediencia que le imponían sus votos y el amor invencible á la verdad y á la razón que compulsa á las almas elevadas por la esfera del bien y de la gloria? Nos le figuramos en sus horas de recogimiento, con la pluma en la mano, ceder á la inspiración de un pensamiento de los suyos, después de mil sustos y vacilaciones, alentado además por el pensamiento de su hermano el Dante:

*Es' io al vero son timido amico,
Temo di perder vita tra coloro
Ch' al tempo nostro chiamaranno antico.*

Quería indudablemente llegar hasta nosotros con su vida íntegra, sacerdote de la verdad, de la libertad y del amor. Valióse para entrar resuelto, sin peligro de su causa ó de su ideal, en las aspiraciones á la inmortalidad, del mismo sutil instinto que había guiado á Miguel de Cervantes, para escribir sin temor, libérrimamente, su saludable libro. El soldado de Lepanto atacó al enemigo engañándole; hizo hablar á un caballero fantástico, irresponsable, á él prestó sus sentencias y sus sarcasmos, sus atrevidas objeciones, sus lamentos penetrantes, para esquivar las susceptibilidades perniciosas de la Inquisición. No bien seguro todavía con esto, acaba por hacer un loco rematado de su héroe perfecto é intachable, para anticipar disculpas á sus osadías. Hizo reír con lo que hubiera querido hacer llorar. Mejor dicho, estremó la risa hasta resolverla en lágrimas, como sucede cuando su libro palpitante llega á buenas manos y acelera los latidos de un corazón digno de llorar por el bien. Calderon, á su vez, hizo algo idéntico. Creó ó ensanchó el mundo de las emociones libres, del llanto impúne, de los divinos desahogos del corazón humano. El teatro con sus fiestas y solemnidades, no era una autoridad entonces, ni un guía de las costumbres, ni menos una crítica; era más bien, con todos los otros templos de la belleza física y moral, una prostitución tolerable de la inteligencia y de la vida en la mente de los censores sombríos; un anticristianismo despreciable, que divertía todo lo más; cuyo exceso mismo de pobreza y banalidad le mantenía fuera del perímetro serio, sagrado, de los anatemas y de las excomuniones. ¡Con qué maestría el genio intrépido de Calderon, acertó á aprovecharse de la baja del teatro á los ojos de sus jueces, y sembrar hábilmente en ella sus verdades, sus escándalos de verdades, sus secretos divinos, sin peligro de que se perdieran en la desolación universal que amenazaba ahogarle y perder su tesoro! Hizo del teatro, del gran esterquilíneo de ideas, una como parafina antigua, uno de aquellos cementerios, de los cuales apenas queda hoy memoria, cuya tierra amaba á los muertos que le confiaban y los conservaba incorruptibles, intactos, sin quebrantar las líneas y apariencias mórbidas de la vida. No, él hizo de aquello menospreciado, cenizas cálidas de un hogar libre de la peste, ó de la invasión más bárbara, en donde pudieran mantenerse vivas las chispas salvadoras de su genio.

Aun así la lectura de un drama calderoniano nos inspira terror en muchas ocasiones, miedo y lástima, por la vida del autor, que no por la del protagonista, si poseidos enteramente de la emoción estética, de la realidad artística, vivimos juntamente la vida de sus creaciones y la vida de la época en que aquello se perpetraba, aspirando á la vez que el aliento de Calderon, la atmósfera que le rodeaba. Cuántos fueron á la hoguera por menos de lo que él dijo, por mucho menos de lo que se atrevió á escribir, ante la muchedumbre dispuestas al aplauso, otro sacerdote, el fraile mercenario Gabriel Tellez ó Tirso de Molina, obligado al parecer por su arrogancia á algo más que esconderse bajo este pseudónimo y á observar votos eternos, cuando filosofaba de tal modo en *El Castigo del Penesque*:

Quien promete no amar toda su vida
Y en la ocasion su voluntad refrena,
Seque el agua del mar, sume su arena,
Los vientos páre, lo infinito mida.

¿Cómo no sospechar en la vida y en la empresa laboriosa de aquellos hombres, valientes por fuerza acobardados, horas de interminables torturas, dudas irremediables, sacrificios sin cuento de mil y mil pensamientos encantadores y de propósitos santísimos? ¿Cómo estar seguros de que poseemos las mejores obras de Calderon, lo más vivo de que fué capaz su inteligencia apasionada? ¿Si el tribunal parricida no llegó á quemar ningun libro suyo, cuántos hijos brillantes de su fantasía creadora no mataría en secreto el autor de *La vida es sueño*, en las mismas horas de *ingemuitque parturiens*, resultando más dolorosos los divinos alumbramientos? ¿Quién, si se coloca en idea, dentro de aquella sociedad que tocó las orlas de la túnica de Calderon, no siente impulsos de acercarse a él y murmurarle al oído, «esto puede resonar como blasfemia; detente!» al oír á su Segismundo argumentando así con la Divinidad?...

Apurar, cielos, pretendo,
Ya que me tratáis así,
Qué delito cometí
Contra vosotros naciendo,
Aunque si nací ya entiendo
Qué delito he cometido:
Bastante causa ha tenido
Vuestra justicia y rigor,
Pues el delito mayor
Del hombre es haber nacido.

En España, en España fué posible, sin embargo, tan peligrosa atrocidad. Los géneos son héroes superiores á titanes. Y por eso, porque saben conquistar lo inexpugnable, consiguió Calderon de la Barca hacer llorar, ablandar los corazones, áridos, duros, fríos, ante los problemas de nuestro destino y las fatalidades que pesan sobre la humanidad.

Si consideráramos como un martirologio la biografía del gran poeta sacerdote, y la del historiador soldado de Lepanto, la leyenda de sus aislamientos forzados en medio de un mundo contradictorio á sus divinos ideales, si por el más intenso esfuerzo de admiración llegáramos á reanimarlos hasta contemplar la lucha sostenida por ambos para vivir y llegar hasta nosotros, qué pobres é insignificantes habrían de parecerse los homenajes tardíos que les tributa su patria erguida de orgullo; y nos ocurriría gritarle:—No así, madre, no así: prostérnate más bien al bendecirlos. Estudia en ellos lo que les ha costado esta adhesión instintiva de todo sér viviente, no á la vida, á una vida cualquiera, sino á su propia vida de cada uno de los dos. La idea de no cumplir cada cual en sí la vida comenzada por una mano divina, y desconocer ó desaprovechar este no sé qué indefinible que se llama *yo*, si en cualquiera es una agonía, en el que contiene dentro de su misterio más vitalidad que una legión, qué agonía tan dilatada, que Getsemani tan lastimoso no habrá sido! El deseo más intenso del genio es el de existir y hacer ver que existe. La alegría, la felicidad, el dolor y el llanto, las creencias impuestas ó elegidas, la fé subjetiva ó conjetural, todas nuestras aspiraciones elevadas ó conjeturas á que provocan van contenidas en ese deseo de existir y ser inmortal. Las tinieblas más imponentes, el odio, el miedo á la tiranía y á las servidumbres degradantes, están contenidos en el horror á la muerte sin trascendencia, en la idea repulsiva del *no ser*. En virtud de este irresistible instinto, fué que almas como Calderon y Cervantes, á pesar de los obstáculos malditos de su época, tuvieron voluntad para luchar por la vida. ¿Qué es la guerra, que es el comercio, con todos sus beneficios y con todas sus infamias, qué es la industria con todos sus prodigios y con todos sus engaños, qué es el trabajo con todas sus promesas y con todas sus pruebas? —¿Son los resultados de la humana ambición? No, no, y menos si tenemos por reprehensible una de las pasiones más vitales. No calumniemos la vida aplicándole los calificativos que corresponden á la muerte. La guerra y lo demás que hemos nombrado despues, son el esfuerzo noble de las almas grandes por vivir la más posible. Reduzca el destino á una nación á sus últimos recursos como la España de Felipe IV y Carlos II, reduzca á un hombre al último extremo de miseria como aquel que cayó el inválido de Lepanto; si merecen vivir, véase con qué maravillosa energía convierten el postrimer parosismo de la desgracia en activa necesidad de salvación. Hacen de lo que parecía un castigo, una condena, la condicion de una nue-

va vida. Apreciemos especialmente la historia de Cervantes, del pobre entre los pobres, sin maña para pedir, sin la mano que poder alargar á la limosna, cuando el pan de mañana parecía menos asegurado, y recojamos con veneración rendida la lección que nos dá luchando contra el destino por su vida propia, y á la vez á favor de una patria indiferente, luchando contra todo género de imposibilidades por el solo encanto de vivir y seguir viviendo hasta nosotros en un libro, alma de su alma, que ama y perdona tanto y hace dulces las horas vacías de tantas vidas!—Hizo por llegar con su nombre indeficiente hasta la generación actual tanto como por llegar con su alma redimida á la posesión del cielo.

El pan de que careció Calderon fué, si no el del cuerpo, el esencial del alma, el amor más legítimo, y el amor de protección á sus semejantes desvalidos además. Fué poeta, nació tal, sin contar luego con las condiciones imprescindibles de una vida toda llena de aspiraciones y generosidades eucarísticas. ¡Lamentable indigencia! El marqués de Santillana habia definido siglos antes la vocación del vate, *hambre de amor, único celo celeste, única afección divina, el más insaciable cibo del ánima*. ¿Y quién es hoy poeta, literato, artista, guerrero de la vida, sin una musa viviente, sin el amor á una mujer? Cuando el sacerdote poeta vivía, aún era el ideal caballeresco el de Don Alonso Quijano el Bueno, ó bien Don Quijote, una princesa, y toda mujer bien amada, era y es, princesa soberana, aparición angélica, personificación femenina de una ciencia, de una filosofía, de una teología, de un arte, como la Beatriz del esposo de Gentucca, como Laura la pasión de Petrarca, como uno de los ídolos romanos del cardenal Bembo. El Dios que Calderon adoraba, el Taumaturgo de las bodas de Caná, tomaba sus argumentos de comparación de la vida nupcial, de los misterios de la unión conyugal, de los secretos del tálamo, de las lámparas ardientes el día de los desposorios, de los deliquios del *cantar de los cantares*. El cenobio que apartaba á la mujer de su natural destino, todo se lo quitaba á sus deseos de vírgen preparada para el sacerdocio de la maternidad, todo menos el nombre, el título tan soñado de *esposa, esposa de su señor*. Sin aquél recuerdo, sin aquella alusión perenne á su destino, sin aquella gota de miel, sin el cantar de los cantares, sutilizado y leído á la luz de la lámpara sacramental, acaso hubiera sido imposible la renuncia á los sagrados vínculos de la mujer, siempre madre, con la madre naturaleza.

¿Era posible sin atroces martirios, un Don Pedro Calderon obligado á ser corazón desamorado, triste páramo cubierto con la lava del dolor, como dice Espronceda, y arrastrado, sin embargo, por su primera vocación á producir frutos de amor apasionadísimo? ¿Era esto fácil y creible en el poeta fecundo de las grandes emociones dramáticas, de las ternuras esquisitas, de los discretos vehementes de la *Casa con dos puertas*, de los delirios de Segismundo por la suspirada libertad, en el poeta que ha hecho hasta de su filosofía y de su fé ritmos ardientes, estrofas cautivadoras que infunden como sueños de oneyropolésia?

El poeta francés Alfredo de Musset, un Byron femenino, ha declarado en la poesía en que parece más vate, el sér y el carácter del genio creador:

Ce que l'homme ici-bas appelle le génie,
C'est le besoin d'aimer, hor de là tout est vain.

¡Ay! que la inspiración perenne de uno de los más grandes poetas del amor, fué el hambre devoradora del pan que le estaba vedado, y el *voe soli* gemido de Jesús y del Creador, la soledad estéril del corazón reducido al trabajo de la rueda de molino, que cuando le falta trigo que pulverizar, se muele y pulveriza á sí propia! ¡Cuántas veces intercalaria Calderon, de un psalmo á otro de sus láudes ó maitines, lamentos como este de su Romancero:

Soledad que aflige tanto,
Qué pecho habrá que te sufra?
Libertad preciosa y cara,
Mal haya quien no te buscal

Por estos esfuerzos solamente, aún sin los resultados gloriosos con que fueron coronados, tiene derecho á los vitores de la patria reconocida. Los creadores verdaderos como él, todos los que han dejado á la humanidad pedazos del corazón, horas de sus amarguras y de sus anhelos de vida, expresados en una lengua inmortal, son bienhechores de primer orden. Ellos nos han revelado en caracteres que no pueden borrarse jamás, lo mejor y más profundo de los sentimientos y de los pensamientos humanos. Han dilatado nuestras emociones más puras y santas, convenciéndonos del tesoro inagotable que con ellas poseemos. A lo que divagaba, á lo que solo balbuceaba en millares de corazones españoles, Calderon y Cervantes han prestado una precisión inalterable, la expresión exacta, la forma marmórea imperecedera. Sabíamos que cada uno de nosotros por sí solo bastaba á manifestar con el don de la palabra su existir cotidiano, el detalle minucioso ordinario de nuestras acciones aparentes; pero aquello más recóndito en nosotros, las palpaciones elocuentes, arrebataadas del corazón cuando deja de ser corazón para ser todo alma, los vuelos y tanteos de la mente vagarosa, cuánto más vivamente los exteriorizamos apropiándonos el lenguaje inflamado del alma que escribió *La vida es sueño*! Calderon fué singularmente la revelación de la verdad de sí mismo. Los frescos de la *Capilla Sixtina* no co-

plan, por cierto, las revelaciones de la divinidad; son exclusivamente revelaciones que de sí propio hacia y pintaba en un cielo colosal Miguel Angel. Cuando Calderon escribía sus dramas, estaba agigantándose hasta tocar las cúpulas del templo ideal que España le levanta hoy, para darnos las revelaciones miguelangélicas de su gran corazón; Calderon, es Segismundo, es el Alcalde de Zalamea, es un profeta sin nombre escandalizando con esta ironía, sarcasmo ó verdad de aquellos á que aplica una Inquisición la tea de Eróstrato:—*En esta vida todo es verdad y todo es mentira*.—Su arte portentoso es su biografía. Y en más de un capítulo, su biografía, de hoy en adelante, será historia de su patria; Goethe enuncia esta verdad ingenuamente:—«Cualquier asunto particularísimo y personal toma carácter general y épico desde el momento que lo trabaja un verdadero vate. Toda poesía elocuente y dramática, resulta haber sido poesía de circunstancia: solo la vida real las inspira; solo en ella encuentra base y comentario satisfactorio. En cuanto á las otras poesías que carecen de ese por qué y de esa provocación, niego que sean poesía.»—Y poco despues añade con la modestia que le corresponde:—«¡Todo, todo lo que yo he escrito os aseguro que lo he vivido antes!» Semejante confesión de un genio pudiera servir de epígrafe á la obra siempre viviente de Calderon de la Barca.

TRISTAN MEDINA.

EL PORVENIR DE LA AGRICULTURA ESPAÑOLA.

Prologo al discurso sobre el porvenir de la agricultura española, pronunciado por el Sr. D. Ramon Torres Muñoz de Luna, catedrático de la facultad de Ciencias en la Universidad Central.

Siempre he tenido especial afecto á los hombres que han adquirido una justa reputación en las ciencias, las letras ó las artes, sin más guía que su inteligencia, ni más estímulo que el amor á su patria, ni otro capital que su incansable laboriosidad. Ellos son un ejemplo vivo y una lección práctica para los demás. Los frutos de sus estudios vienen á constituir una cosecha tan útil como fecunda para aquellas naciones á quienes dedican los resortes de su espíritu y las fuerzas de su voluntad.

En este caso se encuentra y á ese número pertenece el Sr. D. Ramon Torres Muñoz de Luna, catedrático de la facultad de Ciencias de la Universidad Central y autor del discurso sobre el *Porvenir de la agricultura española*. Y como muestra del aprecio que merece y en pago de la respetuosa amistad con que en todos tiempos me ha distinguido, he escrito, á manera de prólogo, los actuales renglones, cuyo único mérito consiste en ser la sincera expresión de mi cariño hacia quien supo, en medio de grandes dificultades, hacerse acreedor á ocupar la cátedra que hoy desempeña con la sanción del mundo científico y el aplauso de los discípulos que se honran con tenerle por su profesor.

Razon tiene el Sr. Muñoz de Luna en afirmar que *existe estrecho paralelismo entre las leyes físicas, morales y políticas*, porque todas ellas reconocen un mismo origen, á saber: la compleja organización del hombre, como sér humano, en las relaciones con los elementos exteriores que le rodean y las necesidades internas que obran, ya sobre su naturaleza, ya sobre sus sentidos, ya sobre su corazón. Por eso, tratándose de la decadencia de los Estados, deben buscarse las causas primitivas de que procede, no sólo en el abandono ó imperfecto cultivo de la tierra, madre común y nodriza nutritiva de las generaciones, sino además en los gérmenes deletéreos que suelen engendrar la escasa afición al trabajo, el olvido de nuestros deberes y la corrupción de las costumbres, ponzoña que inficiona el alma y enerva las fuerzas del cuerpo. Si hay que devolver á la tierra la sustancia que pierda al producir las cosechas, empleando al efecto este ó el otro abono de reconocida eficacia, es también preciso preservar al hombre, á beneficio de un buen sistema de higiene y sana educación, de esa *anemia* física y moral, tan frecuente en el día, que pueda reducirle á una prematura impotencia. Por un principio análogo al que la ciencia de curar ha inventado para la transfusión de una nueva sangre en las empobrecidas venas de aquellos desgraciados que han perdido su vitalidad, hay que inocular en todos y cada uno de los individuos que pertenecen á la gran familia humana, el saludable espíritu de templanza, de castidad y de amor al trabajo, cualidades que deben distinguirles de los demás seres de la creación.

Todo se encadena en la vida humana, como otros tantos eslabones; las labores agrícolas, los experimentos de las ciencias, los inventos de la industria, las creaciones de las artes, los problemas de la política y las prácticas gubernativas del Estado. Pero todo nace de la tierra, porque esta es la cuna y patria común del género humano, el planeta, cuyos espacios habitamos, el punto de apoyo, donde fijamos con seguridad nuestra planta y desde el cual podemos contemplar en una actitud erguida y vertical, el rutilante disco del sol que nos ilumina, los astros que giran sobre nuestra cabeza, la inmensa bóveda del cielo que nos cubre, y la innumerable serie de prodigios que elevan nuestro espíritu en alas de la fé al conocimiento de Dios, Supremo Artífice del Universo.

De aquí la necesidad de que *haya una ley que vele* por conseguir que la tierra suministre al hombre la mejor y más abundante alimentación posible. Algunos pueblos de la antigüedad y varios naturalistas, entre otros Plinio y Columela, lo sospecharon, comprendiendo que así como el individuo perece si no se le proporciona diariamente cierta dosis de un alimento nutritivo para reponer las fuerzas que gasta en el ejercicio de la vida, las tierras decaen y se esterilizan cuando no se las auxilia y fortifica periódicamente con un sémen regenerador, que reponga en una cantidad proporcionada la sustancia que pierden.

Desgraciadamente en ningún país, pero menos en España, se ha dado a la agricultura la importancia que en sí tiene, ni la especial predilección que se merece. Descendientes nuestros progenitores de aquellas indómitas tribus guerreras, que devoraron el imperio romano, tan elocuentemente pintadas por Tácito, creían hasta cierto punto, de acuerdo con ellas, que era mengua deber al cultivo de la tierra los dones que podían conquistar con su valor y al precio de su sangre: *pigrum quin immo et iners videtur sudore adquirere, quod possit sanguine parare*. Así no es extraño que haya en nuestra Península tantas hectáreas de tierra sin cultivo, tantas llanuras sedientas que no beben el refrigerante licor del riego, tantos páramos eriales, que sólo ofrecen a la vista afligida dilatados desiertos, donde no se vé ni un árbol, ni una cepa, ni un plantío de mieses, ni una flor, ni un tapiz de verdura, ni en fin, ningún signo de la laboriosidad humana. En cambio nos roban los extranjeros, más previsores é industriosos que nosotros, el fosfato y otros abonos de una prodigiosa actividad, que se hallan como perdidos é ignorados en nuestro suelo, para convertirlos en oro, según resulta de los estados comparativos que presenta el Sr. Torres Muñoz de Luna en su luminosa disertación.

El problema queda reducido á estos sencillos términos: dar vida y fecundidad á la tierra, para que ésta, á su vez, dé vigorosa existencia y abundante alimentación al mayor número de individuos posible en los respectivos territorios de las naciones, convirtiéndola en *fábrica del género humano*, nombre que aplicaba Jornandes á la antigua Escandinavia.

La degeneración de la especie humana en determinadas épocas y lugares, es un problema cuya solución no han encontrado todavía las ciencias fisiológicas. Parece natural, que, según el mejor ó peor género de alimentación, sean más ó menos pronunciadas la corpulencia y las proporciones musculares del individuo. Pero respecto al descenso en la talla para el servicio de las armas, que nota el erudito catedrático, influyen tanto ó más que las malas y escasas subsistencias, la corrupción de las costumbres y los abusos del libertinaje. A la castidad de los germanos y francos, endurecidos en las rudas faenas del campo y de la guerra, atribuyen algunos autores su colosal estatura, *magna corpora* y su extraordinaria pujanza.

La población de cualquier país crece y se multiplica en proporción de sus medios de subsistencia y disminuye rápidamente, á medida que estas escasean y se encarece su precio. Por este motivo es tan grande y desconsoladora la diferencia que se advierte, comparado el número de habitantes que poseía nuestra patria durante la dominación romana y aun en el siglo de oro del gobierno de los árabes, con el de 15 ó 16 millones de almas, de que hace mérito el Sr. Muñoz de Luna y arroja el censo de nuestra actual población urbana y rural. Y aun suponiendo que sea exagerado, como lo es, el cómputo de los 30 millones de almas que se atribuyen á nuestra España en los prósperos tiempos de los Césares, y los 25 que se le suponen bajo el floreciente reinado del famoso Abd-El-Rahman, de la raza Omeya, no puede negarse que hemos descendido rápidamente, con mengua y descrédito nuestro, hasta la exigua cifra que con signan hoy los datos de la estadística oficial. Y por qué? Porque se han desconocido, cuando no despreciado las *leyes naturales de la agricultura*, de que habla Liebig, ó mejor dicho, por que no tenían tiempo ni ocasión para estudiarlas aquellos de nuestros antepasados que lanzaron el primer grito de independencia en las escabrosidades de Covadonga, ni sus belicosos descendientes, á causa de que la principal ocupación de unos y otros fué guerrear sin tréguva ni descanso por espacio de ocho siglos contra el poder sarraceno, ni tampoco los que más tarde, llevados de un instinto aventurero, no exento de heroísmo, emigraban en busca de gloria y fortuna á las vírgenes y peregrinas regiones del nuevo mundo.

Pero antes de estos sucesos ya los romanos, nuestros conquistadores, ébrios de sangre y oro, habían ido despreciando el cultivo de la tierra. Cuando, poseídos de una fiebre vertiginosa que les consumía, conculcaban los derechos del honor, los fueros de la justicia, los deberes de la humanidad, las exigencias del pudor, los dogmas de la moral y la práctica de todas las virtudes públicas y privadas, ¿cómo habían de respetar y cumplir esas *leyes naturales de la agricultura*? No pudiendo al cabo, ni queriendo cuidar de la *alimentación del hombre*, después de haberle explotado pereció la señora del mundo, envuelta entre las ruinas del profanado Capitolio, bajo los golpes de pueblos bárbaros que se repartieron sus ensangrentados y envilecidos despojos.

Suerte parecida y por análogos accidentes cupo también al poder sarraceno, después de haber dominado con vária fortuna en España, durante 800 años, dejando pruebas inequívocas de su pericia militar, génio civilizador y aptitud para la agricultura, en los antiguos reinos de Córdoba, Valencia y Granada, donde tremoló por largo tiempo el estandarte de la media luna.

Tal es el castigo que tiene reservado la Providencia á los pueblos y generaciones que no saben ó no quieren leer las *sábias leyes que el Hacedor ha escrito en el grandioso y admirable libro de la naturaleza*, y violan á sabiendas las eternas reglas de la moral y la justicia.

FERNANDO CORRADI.

EL ESPÍRITU DEL SIGLO.

La democracia, es decir, el reconocimiento de los derechos inherentes á la naturaleza humana y la participación de todos los ciudadanos en el Gobierno del Estado, no constituye ya el anhelo común de las grandes inteligencias, sino la universal necesidad de los países civilizados. Los pueblos mejor avenidos con el antiguo concepto de la sociedad y del poder, los que han logrado combinar más dichosamente las tradiciones y las libertades públicas, Rusia como Inglaterra, sienten y obedecen del mismo modo el impulso renovador de los tiempos. En el imperio moscovita, confusa aglomeración de razas y de naciones disciplinadas á la usanza militar y autocráticamente regidas, no sólo se emancipan de golpe millones de siervos, que eran la palanca, el tütano de su culta y viril aristocracia, pero se pone en las manos de la plebe redimida el dominio de la tierra, la propiedad nobiliaria, esto es, la garantía más sólida y permanente de dominación é independencia. El Reino Unido de la Gran Bretaña, verdadera y fortísima oligarquía, disfrazada, más bien que organizada, bajo las apariencias de la realeza, ve disminuir con rápido enflaquecimiento el pasado poderío de la Cámara de los Lores, ampararse á más andar la Cámara de los Comunes del cetro soberano, de la potestad rectora, y prepara con Gladstone y con Bright decisiva, puesto que suave revolución electoral, después de haber asistido en la liga de Cowden al más gigantesco alarde, á la más bizarra victoria de la opinión contra el Parlamento.

Ni es en Londres y en San Petersburgo únicamente donde el génio de los institutos populares gana terreno á la presente. Italia, la bella Italia, una vez realizado el noble sueño de sus insignes poetas y sus preclaros repúblicos, desde Maquiavelo á Manzoni y desde Cavour á Dante, constituida en cuerpo de nación y dueña al fin del disputado suelo de la patria, Italia, la bella Italia sufre con dificultad el blando yugo de la casa de Saboya, tal vez cercana á su eclipse, y se conmueve al recuerdo de las grandezas republicanas de Roma. El improvisado trono de la afortunada Bélgica, asiento un día del rey más prudente de la tierra, modelo de justos príncipes, envidia de libres pueblos, orgullo de propios y admiración de los extraños, flota en proceloso abismo como naufrago batel combatido por terribles huracanes. La confederación alemana y la confederación helvética, caminando hácia la unidad política y administrativa, aléjanse rápidamente de las reminiscencias de la Edad Media, rompen el molde feudal de vivieron aprisionadas y reflejan con más intensidad cada día el luminoso destello de los ideales modernos.

Y lo que pasa en Suiza, en Alemania, en Italia, en Bélgica, en Inglaterra, en Rusia, eso mismo pasa en Portugal y en España, miembros dispersos de una sola hermosa península, á quien la naturaleza unió en un común destino, á quien la tiranía divorció por muy sangrientas memorias. No parece sino que universal conspiración trabaje por el predominio de las ideas, cuando ha llegado la hora de que subyuguen el mundo. En los siglos XII y XIII, la Iglesia pasea por donde quiera los esplendores de su imponente majestad, en donde quiera tropieza con nuevas causas, con nuevas ocasiones para resplandecer y engrandecerse; en los siglos XIV y XV, la monarquía hereda y sustituye á la Iglesia; desde el VIII al XII, es la nobleza feudal quien impera sobre Occidente; ahora, nobleza, monarquía, Iglesia, buscan en el espíritu moderno aire para dilatar su amenazada existencia, refugio en donde guarecerse contra las injurias del tiempo, ó dársele en holocausto exánimes y desfallecidas. Todo, como decía profunda y elocuentemente un escritor de nuestros días y de nuestra patria, Donoso Cortés, todo conduce por diferentes caminos al mismo definitivo resultado, al triunfo de la democracia, que es, según la expresiva frase de Mr. de Tocqueville, el hecho providencial de la época. Allí donde la concentración del poder puede servir á los intereses de la nueva idea, al entronizamiento del gran principio, allí la anarquía administrativa y geográfica de los pasados tiempos se disipa bajo la espada del conquistador ó el pensamiento del político, como en Italia, en Alemania, en Rusia, en la misma Suiza. Allí donde la división de los poderes y el crecimiento progresivo de autárquicos organismos ha de facilitar el objeto soberano, allí se atropella por las arbitrarias barreras del antiguo despotismo, y se rompe con las tradiciones corrientes del movimiento revolucionario, como en Francia, como en Inglaterra.

Esa especie de imposición de la democracia en Europa, tiene, para usar el lenguaje del publicista francés antes citado, un carácter de universalidad casi divina. Favorecenla igualmente, el movimiento de las ideas y el de las instituciones, el progreso de las ciencias y las conquistas materiales de la civilización. Si la filosofía teje espléndida diadema que ceñir á su cabeza, la industria abre ante su planta nuevos y vastos senderos. Con el barco de vapor aproxima los continentes y reconcilia las razas; con el camino de hierro abate las fronteras y engrandece el patriotismo; con la máquina de imprimir desestanca el pensamiento y nivela la cultura; con el telégrafo eléctrico subordina de una vez el tiempo y la distancia á sus generosos designios. Préstale alas el periódico para llevar de polo á polo la epopeya de sus gloriosas jornadas; la tribuna le brinda trono de luz en que coronar de rayos la frente de sus apóstoles; ofrecele la química ricos colores para teñir la túnica de los aun oprimidos, la geología rinde á sus pies los secretos del Cosmos, el inflexible decálogo por que se rige el planeta; y todas esas cosas, ciencia, arte, inventos prodigiosos é inenarrables progresos, el sublime conjunto de la civilización, en una palabra, removiendo añejas preocupaciones, allanando antagonismos inveterados, suavizando asperezas, dulcificando costumbres, juntando en dichoso concierto las conciencias bajo el común sentido de la moral, y las voluntades bajo la ley eterna del derecho, ¿no lo veis? anuncian y elaboran, no ya la colosal tiranía del omnipotente despota, sombrío vaticinio de misantrópicos profetas, el autor del *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*, entre ellos, pero, bien al contrario, el reinado de la justicia, la cada vez más equitativa participación de todos en el reparto de las ventajas y de los deberes, de los derechos y de las funciones sociales, esperanza consoladora de tantos pensadores ilustres, el autor de *La Democracia en América*, muy singularmente.

El sistema representativo, hoy predominante en casi toda la Europa, descansa en la soberanía de la opinión, vive de la movilidad y de la controversia, la ley de su naturaleza es la ley del equilibrio. Equilibrio entre la autoridad y la libertad, para producir el orden; equilibrio entre la reacción y la revolución, para producir el progreso; equilibrio entre los grandes elementos y las grandes instituciones sociales, para producir la armonía del derecho, el organismo de la justicia. Y para mantener el equilibrio, división de poderes y concurso de partidos, es decir, coexistencia de fuerzas y de funciones correlativas é independientes. He ahí, cualquiera que sea su fórmula de expresión, monarquías ó repúblicas, la índole característica de los Gobiernos representativos. La democracia constituye, pues, la última, la más genuina de sus determinaciones en la historia. La monarquía parlamentaria diríase puente echado para llegar dulcemente desde la omnipotencia de la arbitrariedad hasta la omnipotencia del derecho, desde el antiguo régimen al nuevo, desde la autocracia á la democracia. Así, á medida que el espíritu parlamentario toma creces y predominio en los pueblos, el espíritu palatino pierde fuerzas y sufre rápido eclipse. En Inglaterra debe el trono á su modestia, casi podría decir á su insignificancia, su respeto. Cuantas veces vino á las manos con el Parlamento, y ha venido muchas y muy memorables, directa ó indirectamente, otras tantas salió maltrecho.

Pues lo que se observa en Inglaterra, eso propio puede observarse en todas partes. ¿Qué diferencia entre estos reyes modernos, condenados á secundar impotentes el mandato de suspicaces é intranquilas mayorías, y aquellos antiguos reyes, Cárlo Magno ó Cárlos V, que uncian al carró de su voluntad, y envolvían en la nube de sus odios y de sus caprichos, razas, generaciones, imperios! Ni podía suceder de otra manera. El carácter electivo es el carácter fundamental de las instituciones parlamentarias, el carácter hereditario es elinviolable asilo de las grandezas monárquicas. Al lado de la resplandeciente corona de los reyes, por derecho propio señores y soberanos, el soberbio castillo de los nobles, por trasmisión consanguínea poseedores de tremendos privilegios; la pesada cadena de los siervos, por derecho alodial sometidos á irritante dependencia; la monstruosa autoridad de los alcaldes perpétuos, y la bárbara jurisdicción de los jueces de por vida. Cuando, creyendo robustecer su contextura absoluta, volviéronse los monarcas contra la altiva nobleza, no hicieron sino pactar con el génio de la democracia; al primer albor de la soberanía pública, que todo lo torna mutable y responsable de improviso, los jueces, los magnates, la sociedad entera, abdicaron en la democracia su púrpura. Desde entonces fué fácil prever la palingenesis constitucional, la metamorfosis histórica que estamos presenciando ahora, si quiera no fuera fácil impedirlo. Cárlos X la desconoce, y muere en el desierto; Luis Felipe la resiste, y pierde su cetro en el tumulto de las barricadas; Francisco de Nápoles la contraría, y cae derribado como la eucina que desafía los vendavales; el imperio de Napoleón III intenta burlarla, y acaba en la vergonzosa rota de Sedan sus miserables días, teniendo que salvar la República, libertad, patria y honra del ignominioso naufragio.

Hay más todavía; pues el sentido de la democracia, así como regula el movimiento contemporáneo en las esferas sociales y en las esferas polí-

tics, así trasciende igualmente á los dominios de la estética é invade las regiones de la ciencia, presidiendo desde las alturas del pensamiento el desarrollo de los hechos. ¿Qué es la crítica filosófica que inicia Descartes y corona Kant, base de la investigación todavía, qué es sino la proclamación de los derechos humanos contra las imposiciones de la revelación divina? Desde entonces la verdad, tomando carne en el entendimiento de los sabios, sale de las fórmulas sistemáticas de la escuela; rebosa por el mundo de las realidades; se hace accesible y útil á un tiempo mismo, traduciendo en métodos industriales, que centuplican la riqueza; en aplicaciones prácticas, que generalizan el bienestar; en reglas de conducta, que ennoblecen la estirpe de los hombres. El soplo de la libertad penetra con el romanticismo en los campos de la literatura, antes encadenada á convenciones artificiosas; deja de ser Aristóteles el tirano inviolable de las ideas; la tragedia clásica abandona el teatro con sus dioses y sus semidioses y su monotonía y su falsa grandeza, para dar lugar y vida al drama, multiforme, independiente, espontáneo, con sus pasiones anónimas y sus peripecias caseras y sus recursos infinitos y sus resortes naturales, entrando por esta manera el vulgo, que tan interesante supo hacer nuestro D. Ramón de la Cruz, en posesión de la escena, cuya soberanía no tarda en adjudicarse. ¿En dónde está aquella frívola poesía de tropos y de bagatelas retóricas, que fué la triste ocupación de tantos malogrados ingenios? Goete transforma en popular el poema épico que inútilmente pretendieron galvanizar Voltaire en Francia, Balbuena en España; y la novela, adivinada por Cervantes en el siglo XVII, somete en el XIX á su jurisdicción el universo. La novela es en las letras lo que el positivismo en las cátedras: el triunfo de Sancho Panza contra Don Quijote; la sustitución por el sufragio universal de los privilegios; la democracia hecha rey, hecha gobierno.

Y ved lo que acontece en el terreno del arte. Hegel destruye los moldes del histórico-esteticismo, para ofrecer á las gentes en adoración la belleza, no tal y conforme la concibieron y realizaron los griegos, sino fresca, movable, viviente, íntima, tal y conforme la naturaleza la da, tal y conforme la concibe la razón y la inspiración la produce. ¿Qué metamorfosis con solo este proceso revolucionario! La música sorprende los secretos de la armonía en las armonías secretas del universal concertante, y, arrebatando á las leyes psicológicas sus dramáticos matices, se eleva con Gounod y con Meyerbeer sobre la atmósfera del vago sentimiento, para cernirse con Wagner sobre las cúspides de la pura idea. La pintura ha sufrido á la par idénticas transformaciones. Y en la palingenesis progresiva del arte, de la literatura, de las ciencias, de los institutos, de las creencias, de las costumbres, de los apetitos, la moral ha ganado tanto como la humanidad que se reintegra en sus legítimos fueros. ¿Lo dudáis por ventura? Pues volved los ojos á los anales de la vieja intolerancia, y decidme si consentiría ahora la conciencia pública hecatombes como la de las Vísperas Sicilianas, como la de la noche de San Bartolomé; brutalidades como la expulsión de los moriscos y de los judíos; tribunales de bárbara contextura como el del Santo Oficio; Papas corruptores como Alejandro VI, y Papas corrompidos como León X; reyes condottieros como Carlos VII de Francia y Carlos I de España; príncipes desleales como Fernando V y Luis XI; irrupciones como las de la corte de Luis XV; ignominias como las del reinado de María Luisa. Los clérigos no viven ya en legal baraganía; los padres no conservan el brutal derecho de matar á sus hijos; las mujeres no continúan siendo ó esclavas ó concubinas; las dinastías no perecen y se renuevan bajo la acción del puñal ó del veneno; la familia no vegeta en la adyección ó en la hipocresía; el dogma de la soberanía popular ha traído consigo la dignificación del hogar doméstico ¿qué digo? la dignificación de la historia.

La prueba más evidente del poderoso influjo de la democracia, en el actual estado europeo, la tenemos á nuestra espalda. ¿Mentira parece que subsista la República vecina á pesar de tan rudas pruebas! Había nacido de la catástrofe, y se tambaleaba sobre el abismo. La caída del imperio acababa de abrir todas las esclusas del infortunio: hallábase el alemán á las puertas de París; el desaliento y la traición en el fondo de los hogares; la *Commune*, preñada de horrores, alentaba á la *Restauración*, preñada por entonces de amenazas. La liga dinástica, sin límites en su insolencia, parecía legitimar la irritación revolucionaria, sin límites en su locura. Por una parte la guerra, aquella guerra desigual, triste legado de veinte años de vergüenzas, apenas podía continuarse como un cruento holocausto á precio del suicidio, del eclipse completo de la patria. Por otra parte la paz, aquella paz tan cara y tan vilipendiada de antemano, apenas podía consumarse como un doloroso, como un sublime sacrificio, en medio de la sublección y del incendio de las más fieras pasiones. Además, la democracia y la Francia conservaban tradiciones muy fatales: la una habíase acostumbrado á las fantasmagorías gloriosas del cesarismo; la otra á las engañosas exaltaciones de la demagogia. La Francia recordaba con amor las afortunadas intrigas del régimen monárquico; la democracia deletreaba con satisfacción las falaces promesas del evangelio socialista. La Francia volvía sus ojos entristecidos hácia la espada fulgurante de Aumale, ya que no hácia el enmohecido cetro de Chambord; la democracia postrábase en

éxtasis deleitoso ante las utopías deslumbradoras de Proudhon, ya que no ante las vanas imaginaciones de Fourier y de Leroux. ¡Qué trance! ¡Qué momentos! Solo existía un hombre dueño de sí y de los acontecimientos, en medio del universal cataclismo; aquel hombre había sido educado en el culto de la mesocracia; aquel hombre, sin embargo, salvó la República. Habiendo conquistado en un día la gratitud de todas las grandes almas, constituyó al punto el centro de todas las grandes empresas. El reunió en altísimos propósitos á los que separaban inconciliables doctrinas. El impuso la disciplina del deber á los que sojuzgara la heteronomía de las opiniones. Broglie creyó tenerlo á sus pies, haberle derribado y vencido en el solemne instante en que se disponía á coronar con dichoso coronamiento nobilísimos afanes; lo mismo creyó Buffet, el heredero de Broglie; mas se engañaron. El patriotismo y la paciencia habían triunfado del egoísmo y de la astucia. ¡Thiers, alma y amparo de la República! ¿Cabe idear una demostración más incontestable del poderío de las corrientes democráticas? En 1830 había bastado para cubrir con la bandera tricolor el sólio del rey ciudadano...

Pero la democracia, que prospera en nuestra época y prevalece entre nuestros vecinos, así dista del grosero egoísmo de las repúblicas clásicas como del explosivo sonambulismo de las repúblicas terroristas; compadece la prudencia de los temperamentos con la elevación de las miras, y concierta la alteza de los propósitos con la idoneidad de los medios: es una democracia práctica, previsorá, gobernante, fundada en el respeto de todos los intereses, en el acatamiento de todas las opiniones, en el imperio de todas las libertades, en la igualdad de todas las clases, en el seguro ejercicio de todos los derechos, en el informe de los más altos principios y en su gradual desarrollo; democracia con Dios y con patria, con autoridad firme y con ingenua independencia, bajo la cual pueden vivir en paz los hombres de firme voluntad y rectas intenciones; democracia que cuenta por patronos los talentos más eminentes y nutridos, por aliados las personas más acomodadas é inteligentes, por escenario el universo, por precursores los más legendarios heroísmos, por cómplices sus enemigos más irreductibles; democracia que se atempera á las circunstancias, que solicita la aquiescencia de las rebeldías, sin perjuicio de espaciarse en dilatados y riquísimos horizontes, que forman como el magnífico panorama de lo porvenir, viviendo en su conciencia é inspirando su conducta. En eso estriba ese poder incontrastable é incontrastado con que se nos dá en espectáculo; en eso consiste esa gloria indisputable é indisputada con que se presenta á los ojos atónitos en España como en Francia, en Francia como en Italia, en Italia como en Bélgica, en Bélgica como en toda Europa, en Europa como en América. Porque el siglo XIX no es como el siglo XVIII un siglo de lucha; no es como el siglo XVII un siglo de controversia; no es como el siglo XVI un siglo de protesta; no es como el siglo XV un siglo de reivindicación geográfica, sino un siglo de omnilaterales conciliaciones, que ha traído el nobilísimo encargo de inaugurar la síntesis revolucionaria, esto es, la conservación del progreso mediante la libre y regular gravitación de los esfuerzos humanos.

El clasicismo y el romanticismo, la Grecia y la Edad Media, se juntan, se desposan ante el altar de la belleza, como los colores del sol en las facetas del prisma; los effluvios de la fe y las conquistas de la razón, la teología y la filosofía, se confunden en un abrazo de tolerancia para dirigir á la verdad el himno del entusiasmo; la autoridad y la libertad se dan la mano amiga para construir el Gobierno y consolidar el derecho; las razas se reconocen, los sexos se complementan, los pueblos se respetan, los continentes se desposan, las nacionalidades se engrandecen, las tradiciones se depuran, los errores se asedian, las tinieblas se disipan, la luz se extiende, el planeta se estudia, el alma se emancipa, la ciencia se rehace, la ascension se siente, la democracia se santifica. Pero no habríamos llegado á este alto concepto, á esta total posesión de nosotros mismos y de nuestro cuerpo, sin aquellos exploradores que proclamaron la ley de la vida desde las tablas del cadalso y fecundaron con el martirio la semilla de la redención. ¡Generaciones atléticas que nos habeis precedido y abierto paso á sangre y fuego en el camino de la exploración laboriosa, recibid el homenaje de nuestra gratitud en vuestros sepulcros! Al heredar el legado del desinteresado sacrificio, nosotros os juramos seguir el generoso ejemplo, olvidando la fatiga, menospreciando el dolor, inmoldando el particular provecho para ensanchar el círculo de la democracia reinante, es decir, el reconocimiento de las prerrogativas inherentes á la humana naturaleza y la participación de todos los ciudadanos en el banquete de la civilización como en las cosas del Gobierno.

PABLO NOUGUÉS.

EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

JULIO A. ROCA.

(Conclusion.)

Los hombres que siguen friamente los acontecimientos, estudiándolos en su índole, su origen y consecuencias, comprendieron desde aquel instante, que si el vencedor de *Santa Rosa* se daba cuenta de la *inesperada posición* que le acababa

de crear el fallecimiento de Alsina, vendría á ser no solo su sucesor en el Ministerio, sino su sucesor también como candidato á la Presidencia de la República.

En cuanto á nosotros, fué esta una opinión hecha y arraigada desde que tuvimos noticia de su nombramiento.

Roca, que más que uno de esos talentos deslumbradores tiene una viveza extraordinaria y un tacto especial y delicado para prever los acontecimientos y medir sus alcances, abarcó de una mirada rápida y penetrante el porvenir que ante sus ojos se abría con su elevación al Ministerio de la Guerra, y llevando la mano á sus hombros los sintió bastante fuertes para soportar la herencia que el destino colocaba sobre ellos.

Dedicarse de lleno, con fe, entusiasmo y perseverancia á la solución de la famosa cuestión de fronteras, acabar la obra colosal iniciada por Alsina,—hé ahí lo que su conveniencia le indicaba, y hé ahí lo que hizo con un éxito, que en ciertas circunstancias llega á los límites de la leyenda ó de la fábula.

Prescinde completamente de la política; pide á sus más íntimos amigos que no le hablen de ella; con estudios hechos ya en la cuestión, con práctica adquirida sobre el terreno, aceptando de los planes del doctor Alsina todo lo que á su juicio puede servir á la realización de los resultados que se buscan, y trazando él otros nuevos ó complementarios, se prepara á emprender una campaña ofensiva, activa y rápida contra las tribus de los indios salvajes, yendo á sorprenderlos en sus guaridas ó *tolderías*, para arrojarlos del otro lado del *Río Negro*, que, con el tiempo, vendrá á ser la muralla china, el baluarte inexpugnable contra aquellas hordas, que hasta entonces harán verdaderamente problemática la riqueza rural de la hermosa provincia de Buenos-Aires.

En la complicada combinación de estas vastas operaciones militares, ni una falta, ni un olvido de esos que suelen hacer fracasar los planes mejor combinados.

Todo le sonríe.

Todo le favorece, y cuando cree el momento llegado, marcha á la frontera, se pone al frente de la columna expedicionaria y se lanza resueltamente en el desierto, yendo á clavar la bandera de la patria en las márgenes solitarias del *Río Negro*, en cuyas aguas sólo se había reflejado hasta entonces la fisonomía repugnante del indio de las Pampas.

El problema de tres siglos estaba resuelto, la frontera asegurada, y la hacienda, y la vida, y la propiedad, y la quietud apacible de millares de hogares, asegurados también, contra las constantes depredaciones de aquellos bárbaros, que durante largo tiempo cebaban su asquerosa lascivia en la castidad de las desgraciadas que conseguían llevar cautivas á sus *tolderías*.

El éxito engrandeció las personalidades—le decia M. Thiers á Bismarck en Versalles—y en esta ocasión, la República Argentina lo vió prácticamente, al contemplar el inmenso prestigio y la gran popularidad adquiridos por el general Roca con el éxito ruidoso de su campaña en el desierto.

Sus amigos del interior de la República, ya no pudieron sofocar por más tiempo su impaciencia, ni el ardiente deseo que les venía agitando, hacia meses, de manifestar sus simpatías por la candidatura del general Roca.

Entonces se produjo un movimiento realmente hermoso, como manifestación de opinión en la vida democrática de una República constituida.

De un extremo al otro de la Argentina, se organizaron *clubs* y *comités electorales*, levantando y proclamando al general Roca candidato á la futura Presidencia.

En ese movimiento hubo tanta espontaneidad, que pudo decirse que aquella candidatura, al ser así proclamada, *era ya una candidatura hecha*, contra la cual habría sido imposible luchar, ni aun cuando contra ella se hubiesen puesto en juego todos los elementos oficiales de que disponía el Presidente.

Y sin embargo, la ambición desmedida de un hombre, y la falta de tino de un partido que se hallaba condenado á la impotencia por sus constantes derrotas, produjeron en la lucha electoral hechos y acontecimientos, que haciéndole perder por un instante su carácter pacífico, sirvieron, no obstante, para que el general Roca revelase condiciones y calidades que nadie le conocía hasta entonces, y que podían ser tomadas como una garantía de solidez para su Gobierno.

Ese hombre funesto fué D. Carlos Tejedor, á la sazón gobernador de Buenos-Aires.

Sometido por una parte al imperio de sus ambiciones, contando por otra con los inmensos elementos de poder que puede levantar aquella provincia, y creyendo que le sería fácil explotar su sentimiento local contra el candidato *provinciano*—pues el general Roca es tucumano—se presentó cínica y audazmente como candidato á la Presidencia, resuelto á disputarle el triunfo.

La manifestación de este deseo produjo una serie de sucesos y acontecimientos, que darían materia para escribir un volumen; pero que no es dado abrazarlos en un artículo hecho al correr de la pluma, si bien debemos detenernos en aquellos á que se liga el nombre del general Roca, para justificar lo que respecto á sus calidades y condiciones acabamos de decir.

El gobernador de Buenos-Aires, cegado siempre por la ambición de ser presidente, á pesar de no contar con un voto ni un amigo en las trece

provincias donde el general Roca era ya candidato proclamado, y tan popular como no lo había sido antes ninguno de sus antecesores, se decidió á llevar la cuestión al terreno de las *vías de hecho*, y cometiendo un crimen que la historia condenará, distrajo los tesoros públicos en *armar la provincia*, tratando á la vez de inflamar el sentimiento local de una juventud entusiasta, contra el candidato provinciano.

Esta decisión hizo comprender á todos, que una lucha armada entre los elementos de Buenos-Aires y el Gobierno nacional, sería inminente; que, una vez encendida, habría muchas desgracias, y que el crédito del país, tan grande hasta esos momentos, sufriría muchísimo desde que, por una razón ú otra, fuese alterada la paz pública.

El general Roca, no queriendo dar pretexto á sus enemigos, no sólo dejó el Ministerio de la Guerra, sino que dejó también la ciudad de Buenos-Aires, yendo á fijar su residencia en Córdoba.

Su presencia allí, como candidato, era del todo innecesaria, puesto que su candidatura era ya un hecho en toda la República; pero previendo los acontecimientos, es decir, sabiendo de lo que era capaz el gobernador de Buenos-Aires, quiso dar ese testimonio de su tino y buen sentido, alejándose de la ciudad en que aquél tenía su cuartel general, para que, ni sospechar se pudiese que con su presencia iba á contribuir á los horrores de la lucha que, como furiosa tormenta, es sentía rugir ya sobre todas las cabezas.

En estas circunstancias, los hombres que constituyen el elemento conservador de la sociedad, espantados ante las desgracias que presentaban, emprendieron una campaña verdaderamente colosal, que tenía por objeto pedir al general Roca, que, como medio de evitar la guerra civil, renunciase á su candidatura.

Respirando aquella atmósfera de fuego, varios de sus más entusiastas amigos y sostenedores en Buenos-Aires, adhirieron también á la propaganda, pidiéndole á su vez que renunciase; lo que quizás habría sucedido si el mismo Tejedor, en su delirio, no hubiese hecho innecesaria la codiciada renuncia, favoreciendo á Roca de una manera asombrosa.

Efectivamente: algunos meses antes de que llegase el momento de proclamarse el Presidente por el Congreso, una vez practicado el escrutinio, invocando un pretexto tan pueril como insolente, el gobernador Tejedor arrojó el guante al Gobierno nacional, declarándose en abierta rebelión contra él.

Al hacerlo, la persona del general Roca no figuraba para nada en la cuestión.

Era esta de Gobierno á Gobierno: el Nacional había dado una orden al Provincial, y éste la desobedecía, haciendo alarde de ello.

¿Qué hacer en tal caso?

Lo que la Constitución establece clara y terminantemente:—*someter al Gobierno rebelde*, salvando así el principio de autoridad—conquistado en el país á costa de mucha sangre—base de la situación actual de la República.

El presidente Avellaneda, que había contempORIZADO ya de una manera cobarde con las insolencias y provocaciones del gobernador de Buenos-Aires, fué sin duda quien le incitó, dió ánimo y valor para cometer aquella última provocación.

Al hacerla, contó con que el presidente no echaría nunca mano del recurso de las armas para someterlo, y que podría seguir impunemente manoseando y desconociendo su autoridad.

Pero sucede que Tejedor tampoco contó con la energía y el temple de algunos de los hombres que rodeaban al doctor Avellaneda, y muy principalmente con el temple y energía del doctor Rocha, que comprendiendo la situación, tal cual la creaba el gobernador de Buenos-Aires, comprendió también desde el primer momento que era preciso obrar, pronto y enérgicamente, para someter al gobernador rebelde.

Así sucedió.

Rocha comunicó su energía al presidente, que en pocas horas puso en armas un ejército poderoso, atacó á Tejedor en sus posiciones, le obligó á renunciar, sofocó la rebelión, y se hizo dueño de la provincia de Buenos-Aires.

En todos estos episodios, que fueron complicados y sangrientos—aunque felizmente de corta duración—no figuró para nada el general Roca, puesto que la lucha era entre el Gobierno general de la Nación y un gobernador rebelde de provincia, lo que no impide decir que todos y cada uno de aquellos acontecimientos parecían fundidos en el molde del éxito, para el candidato de los pueblos.

La razón era clara.

Hecha estaba su proclamación por todas las provincias, en la que había sido legalmente electo.

La única que parecía oponerse á su elección, era la de Buenos-Aires.

Permaneciendo en rebelión, su ausencia en el escrutinio general de la elección, podía haber creado embarazos para el porvenir.

El Gobierno nacional, vence y reprime la rebelión, allanando así todos los obstáculos, de manera que el Congreso funciona legalmente, hace el escrutinio en las formas prescritas y establecidas por la Constitución, y por fin, proclama al general Julio A. Roca presidente de la República Argentina, sin que él hubiese tomado la menor participación en los sucesos que por un instante turbaron la paz de la nación.

Había sido, pues, el hijo mimado de la fortuna,

y bajo sus auspicios risueños subió al poder, no en nombre de la violencia, ni de la imposición, ni de un motín de cuartel, ni de uno de esos *pronunciamientos militares* que han sido y serán en todo tiempo sangriento ultraje á los eternos principios de la democracia.

Tales son los antecedentes de la elección del general Roca y tal es el hombre.

Pero el gran tribuno español nos ha preguntado además: *¿cuáles son las tendencias que manifestará en el Gobierno?*

La contestación á esta pregunta no puede ser dudosa: nace de la índole misma de la elección y de la escuela en que se ha educado el candidato.

Las tendencias de la nueva generación de la República Argentina en la cátedra, en la tribuna, en la propaganda de la prensa, en la acción, en la política, en los hechos prácticos de la vida, son estos:

Mantener la libertad en todas sus manifestaciones, armonizando su ejercicio con el orden y la paz pública.

Rendir culto á todos los principios que la democracia establece.

Fomentar la educación del pueblo.

Aumentar la población extranjera que á las playas argentinas llega, é identificarla con la población nacional, por medio de leyes que la arraiguen á la patria de su adopción.

Iniciar todo progreso y adelanto que contribuya al engrandecimiento de la nación.

Desarrollar una política de concordia, que garantice á cada partido la manifestación de sus ambiciones, en el terreno tranquilo de la constitución.

Cultivar y estrechar las relaciones de la República con todos los Gobiernos y pueblos de la tierra, buscando en esa cordialidad feliz nuevos elementos para su estabilidad política y social.

Esas son las tendencias del partido que ha elegido al general Roca, y esas son las que está manifestando y poniendo en práctica desde el momento en que se ha encargado de la Presidencia, respondiendo así á la confianza en él depositada.

HECTOR F. VARELA.

RUSIA.

PEDRO EL GRANDE.

El impostor Dmitri, el fraile *Otrepiet* se entregó á todos los vicios para imitar á Ivan el Terrible; su madre y hermano que le reconocieron, fueron encerrados en calabozos, empleó el terror y condenó á muerte á los que decían que era un fraile. Rodeado de alemanes amenazó á la vez al Sultan y á la Suecia; los polacos le protegían, pero una conspiración tramada por el príncipe Schouiski le lanzó del trono y fué asesinado. Su cadáver fué quemado con carbon, y después de mezclar los restos con pólvora, se cargó con ellos un cañón y se descargó en la dirección que había seguido el supuesto Dmitri, cuando hizo su entrada solemne en Moscow á últimos del siglo décimo sexto.

Se desenterró el cuerpo del verdadero Dmitri, y espuesto al público, éste reconoció su rostro perfectamente conservado. El príncipe Schouiski fué elevado al imperio.

Nuevas luchas estallaron, apareció en escena otro falso Dmitri, protegido por los polacos que querían vengar la matanza de sus compatriotas. Los suecos favorecieron al Czar Schouiski, que fué depuesto por los rusos, y la toma de Smolensko por la constancia de Segismundo, rey de Polonia, le permitía llevar sus fuerzas contra Moscow, pero prefirió regresar á Polonia y presentar á Cracovia el espectáculo de un Czar cautivo. Schouiski manifestó en esta humillante parada una noble resignación, y murió poco tiempo después. Había cometido la infame ingratitud de sacrificar á su pariente Skopin Schouiski, que había sido el libertador de Rusia, á quien un partido poderoso ofreció la corona, que tuvo la generosidad de rehusar; pero esta abnegación no le libertó de la muerte, por la alarma que infundió en el pecho de Schouiski, que resolvió deshacerse del que había salvado su imperio. La Rusia fué despedazada por los suecos y por los polacos. Moscow ardió durante dos días, y esta desgraciada capital, tantas veces arruinada por los tártaros, no ofreció más que un montón de escombros y de cenizas. Sus habitantes se habían disputado durante el último asedio los pedazos de carne humana, vendida en los mercados públicos.

Tantos desastres aconsejaban una prudente circunspección, y quien lea con atención la historia de Rusia comprenderá fácilmente la causa del odio profundo entre los dos grandes pueblos esclavos, los polacos y los rusos. Estos, amaestrados por la desgracia, no querían elegir un soberano extranjero, y los supuestos herederos de Ivan el Terrible habían causado tanto daño en nombre de la legitimidad, que los Estados reunidos se decidieron á ofrecer la corona á Miguel Romanof, cuyos antepasados eran de origen prusiano, y que era hijo de Titalareto, que estaba prisionero en Varsovia, y que siendo metropolitano no podía obtener la diadema, y después se le reservó la dignidad de patriarca.

El nuevo Czar juró proteger la religión griega, y no recordar las persecuciones sufridas por su

familia. El poder absoluto hacia ilusoria su protesta de no hacer la paz ó la guerra sin el concurso de los Estados. Miguel envió embajadores á la China y á la Persia, los cosacos tomaron á Azof, y muerto el Czar le sucedió en el trono su hijo primogénito Alejo Mikhaelovitch.

Alejo abrió escuelas, estimuló las manufacturas, compiló los reglamentos y decretos antiguos de los Czares, que dan una idea de las costumbres de aquel tiempo, y dió á este código la denominación de *Oulagenia*. En su reinado la nobleza rusa empezó á hacer uso del blason, que tomó de los alemanes y de los polacos.

En el siguiente reinado, de 1676 á 1682, Feodor Alexeievitch, el gran señor renunció á todas sus pretensiones sobre la Ucrania, y se reconoció la independencia de los cosacos, bajo la protección de la Rusia. A la muerte de Feodor, éste, persuadido de la incapacidad de su hermano Ivan, nombró sucesor á Pedro I, cuya elección fué rectificada por el Consejo de los boyardos y del clero. El Czar tenía 10 años; Natalia, princesa de carácter afable, era la regente bajo su menor edad; pero excitó los celos y la ambición de otra princesa, Sofía, que hizo esparcir la noticia de que Ivan había sido ahogado; los estreletzces toman las armas, asesinan á sus coroneles, á todos los partidarios de Natalia; la presencia de Ivan y de la regente no calma sus furiosos; obligan á Natalia á entregarles su padre y hermano; en vano intercede en su favor la misma Sofía, y estos desalmados los degüellan, así como á un médico holandés, que no tenía otro crimen que el de su ciencia, y declaran Czares á Ivan y Pedro, bajo la tutela de Sofía.

Pedro, dueño del poder absoluto por la nulidad de su hermano Ivan, que murió en edad muy temprana, resolvió disolver á los estreletzces para castigar su arrogancia turbulenta, y organizó, á fin de asegurar su apoyo, dos regimientos de soldados, que ejercitados por oficiales extranjeros, fueron el núcleo de su guardia, y mostraron las ventajas del sistema de la disciplina sobre el número y sobre el ardor desenfrenado de los europeos y asiáticos.

Pedro no había visto más que barcos ordinarios, y se sorprendió al encontrar en el pueblo de Ismailot una chalupa de construcción inglesa, hecha para navegar al viento y á la vela. Su maestro de matemáticas, Timerman, le explicó cómo podía neutralizarse el efecto de un viento contrario con la ayuda de la vela: el constructor Brandt, un extranjero, reparó la chalupa, y el riachuelo que baña las puertas de Moscow, llamado el Yanza, fué el teatro de los primeros ensayos náuticos del Czar.

Aquella barca fué la madre de la escuadra rusa. Brandt construyó sucesivamente dos fragatas y algunas goletas, que Pedro se divertía en gobernar como piloto.

Reunió en el mar Blanco algunos buques mercantes, nombró á Lefort almirante de una escuadra, que sólo existía en su idea, y como lo observa un historiador, antes que la lengua rusa tuviese una palabra que expresase la palabra escuadra. Por esta razón parece que casi todos los términos de la marina son tomados del alemán y del holandés.

Pedro se apoderó del puerto de Azof en el mar Negro; el Czar y el emperador de la China adoptaron el curso del río Gontzas por límite de sus respectivas fronteras, porque un cosaco había reconocido á mano armada la parte de la Danria, que costea el río Amur. El czar hizo ahondar el puerto de Azof para que pudiera contener una escuadra. La Turquía vió pronto surcar en sus mares el pabellón moscovita.

No bastó al génio impaciente de Pedro enviar un gran número de jóvenes rusos á Venecia, Holanda, Liorna y Alemania para que se instruyeran en los diferentes ramos de la marina y de la disciplina alemana, sino que abandonó sus Estados, se hizo artesano, y en traje de piloto se dedicó al estudio de la construcción naval en Holanda y en Inglaterra; los holandeses le llamaban el maestro Pedro. Ayudado de los jóvenes de su comitiva, construyó un navío, que envió á Arkhangel, y envió también oficiales de marina, cirujanos, artilleros y gran número de artesanos, que desde Arkhangel fueron repartidos entre los diferentes Estados del Imperio.

El Czar estudió las matemáticas, los secretos de la industria manufacturera, y se perfeccionó en el arte de las construcciones. Al mismo tiempo no perdía de vista los cuidados de su imperio, cuya administración había dejado encargada al príncipe Romodavouski, á Strechnef y á un consejo de boyardos. Se llevó consigo á Lefort, Vonitzin y Jolovin, confiriéndoles el título de enviados extraordinarios de diferentes Estados. Socorrió al príncipe de Conti con 30.000 hombres, cuando se halló en Polonia la excisión por una doble elección á favor de aquel príncipe y de Augusto; siguió las conferencias de Ruysch, donde formó una idea cabal de los intereses de las potencias de Europa, trazó el mapa de un Estado, concibió el proyecto de unir el mar Negro al mar Caspio, cultivó la amistad del rey de Holanda y del de Inglaterra y el motivo político de la embajada rusa á Holanda fué la demanda de una escuadra formidable para ayudar á la realización de un proyecto contra la Puerta.

Fuó inexorable con los que atentaban contra su omnimoda autoridad, y castigó á muchos con el

último suplicio. Impuso su voluntad á la nacion, pero sus reformas disgustaban á los antiguos boyardos y al clero, y solo podian agrandar á la futura generacion. Abolió algunas de las ceremonias que se observaban en los casamientos, revocó reglamentos que entorpecian la imprenta, abrió escuelas para la enseñanza de las lenguas muertas y vivas. Muchos rusos fueron á viajar por Europa, para imitar al Czar y contraer méritos, á fin de obtener empleos y distinciones. El clero era el alma de la resistencia. Pedro ordenó que nadie pudiera en adelante hacer voto de religion, ántes de la edad de 50 años. El año, que comenzaba en Rusia el 1.º de Setiembre, empezó en 1.º de Enero como en Europa.

Instituyó un Sínodo encargado de todos los negocios concernientes á los reglamentos y administracion espiritual, que dependia de su autoridad, y debia obedecerle como el resto de sus súbditos. Se declaró jefe supremo de la Iglesia.

La guerra que sostuvo contra Carlos XII, rey de Suecia, demostró su talento, su perseverancia y su actividad, porque se multiplicaba y vivificaba con su presencia todo cuanto en tiempos ordinarios, la distancia sustraeria á su voluntad. Luchó contra un héroe fogoso y temerario, y supo aprovecharse hábilmente de sus faltas, y la batalla de Pultava hizo fijar la atencion de Europa en el Czar de Rusia. Mas tarde, por la paz de Neustard, en el año 1721, la Libonia, Estonia, Hungría, una parte de la Finlandia y de la Corelia y algunas islas de importancia, fueron definitivamente reunidas al imperio.

A consecuencia de un tratado tan ventajoso, Pedro fué promovido al grado de almirante; el clero y el senado le saludaron con el nombre de Grande y de Padre de la patria. La Holanda y la Inglaterra le habian saludado con el título de Emperador despues de la batalla de Pultava, y por el tratado, de que hemos hecho mencion, aquel título fué confirmado por las demás potencias de Europa.

La abolicion definitiva de la dignidad de patriarca pertenece á esta época, y cuando poco tiempo despues el clero se atrevió á pedir un patriarca, Pedro se levantó furioso, y dándose un golpe en el pecho con una mano, y dando con la otra otro golpe en la mesa con su cuchillo, exclamó «Ved vuestro patriarca,» y su mirada terrible aterró á los miembros del Sínodo, que le prestó juramento de obediencia como jefe supremo del colegio eclesiástico.

Dueño del Báltico, dirigió sus miras ambiciosas sobre el mar Negro, persuadido de la necesidad de dar salida á las ricas producciones de la Rusia Meridional; quiso tambien fundar establecimientos marítimos en el mar Caspio.

La paz con el Norte le permitia dirigir sus fuerzas contra el Oriente: la Persia, entregada á disensiones, le ofrecia una presa tan halagüeña como fácil, y asegurado de la neutralidad de la Turquía, desembarcó con sus tropas cerca del golfo de Agrakhan, sometió al Chamkal de Turkan, y al Sultan del Axai, despojó de sus Estados á los príncipes del Daghestan, y entró en la ciudad de Derwent, llamada por los turcos *La puerta de hierro*.

En virtud del tratado de Ismael-Beg, reunió el Czar á su imperio las ciudades de Bakhu, de Derwent y las tres provincias de Guilán, del Mazanderán y de Asterabath.

Pedro edificó la ciudad de San Petersburgo en una isla del Neva, á poca distancia del golfo de Finlandia, para ejercer la accion de la Rusia sobre las provincias vecinas, que por tanto tiempo se disputaron los polacos, rusos y turcos. Mientras construía desde 1703 la ciudad, que un siglo despues debia ser la capital más hermosa del mundo, se contentó con una pequeña casa de madera, cuya sencillez contrastaba con aquel lujo; los rusos la enseñan todavía á los extranjeros con un justo orgullo, recordando los inmensos gastos y enormes trabajos que han sido necesarios para edificar aquella ciudad en medio de un pantano infecto y fangoso, mientras su fundador vivia en una cabaña, donde desdeñaria de alojarse el más humilde artesano de San Petersburgo.

Muchos rasgos se podrian citar de este grande hombre, pero harian interminable este artículo. Nos limitaremos á recordar, que, despues de apoderarse de doce naves suecas y del navío almirante, de la isla de Aland, situada á corta distancia de Stokolmo, al volver á Petersburgo con su escuadra victoriosa, ésta estuvo á pique de ser destruída por una tempestad violenta, y Pedro se arrojó en una lancha, respondiendo á los que le representaban el peligro á que se exponia: «El Czar Pedro no puede ahogarse.» Y luchando contra las olas largo tiempo, gracias á la educacion práctica que se habia impuesto, Pedro, marinero robusto y hábil piloto, salvó á Pedro el Grande.

No podemos renunciar al deseo de expresar las palabras notables que dirigió Pedro á los rusos, despues de la victoria de Angut, y que copiamos de un historiador, porque revelan que columbraba el porvenir de su pueblo, volviendo la vista hácia el Oriente, para devolver á la Grecia su antigua patria. Dicen así: «Hermanos míos, ¿quién de vosotros, hace treinta años, hubiera pensado que construiriais un dia navíos en el Báltico, que levantaríais una ciudad en esta comarca conquistada por nuestros trabajos y nuestro valor, que de la sangre rusa nacerian tantos guerreros y diestros navegantes? ¿Habráis acaso previsto vos-

otros, que tantos hombres instruidos, obreros industriados, artesanos distinguidos, vendrian de diferentes partes de Europa á hacer florecer las artes en nuestra patria, que impondríamos tanto respeto á las naciones extranjeras, que nos estaba, en fin, reservada tanta gloria? Vemos en la historia que la Grecia fué en otro tiempo el asilo de las ciencias, y que arrojadas de aquellas hermosas comarcas por las revoluciones de los tiempos, se han esparcido en la Italia, y de allí á todos los países de Europa. Por la incuria de nuestros antepasados, se detuvieron en Polonia, no pudiendo llegar hasta nosotros. Mas los alemanes y los polacos han estado sumergidos en aquellas mismas tinieblas de ignorancia en que nosotros hemos estado hasta estos últimos tiempos. La solicitud y los desvelos de sus respectivos soberanos, les han hecho abrir los ojos, han heredado de la Grecia sus ciencias, su política y sus artes. En fin, ha llegado nuestra vez si vosotros me ayudais en mi empresa, si unis el trabajo á la obediencia. Las trasmigaciones de los conocimientos humanos pueden compararse á la circulacion de la sangre; yo espero que abandonarán un dia la Alemania, la Francia, y la Inglaterra, y se detendrán algun tiempo entre nosotros para devolver á la Grecia su antigua patria.»

Pedro resolvió ir á Francia: no entendia la lengua, y como le incomodaba la etiqueta, no quiso alojarse en el Louvre, y prefirió el palacio de Lesdiguières, donde fué obsequiado con pompa, pero rechazaba los honores y los esmeros del lujo, y decia: «Yo soy un soldado, pan y cerveza me bastan; prefiero los pequeños alojamientos á los grandes; no quiero caminar con pompa, ni molestar tanta gente.»

Visitó á los artistas y literatos, abrazó la estatua de Richelieu, exclamando: «¡Grande hombre! ¡Yo te habria dado la mitad de mis dominios, por aprender de tí á gobernar la otra mitad!» Este lenguaje anunciaba los obstáculos que el Czar habia tenido que vencer para destruir la resistencia de los boyardos, al rendir homenaje al que abatió las arrogancias aristocráticas en Francia.

Se detuvo algunos momentos delante del lecho que habia ocupado Madama de Maintenon, como si se abismase en los recuerdos de aquella mujer astuta y ambiciosa, que despues de ser esposa de un poeta enfermo, se elevó hasta el trono del monarca más ostentoso de Europa, empleando todos los recursos del enndimiento y todos los resortes de la religion para dominar á Luis XIV.

El grande hombre que aprendió en el seno de las naciones más civilizadas el secreto de la preeminencia de su patria, el que tanto la engrandeció, fué desgraciado en el seno doméstico. Pedro habia contraído su primer matrimonio con Eudoxia Laponkhin, en cuyo ánimo ejercian gran influencia los frailes, y condenaba todas las innovaciones de su esposo, que consideraba sacrílegas: parece que la conducta de Eudoxia no estaba por otra parte al abrigo de las quejas, y el Czar, que mostró predileccion por Ana d' Mociús, todas estas circunstancias contribuyeron á que repudiara á Eudoxia, que le habia dado un hijo, Alejo, heredero de su trono.

La educacion de éste fué confiada á ayos instruidos de las preocupaciones de su madre, que, resentida por su desgracia aunque obraba con circunspeccion, trabajaba, de acuerdo con sus confidentes, para inculcar en el espíritu de su hijo los principios más opuestos á las ideas reformadoras de su padre. Este trató de atraer á su hijo á la obediencia, por tener el dolor de ver morir á sus hijos y por contener á Catalina, su segunda mujer, de la que nos ocuparemos despues; y para probarle le puso á la cabeza de la regencia durante un año, le hizo viajar y le casó con una princesa de Wolfenbuttel, que poseia los atractivos de la belleza y de la virtud. Pero todas sus prendas no borraban á los ojos de Alejo el crimen de ser extranjería, y la infortunada, testigo de los desórdenes y vicios del czarevitch, sufriendo los tratamientos más groseros, despues de haber dado á luz dos niños, una hija, llamada Natalia, y un hijo, que fué Pedro II, murió de pesadumbre á los cuatro años de su himeneo, porque no pudo resistir tantos padecimientos.

Despues de la muerte de la princesa el Czar escribió varias cartas á su hijo amenzadoras, manifestándole que habia pasado muchos años sin dirigirle la menor queja, que habia empleado en vano la blandura, que le habia exortado y aun castigado, que no se complacía más que en sus salones, abandonado á la ociosidad y á la holganza; que ya era tiempo de manifestarle su última resolucion, que se avenia á esperar algun tiempo por ver si se enmendaba, y que si persistia le excluiria de su sucesion, *bien así como se cercena un miembro gangrenado*. Añadia que más bien dejaria su trono á un extranjero que fuera digno de él, que á su hijo, que no lo era.

En otra carta se expresaba así: «Tengo poderosos motivos para creer que si me sobrevivís, lo destruiréis todo. Si viviéndo yo desdeñais mis consejos, ¿cómo podreis respetarlos cuando deje de existir? Aun cuando os hallareis resuelto en el dia á cumplir vuestras promesas, esas grandes barbas que os manejan á su voluntad, os harian faltar á ellas. No veo en vos aquella afeccion debida á un padre. ¿Le habeis ayudado en sus trabajos, en sus fatigas, desde que habeis llegado á la edad de la razon? No, sin duda, y nadie lo ignora: lejos de ello, censurais y calumniais todo el bien que he

hecho. Yo no puedo abandonaros á vuestros antojos; cambiad de conducta, sed digno del trono, ó entrad en un monasterio. Me extremezo al pensar lo que sois, sobre todo cuando mi salud empieza á quebrantarse. Responded á esta carta de viva voz ó por escrito. Si no lo haceis, obraré con vos como con un malhechor.»

Alejo se contentó con responder que una indisposicion no le permitia entrar en largos pormenores; pero que queria tomar el hábito monástico. Su padre quiso que reflexionara todavía seis meses antes de profesar, y Pedro emprendió un viaje á Viena. Antes de partir, fué á ver á su hijo, quien le recibe en la cama, bajo pretexto de enfermedad; le hace nuevas exortaciones, y se despide ménos convencido que nunca. Apenas parte su padre, Alejo habia recobrado la salud.

Pedro se encontraba en Dinamarca, habian pasado los seis meses y todas las noticias que recibia le revelaban que su hijo seguia admitiendo en su íntima sociedad á los descontentos: su padre le escribió que eligiera entre el trono ó el convento, y que si queria sucederle, fuese á encontrarle á Copenhague. Alejo prometió ir á dicha capital con la intencion de no cumplir su promesa, y en efecto, en vez de tomar el camino de Copenhague, tomó el de Viena y fué á entregarse entre las manos del emperador Carlos VI, hermano de la princesa que Alejo habia hecho tan desgraciada.

Aunque esto era una triste recomendacion, razones de alta política podian influir en el ánimo de Carlos á prestar su proteccion al czarevitch, y Pedro temió que se le escapase su víctima. Por último, consiguió por medio de dos astutos emisarios, que le llevaran una carta, en la que le repetia que en nada le habia violentado, y que le maldecia, si no era obedecido, y que encontraría medios de castigarle. Por fin el fugitivo obedeció regresando á Moscow con Atrosina, su querida, que le habia acompañado en su viaje. Se arrojó á los pies de su padre, y cuando todos los creian reconciliados, despues de una larga conferencia que tuvieron juntos, al dia siguiente fueron llamados á palacio los boyardos, los consejeros privados; Alejo, sin espada, fué conducido ante el czar, le entregó llorando una confesion por escrito de sus yerros, declarándose indigno de sucederle, é implorando su misericordia. Por fin, para no referir más pormenores, su misma querida tuvo la inmoral bajeza de declarar contra él, se descubrió que Eudoxia y María, dos princesas, habian abandonado hacia ya mucho tiempo el hábito religioso, y resultó que Eudoxia era la querida y la desposada del general Glebot, que fué empalado.

Se encontró en los papeles del príncipe una carta en la que le decia, que se trataba de dexterar á Catalina y á su hijo al monasterio, donde se hallaba la zarina repudiada, y hacer sentar en el trono á Alejo. Un testigo declaró que habia oido decir al príncipe, que él diria ciertas cosas á los obispos, que las contarían á los sacerdotes, y los sacerdotes á los feligreses, que le harian reinar á su pesar.

La venganza del czar se cebó en multitud de víctimas, y fueron los principales el príncipe Viazemski, Kikin, Dolgorouki, Zakof, Ignatiel, confesor de Alejo y otros. Por último, Pedro desheredó á su hijo ante un consejo, á causa de sus crímenes y de su indignidad, y declaró su sucesor al trono á su segundo hijo Pedro, á pesar de su menor edad. Este apenas tenia un año, era hijo de Catalina, y murió en el año 1719, catorce meses despues del desheredamiento de Alejo.

Concluido el proceso se convocaron los jueces y los obispos y ciento veinticuatro miembros, y segun Voltaire, ciento cuarenta y cuatro pronunciaron por unanimidad la sentencia de muerte. Pedro fué al dia siguiente de la sentencia, seguido de los grandes, á mezclar sus lágrimas con las de su hijo. Se ha pretendido que Alejo murió de un ataque de apoplejía al oír la lectura de la sentencia; Bruce cuenta en sus Memorias que fué envenenado.

Pedro derramó lágrimas, que acaso fueran sinceras, sobre las cenizas de su hijo, pero ahogó en su alma todo sentimiento de compasion la idea de que su obra seria destruída despues de su muerte.

El czar tuvo otros pesares en su vida doméstica. Ya hemos dicho que repudió á su primera mujer Eudoxia.

Entre los prisioneros que los rusos hicieron al apoderarse de la pequeña ciudad de Mariemburgo, se halló una jóven livonia, llamada Catalina, que, segun la opinion más comun, habia sido criada de un clérigo luterano casada aquél mismo dia con un dragon sueco, que desapareció, sin que despues se hablara más de él. Catalina perteneció sucesivamente al general Baner y á Menschikof. Pedro, seducido por sus gracias y por su talento, la tomó al principio por su querida, y más tarde, enamorado de sus prendas, la elevó al trono.

Se habia casado secretamente con aquella jóven cautiva de Mariemburgo en 1707, de la que tenia dos hijas, Ana é Isabel, que ambas reinaron al año siguiente de la declaracion de su matrimonio; hubo todavía otra princesa que casó despues con el duque de Holstein.

El dia mismo que hizo público su himeneo con Catalina, esta marchó al lado de su esposo, y á caballo, á la cabeza de sus tropas, á partir con él las fatigas de la campaña que emprendió contra los turcos, que batieron á los rusos, y desmontada la caballería del Czar, todo parecia perdido sin reme-

dio, y; Pedro se retiró á su tienda, y agobiado de dolores y agitado por movimientos convulsivos, prohibió que nadie entrase en su tienda, porque de sechaba todo consuelo, juzgando que el mal era irremediable. Catalina, que le amaba demasiado, arrojó la ira de su esposo: la que habia participado de los peligros de aquella campaña desastrosa, penetró en la tienda y le aconsejó que entrase en negociaciones. El oro que pudo reunirse, pedrerías y pieles preciosas, apoyaron la demanda, y Mehemet acordó una suspension de armas, á pesar del Khan de los tártaros y de los oficiales de Carlos XII, que se oponian á que se firmase el tratado de paz de Pruth, que obligó á Pedro á alejar todas sus tropas de la Polonia. Catalina le acompañó despues en casi todas sus expediciones.

Cuando fué desheredado y muerto Alejo, Catalina tuvo demasiada penetracion para excitar al Czar á tomar un partido violento, satisfecha su ambicion con el puesto á que la habia elevado Pedro, aunque comprendia que ella iba á ser la primera víctima del advenimiento al trono de Alejo. La mayor parte de los historiadores han tributado elogios á su carácter, á su maña é imparcialidad en aquellas circunstancias.

A la muerte del último hijo que dió Catalina al Czar, éste, que le habia declarado su heredero, manifestó la más violenta desesperacion, y hasta rechazó los consuelos de su esposa. Pedro, á su vuelta de Persia, viendo que su salud declinaba, quiso que Catalina fuese coronada con toda solemnidad; Rusia estaba preparada ya á esta eleccion extraordinaria, porque un año ántes Pedro habia dado un manifiesto enalteciendo los servicios prestados por su esposa, sobre todo en la campaña de Turquía. Coronó á Catalina en 1724, á su vuelta de las aguas termales de Olonetz. Desplegó gran pompa, como si hubiera querido reemplazar con un aparato fastuoso, todo lo que faltaba á Catalina por su cuna, excluyendo del derecho de sucederle en el trono al hijo de Alejo, que vivia aun, y concediéndole este derecho á los hijos de Catalina, porque ella, decia, salvó el imperio en el Pruth, y ella sabrá sin duda conservar todos nuestros útiles establecimientos.

A la coronacion sucedieron los desposorios de Ana con el duque de Holstein, celebrados sin fausto.

La salud de Pedro empeoraba, y pronto empezó á advertir que Catalina no era ya aquella esposa tierna que le asistia y le consolaba en sus enfermedades, y sorprendido de tan súbita mudanza, quiso averiguar la causa y la terrible verdad se presentó á sus ojos. La esclava de Marienburgo, la que debía todo á su bienhechor, no aguardó que cerrara sus ojos, y le hizo olvidar la fé conyugal Moens, su chambelán, hermano de la antigua rival de la Czarina Eudoxia. Hay quien pretende que Pedro provocó la infidelidad de su esposa, por la señalada preferencia que dió á la princesa Cuntimir.

Segun se ha trazado en su historia, la escena más dramática de la vida privada de Pedro, cuando se presentó á las dos de la noche con los ojos encendidos de furor y las facciones demudadas por una rabia convulsiva delante de la cama de Repuin, su ministro de la Guerra, que dormia no lejos del Czar, revelándole el crimen de Catalina, y que al amanecer caería su cabeza, fué aquel en que el hábil ministro, recobrado de su sorpresa, encontró en su adhesion al Czar y en su elocuencia, palabras que llevaron la conviccion á su ánimo, de que si despues de la reclusion de su hermana, de la reclusion de su primera mujer, de la condena de su hijo, y de tantos suplicios, hacia cortar la cabeza á su segunda esposa, la Europa le miraria con horror, y ya que nadie era sabedor del crimen, era preciso no darle publicidad. Añadió que el Czar podia hacer perecer á Moens por otros motivos, y que él hallaria medios de deshacerse de la emperatriz, sin que se menoscabase su gloria. Segur refiere, que mientras Repuin hablaba de este modo, el Czar, inmóvil y en pié delante de él, le fijaba la vista devorándole, guardando un silencio feroz.

Pedro condujo por sí mismo á su esposa al lugar donde Moens fué decapitado, por haber, como decia la sentencia, traficado con su crédito cerca de la emperatriz.

Se dice que ésta manifestó tanta indiferencia, que se ciñó á expresar su sorpresa de que hubiera tanta corrupcion entre los cortesanos.

Pedro vió agravarse los síntomas del mal que le condujo al sepulcro, despues del descubrimiento de la ingratitude de Catalina. Sufrió una operacion dolorosa, y harto ya de los sufrimientos y de las glorias de la tierra, volvió sus ojos al cielo, recibió los socorros de la religion, y en aquellos momentos solemnes pareció olvidar las faltas de la emperatriz, y fué indulgente con las flaquezas humanas, elevando su espíritu á la misericordia celeste.

Ordenó que se pagasen todas sus deudas y que se abrieran las cárceles. Recomendó especialmente á Catalina su Academia de ciencias, y mostrándole á Ostermann, dijo: *La Rusia no puede pasar sin él, es el único que conoce sus intereses.*

Quiso escribir sus últimas voluntades, sus miembros estaban paralizados y no pudo trazarmás que estos caracteres: *Entregad todo á;* y al llegar Ana, su hija querida, tenia paralizado todo el lado izquierdo, y espiró quince horas despues, el dia 28 de Enero de 1728, en medio de las más terribles

convulsiones de agonía, á la edad de cincuenta y dos años.

Catalina subió al trono y apoyada por Mentchikof, trató de continuar la obra de Pedro I, pero á pesar del respeto que debia tributar á su memoria, levantó el destierro del vice-canciller Schaifrol, y el de la hermana de Moens madama de Balk. Mentchikof vió adulado su orgullo por la córte de Viena, que veria con gusto que una princesa de su familia se casara con Pedro II, y aquel poderoso ministro logró concluir un tratado de alianza defensiva en perjuicio de Rusia. Era generalísimo de las tropas de mar y tierra, y casó á su hijo con la princesa Natalia, descendiente de Pedro el Grande.

La madre de Alejo fué confinada en un encierro, reducida á hacer uso de sus manos para los usos más viles de la vida doméstica. Rusia manifestaba su influjo y su importancia en las cuestiones que dividian á la Europa.

Todo lo bueno ó malo que hizo Catalina durante su reinado, debe atribuirse casi exclusivamente á su privado Mentchikof. Catalina reconoció á Pedro II por su sucesor, y dispuso en su testamento, que hasta la mayoría de Pedro I sería gobernado el Estado por un consejo de regencia, compuesto de Menchikof, de Ana é Isabel, que debian suceder en el trono á Pedro si moria sin posteridad.

Catalina habia concluido una alianza con Viena, Madrid y San Petersburgo, y sólo las medidas acertadas que adoptó la Inglaterra evitaron un rompimiento, y Catalina entonces consagró sus desvelos hácia las reformas y los proyectos iniciados por Pedro el Grande. Las fatigas excesivas que habia soportado acompañando á su esposo en sus campañas, el poco régimen observado en sus embarazos, hicieron decaer su salud, que unos atribuyeron á un violento reumatismo, y otros á un veneno lento que el general Derier le habia hecho tomar en una pera.

Al fin espiró la Emperatriz con gran resignacion, en los brazos de madama de Balk, hermana de Moens. Tenia treinta años, y habia reinado treinta meses, el dia 16 de Mayo de 1727.

Se habia ponderado el carácter de Catalina en vida de Pedro el Grande, pero despues de la muerte de su bienhechor, no reveló sino dotes medianas, cuando fué dueña absoluta del Imperio, que dejó al morir sujeto á la tiranía del favorito Mentchikof.

EUSEBIO ASQUERINO.

LA DEVOCION DE LA CRUZ.

Quien no haya estado en Toledo los dias clásicos que el mundo cristiano consagra á conmemorar la muerte de su santo fundador, no puede darse exacta idea de lo que es el *Miserere* de la catedral.

Clavadas en los machones que gallardamente se elevan como haces de palmeras hasta el cielo, grandes hachas iluminan con una luz vaga y amarillenta el severo recinto que poco á poco es invadido silenciosamente por apiñada muchedumbre que, como un rio humano, desborda sus ondas por las espaciosas naves. En el centro de la basílica, frente al coro, se colocan los músicos y los cantores que en una voz, en un gemido han de reunir los gemidos y las voces de la culpable humanidad para elevarlos hasta los piés mismos de Dios. La gente se desparrama por la iglesia alineándose, como grupos de sombras, en los huecos que entre sí dejan las columnas, ó agrupándose al pié de los altares como rebaño que se estrecha en el aprisco cuando presiente la tempestad. Aquella oscuridad, interrumpida á trechos por el reflejo de una lámpara; aquel silencio, turbado de cuando en cuando por el eco de millares de murmullos que se confunden en un solo ruido llevando girones de plegarias, sollozos comprimidos, restos de piadosas pláticas; los hombres en pié, interrogando con muda mirada las esfinges de piedra que adornan las columnas ó aparecen por el hueco de las ojivas; las mujeres, de rodillas, evocando la memoria de Jesús y la ideal figura de su madre... todo esto hace soñar. Empieza luego el *Miserere*; las notas cadenciosas salen una tras otra, se reúnen en el aire, y reunidas corren por el ámbito de la catedral asiéndose á los chapiteles de las columnas, corriendo de arcada en arcada, estrellándose al pié de los altares y perdiéndose, á lo lejos, en una última queja debil y apagada como la respiracion de un niño. Cuando la música truena y el salmista, hombre pecador, pinta sus imperfecciones, es un momento grandioso: parece que el aliento de Dios pasa, como el soplo del huracan, por las espaciosas naves; desciende luego la misericordia, y la música y el canto respiran libres del peso de la culpa.

Mucha grandeza tienen estos instantes, pero son más grandes, sin duda, los instantes que les siguen, cuando la multitud se retira, se apagan los hachones, el órgano calla, los cantores enmudecen y otra vez la sombra, otra vez el silencio vuelven á señorearse de la maravillosa catedral, y solo queda en ella, como único punto luminoso que sirve para hacer más palpables las tinieblas, una hilera de velas formando pequeña corriente de luz á los piés de un gigantesco crucifijo que corona la reja de la Capilla Mayor.

Desiertas estaban las anchurosas naves; el silencio que en la santa basílica reinaba era un silencio de muerte que ni el más pequeño rumor

venia á interrumpir, como si la vida y el alma quedasen en suspenso. El corazón no se atrevia á latir porque el eco de sus latidos le espantaba; los labios se negaban á rezar porque aun el murmullo de la oracion daba miedo... Parecía imposible que en el vasto recinto hubiera la menor manifestacion de existencia...

Y sin embargo, sentado en un rincón del corotán prodigiosamente tallado por Borgoña y Berruete, confundiendo en la oscuridad con una de las figuras que le adornan, un sacerdote se apoyaba en los brazos del sillón dejando caer la cabeza sobre la mano derecha, mientras la izquierda descansaba sobre la rodilla. Conociase en su rostro que diversos sentimientos reñian tenaz y encontrada lucha en su corazón; se reflejaba en él el choque de las ideas que agitaban su cerebro. Aquel sacerdote era un canónigo de la Capilla de Reyes Nuevos, poeta de la córte, que á la sazón brillaba como un sol en los limpios horizontes del teatro nacional: se llamaba don Pedro Calderón.

Las atenciones de su cargo le habian llamado á Toledo, y aquella noche á la Catedral. Cuando el *Miserere* terminó, rendida su alma por las diversas sensaciones que su audicion le habia hecho sufrir, se encontró sin fuerzas para levantarse y no salió con sus compañeros. Necesitaba un momento de calma para serenarse. Oyó el ruido de la multitud que se alejaba conmovida, llevando aun en sus oídos el eco de aquella voz que tronaba en el *Miserere*; sintió despues cómo el sacristán cerraba la artística reja del coro, creyendo no dejar á nadie en él; se apagaron despues las luces una tras otra, y la oscuridad se hizo mayor. El ruido que hacia la gente al salir fué poco á poco debilitándose. Llegó un momento en que no se oía nada. El sacerdote entonces respiró. Hallábase mejor á solas, entregado á sus reflexiones allí donde nadie habia de venir á perturbarlas.

Y es que el *Miserere* habia traído á su mente ideas que hacia algun tiempo, y por respeto á las fiestas que la Iglesia celebraba, tenia él como abandonadas. Las notas cadenciosas del salmista, llenando el espacio y envolviéndole como en una atmósfera de armonía, despertaron en él un deseo tenazmente acariciado en muchas noches de insomnio: queria hacer una comedia que encerrase como en estrecho molde el símbolo católico en su pureza, tal como la fé de su tiempo la comprendia; representar al hombre, pero no al hombre impecable que resiste á todas las seducciones, que vence siempre al demonio y huye sus lazos y desprecia sus argucias; es decir, al hombre ideal, al hombre anti-humano, y por lo tanto, imposible; no, no era este su propósito. Quería, por el contrario, pintarle como esclavo de la fatalidad arrastrado al crimen, y cometiéndole, sin esforzarse mucho para ello; respirando un ambiente pesado de sangre y destruccion; atrayendo todas las faltas hácia sí, é incurriendo en todas las penas, en todos los castigos, pasando de las faltas de los hombres á las faltas de Dios, llegando hasta el sacrilegio; y despues de hacer esto queria juntar la misericordia de Dios cayendo como un rayo divino sobre la frente del desventurado.

Sí, esta era su idea; allá en medio de las tinieblas, la veia; pero, ¿cómo asirla, cómo aprisionarla entre sus manos para encerrarla despues en la artística jaula de barrotes de oro que allá la construyeron en el taller de su cerebro? ¿Cómo marcar la piedad divina? ¿Cómo hacer para decir al pecador: «No desconfies; por grandes que sean tus delitos es más grande la bondad del Omnipotente; el arrepentimiento es la escala que lleva al cielo, aunque se apoye en el abismo?»

En vano se agitaba en su sillón; en vano se esforzaba por leer lo que estaba escrito en la sombra, y para ello encendia nuevamente con su imaginacion las luces que antes ardian derramando por los ámbitos de la iglesia su brillante fulgor, y con la fuerza creadora que en él existia, arrancaba nuevas notas al órgano hundido en la oscuridad que adelantaba sus mil tubos como otros tantos cuerpos de serpientes asomadas por entre los arcos y las ojivas...

Y acariciando la idea del héroe de su comedia, tal esfuerzo hizo que lo vió delante de sí, recostado en la sombra, mirándole con fijeza; gallardo, de noble apariencia, de apuesto continente; tal como él lo habia soñado en esas horas de vigilia en que la calentura y la fantasia crean de consumo el mundo fantástico que al *fiat* del artista surge del caos de su imaginacion. Pero como si impedida por una fuerza secreta, aquella figura en que habia de encerrarse algo del fuego del infierno para formar la sangre de sus venas, la fantástica figura se resistiese á permanecer allí, huyó de pronto, echando á correr por las silenciosas naves, alumbrado en su camino por un fuego fátuo que corria delante de él. Y al ruido que hacian sus pisadas sobre el desnudo pavimento, despertaron, alzándose en el hueco de los muros, las estatuas que dormian sobre su lecho de granito, y se animaron las imágenes de los santos, incorporándose sobre los chapiteles de las columnas y alargando en el vacío su busto de piedra para poder verlo mejor. Todos los monstruos que la fantasia del artista esculpiera en los calados, al pié de los altares, en los adornos de las cornisas, tomaron tambien vida, y descendiendo de los lugares que ocupaban bajaron al suelo los unos, sapos repugnantes, salvajes centauros, sátiros de ahorquillados piés, ninfas desnudas que rechazaban sus abrazos, mientras los otros, dragones alados,

pájaros primitivos reuniendo en un sólo cuerpo las formas de todas las especies conocidas, diablos y seres sobrenaturales de proporciones gigantescas, hendían el viento, y chocaban y se confundían en el espacio, formando como un marco á la figura del hombre que seguía recorriendo la iglesia á grandes saltos, pues el suelo se hundía bajo el peso de sus piés, y se formaban anchos abismos unas veces y otras altas montañas que él tenía que salvar exhalando voces confusas, y sembrando el accidentado camino de gotas de sangre y trozos palpitantes de carne...

Mudo de asombro, pálido, sin modular una voz, sin exhalar un suspiro, el sacerdote, con el rostro pegado á los barrotes de la reja seguía la fantástica carrera de su héroe. Sí; aquello era lo que él había soñado; lo que él quería: pintar al hombre corriendo como un loco, salvando cuantos obstáculos se le opusieran en el camino de la vida, rodeado de monstruos que se interponían entre sus piés ó volaban sobre su cabeza. Acompañando el rumor confuso de todos aquellos seres, aquel rumor en que se fundían los gritos de los demonios, el aleteo de los cuervos, el silbido de las serpientes, las carcajadas de los sátiros, los ayes de las ninfas, el órgano sonaba por sí solo, modulando una especie de himno cuyas notas eran blasfemias y gemidos, y, de cuando en cuando, un resto de oración que sonaba como una nota armónica en aquel desconcierto que parecía el canto de un loco cantado por un coro de condenados. Y como si esto no fuera bastante, la tempestad rugía sobre Toledo, y el viento golpeaba con furia en los vidrios de colores que brillaban con siniestro resplandor á la cárdena luz de los relámpagos. Caía la lluvia en abundancia y el trueno bramaba, anunciando el choque de las nubes que en la atmósfera se buscaban para abortar el rayo y vibrarlo sobre la ciudad amedrentada que, sumergida en la sombra parecía un niño asustado, cobijándose, trémulo de miedo, en el regazo de su madre.

Mucho tiempo duró esto. Por fin llegó un momento en que la tormenta fué calmándose poco á poco; los truenos fueron menos frecuentes, hasta que cesaron por completo; dejó de caer la lluvia, y dentro de la catedral el hombre, cansado de correr, se dirigió de nuevo al coro, y antes de entrar en él, volvió á la capilla mayor, exhaló un sordo grito, y cayó de rodillas, uniendo sus manos y murmurando silenciosamente palabras de penitencia. Como por encanto cesó todo ruido. El órgano dió su última nota; las estatuas se tendieron en sus sepulcros, se enderezaron sobre sus columnas las figuras de los santos, volvieron á sus puestos los monstruos que hendían el aire ó se arrastraban por las losas, y el primer rayo de la aurora empezó á dibujarse á través de los vidrios. El sacerdote levantó entonces la cabeza hacía lo alto de la bóveda; allí, sobre la verja que se extiende frente al coro la imagen gigantesca de Jesús crucificado abría sus brazos y con la cabeza inclinada sobre el pecho parecía enviar una frase de perdón al hombre arrodillado á sus piés. Las luces que ante la imagen ardían eran las únicas que alumbraban el recinto.

Quando las sombras de la noche se disiparon por completo y la luz inundó la basílica, D. Pedro Calderon oraba con la vista clavada en el crucifijo.

Pocos dias despues terminaba una magnífica comedia á que puso por título *La devoción de la Cruz*.

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

EL PESIMISMO DE LEOPARDI.

Existe cierta singular concepción de la vida humana, novísima, aunque tiene precedentes antiguos, que considerada por unos como aberración monstruosa, por otros como efecto de grave enfermedad moral (1), por muchos como explosión desesperada de temperamentos melancólicos y caracteres sombríos (2), es lo cierto que juega gran papel en la moderna literatura, que ha inspirado bellísimas producciones poéticas, que ha informado con su extraño espíritu notables obras de originales pensadores y ha llamado seriamente la atención de los más ilustres críticos contemporáneos (3).

Aparecida como planta exótica en medio de nuestra brillante civilización, se la ha visto con asombro arraigar, crecer y desarrollarse. Ella que viene á proclamar la vanidad de todos los móviles,

(1) Johannes Hüber, *Der pessimismus*.—Caro, *La maladie du pessimisme*.—Ribot, *Revue philosophique* (Setiembre 1877).

(2) Seidlitz, James Sully, Waldstein.

(3) Además de los autores citados, han tratado esta cuestión Mr. Paul Janet, *La métaphysique en Europe depuis Hegel*.—Estudios sobre Schelling, Secrétan, Schopenhauer y Hartman. *Revue de deux mondes*, números 15 de Abril, 15 de Mayo y 1.º de Junio. El mismo Mr. Ribot en su obra *La philosophie de Schopenhauer*. Düring y Pfeiderer en sus notabilísimos trabajos. Burdeau, Debon y Maxime Gaucher en diferentes artículos críticos y otros muchos ingleses y alemanes. En nuestra patria el Sr. Perojo, en sus *Ensayos sobre el movimiento intelectual de Alemania*, tiene también un artículo sobre Schopenhauer y D. Federico de Castro, nuestro ilustrado paisano, prepara una crítica detenida de la obra de Hartman.

trabajos y aspiraciones de la existencia, ha socavado la base de nuestras esperanzas, ha sacudido y conmovido en sus cimientos la sociedad y la religión, ha lanzado un reto de muerte á los defensores de la felicidad y del progreso social, y si primero sólo dió sus frutos amargos en el espíritu de algunos géneos escépticos, hoy empozoña muchos corazones que latieron antes de entusiasmo con los impulsos que ella enerva y por los ideales que arruina (1).

Lúgubre, desconsoladora, esta concepción ha producido todo un gran sistema filosófico de pocos años á esta parte; sistema que, inaugurado en Alemania por Schopenhauer, ha sido continuado por sus numerosos discípulos Volckel, Venetianer, Banshen, Tauber, Frauenstaed, entre los cuales descuella Hartman con la *Filosofía de lo Inconsciente*; formando todos ellos como una secta de la infelicidad; como un apostolado del dolor; como una falange de modernos budhistas que, ante las naciones de la Europa, ante los esplendores de su cultura y ante las conquistas de su civilización, sostiene que la vida es un mal, que la humanidad es víctima de una vana ilusión y de un error supremo, que son engañosos todos los goces y todos los afanes humanos, y que en el fondo de esta caja de Pandora, de que han salido tantos infortunios, sólo se encuentra la esperanza del no ser.

No son ya lamentaciones puramente subjetivas de espíritus misántropos estas que llegan á nuestros oídos; son voces de profunda convicción y de creencias arraigadas. Los pesimistas quieren hablarnos en nombre de la razón, y se dicen los apóstoles, los enviados, los elegidos para convencernos de la vanidad objetiva de todas las cosas y para predicar esta santa y difícil cruzada contra la existencia universal.

Mientras una ciega Voluntad, según ellos, produce sobre los planetas la vida y el dolor, seres privilegiados en quienes la inteligencia resplandece, conocen la eterna sinrazón de estas cosas. En ellos se ha hecho la luz, á ellos se ha revelado todo el misterio del Cósmos, ellos tienen las llaves de su palingenesis y de sus destinos, y la misión que les está conitada es oponerse á las irresistibles tendencias de aquella voluntad irracional, luchar con ella, vencerla, destruir sus impulsos y seducciones, demostrar ante la humanidad maravillada que la vida es el dolor sin tréguo, la lucha sin descanso y la esclavitud sin redención, y disponer quizá, para libertarla de estos yugos, un suicidio gigantesco que que tomen parte, no sólo los seres vivientes, sino el espacio, los mundos y los soles. (2)

¿Cómo se ha producido esta aberración grandiosa? ¿Cómo ha podido arraigar en el seno de nuestras sociedades y apoderarse del cerebro de tantos eminentes pensadores? ¿Hay en ella algún fondo de verdad presentido y hasta ahora no explicado? Preguntas son estas para cuya contestación debería emplear largas y profundas consideraciones. Sin perjuicio de exponerlas en otros trabajos y examinar en su totalidad el interesante cuanto pavoroso problema planteado por el pesimismo, me concretaré hoy á tratar de un hombre que por las circunstancias de su vida, por sus desgracias, por su géneo, por su incurable desesperación, puede representar dignamente la extraña escuela á que me voy refiriendo y merece le consagremos un especial estudio.

Este hombre es Giacomo Leopardi; el «sombrio amante de la muerte», como le llama Musset, aquél géneo de quien dice M. de Sanctisque que, «su vida fué un deseo sin esperanza.» Filósofo profundo, más que filósofo poeta de ardiente corazón y de exaltada fantasía, Leopardi ha sido el precursor (3) del gran movimiento pesimista de nuestro siglo, el verdadero vate del pesimismo europeo. Y en esto se ve cómo los sentimientos preceden á las ideas y cómo los poetas se anticipan á los filósofos, pues, cuando Alemania y Europa entera estaban aún bajo el optimismo de Leibnitz y Pope, cuando los sistemas filosóficos de Hegel, de Schelling y de Secrétan, conciliaban todas las antítesis en unidades y armonías maravillosas, son los poetas los primeros en romper con el orden ficticio de las cosas humanas, en rebelarse contra las leyes inflexibles del destino y de la vida, y en lanzar acusaciones sin réplica á la faz del Universo. Es Byron en Inglaterra, el que canta que «la vida es una visión;» es Schiller en Alemania el que cuenta que jamás le dió más que «lágrimas y pesares;» son Chateaubriand y Lamartine en Francia, quienes se querellan con lamentos amargos de «la vanidad de la dicha;» es Espronceda en nuestra patria quien maldice la existencia y «sólo cree en la paz de los sepulcros;» es, en fin, y sobre

(1) Mr. Renan (*Diálogos filosóficos*) ha sido una de las víctimas de este contagio europeo.

(2) Schopenhauer en su obra *El mundo como voluntad y como representación* y Hartman en la *Filosofía de lo inconsciente*, proponen diferentes medios de llevar á cabo este monstruoso pensamiento, creyendo lograr con su realización el Nirvana ya soñado por Buda. Otros pesimistas de la extrema izquierda, como, por ejemplo, Banshen, consideran al mundo como una tragedia inacabable, cada vez más complicada y funesta: para estos hasta la esperanza del Nirvana es un sueño también, un último estado de la humana ilusión de que no han logrado desprenderse los pesimistas más templados.

(3) Así le llama Caro: *Un précurseur de Schopenhauer*.

todos, Leopardi, quien, bajo el cielo soñador de la Italia, en su mansión de Recanati y «mirando á lo lejos los caminos dorados y los jardines,» sintiendo en su corazón los primeros latidos amorosos, y brotando en sus ojos inspirados las primeras lágrimas, sueña el terrible consorcio del amor y de la muerte y «comprende en su alma la dulzura del morir.»

Si hubiéramos de atender á ciertas reflexiones de Sully (1); si partiendo del principio de que existe mayor tendencia en los seres todos á expresar el dolor que el placer, nos contentásemos con afirmar que la poesía, manifestación subjetiva de nuestros propios sentimientos, ha de reflejar ésta necesaria tendencia de nuestro espíritu, tendríamos, al parecer, resuelto y explicado el problema del pesimismo de muchos poetas, y de Leopardi, por consiguiente. Todo se reduciría á suponer que estas almas sólo han cantado las borrascas de su vida, que sólo nos han revelado el lado sombrío de su existencia, y que tomando por fuente de inspiración sus dolores transitorios, nos han forjado leyendas fantásticas de eternas luchas, caídas y decepciones.

Empero esta manera de ver la cuestión es deficiente y superficial. En primer término, es una suposición gratuita la de que exista más inclinación á expresar el dolor que el placer; así que la crítica de Sully cae por su base. Lo averiguado es que toda sensación ó todo sentimiento profundo tiende á revelarse al exterior con una fuerza proporcional á su intensidad propia; y, bajo este concepto, la mayor tendencia á manifestar nuestros dolores, no demostraría sino la mayor frecuencia ó energía de los mismos. Sólo la razón y el cálculo podrían contrarestrar esta ley, y entonces, ciertamente lo harían aminorando las manifestaciones del dolor, que es siempre duro confesar y comunicar á nuestros semejantes. En segundo lugar, aun concediendo que existiera esa predilección por el dolor que supone Sully, sin que por eso fuese mayor ni menor que el placer, todavía justificaria esto muchas afirmaciones pesimistas, porque preferir como fuentes de inspiración las sensaciones dolorosas, es, en cierto modo, encontrarlas más en armonía con nuestra propia esencia, sentir las doblemente, retenerlas é identificarse con ellas mismas. Sobre todo, ó el pesimismo es una realidad en la vida moderna ó un fantasma solamente. El mismo Sully (2) reconoce que es una realidad verdadera, indaga en general sus causas y señala como tales el optimismo vacío de los dos últimos siglos, la ruina de las creencias religiosas, la rápida propagación del escepticismo, las complicaciones cada vez más crecientes del problema social, la falta de aspiraciones nobles en la ciencia, el romanticismo en la literatura que la precedió, y el cultivo de algunas artes vagas y melancólicas, singularmente predispuestas al pesimismo, como la música.

Por consiguiente, si el pesimismo es una realidad con causas concretas y determinadas, si es un efecto del estado moral, intelectual y material de nuestras sociedades, si en la vida toda tiene sus manifestaciones reales y su esencial trascendencia, ¿por qué en la poesía habría de ser sólo una apariencia vana, un efecto de cierta predilección formalista por los asuntos patéticos y las elegiacas lamentaciones? ¿Es que el poeta pesimista habría de estar en diferente situación que los demás seres? ¿Es que fingiría él solo los dolores que sufre, ó imaginaria para hacer buenos versos las decepciones que canta? ¿Es que acaso se vería obligado á ser pesimista por la sola razón de haber nacido poeta? No, ciertamente. La variedad de géneros que dentro de la poesía se comprenden, la diversidad de estilos de que es susceptible la hacen tan rica en tonos y tan múltiple en colores, como las escalas músicas y como las paletas pictóricas. Desde el tierno idilio á la oda elegiaca, desde la dulce anacreóntica hasta el canto guerrero, puede el poeta pulsar las cuerdas más en armonía con sus propias sensaciones; y es un gravísimo error creer que deberá siempre preferir las lamentaciones desesperadas y pulsar las cuerdas lúgubres para conmovir y arrebatar, y que de por fuerza, aunque por su propio géneo no lo sea, ha de convertirse en pesimista para inspirar más interés con sus cantos.

En nuestro sentir las causas del pesimismo son tan trascendentales como muchas de las que el mismo Sully reconoce en el segundo trabajo á que hemos aludido; radican en el corazón y en la esencia de nuestras sociedades, obran con mayor influencia en los seres privilegiados, y si el pesimismo es, como muchos dicen, una enfermedad, es, sin duda, una enfermedad que sólo padecen los grandes géneos y los talentos superiores. No es como afirma Hüber más extrañamente aún (3), que el exceso de felicidad los traiga á tal extremo: atribuir al pesimismo un origen tan contradictorio con sus propias consecuencias, sería, más que extraño, absurdo é inadmisiblemente. Para nosotros todo fenómeno pesimista obedece á un malestar sentido, á una infelicidad radical, á un desencanto profundo de la vida, á un agotamiento de los ideales que en todas las ocasiones nos alientan y nos fortalecen. Hay en todo ello algo de orgullo que nos hace considerarnos superiores á la vida

(1) En su artículo titulado *Le pessimisme et la poésie*.—*Revue Philosophique*, Abril de 1878.

(2) *Pessimisme a history and a criticism*.

(3) En su obra titulada *Der pessimismus*.

misma, algo de egoísmo que nos hace desdeñar todo sacrificio y abandonar toda lucha, mucho de amargura y de desengaño que nos inspira un disgusto y una misantropía irremediable, y buena prueba de ello es el poeta que hemos elegido por objeto de nuestro presente estudio, sin duda alguna el más desengañado, el más desventurado y el más pesimista de todos.

«Ningun poeta, exclama un crítico francés (1) ha cantado como Leopardi las tristes ilusiones de la vida, porque ninguno ha sacado de ellas tan terrible experiencia.» Y en efecto, si nos detenemos á considerar las circunstancias en que vivió Leopardi, su manera de ser y de sentir, sus dolores morales y físicos, sus luchas contra la adversidad y sus decepciones crueles, comprenderemos cómo el pesimismo echó tan hondas raíces en este corazón desventurado, y como oscureció los fulgores de esta alma tan luminosa.

Caro, en su artículo citado, (2) siguiendo el mismo criterio, aunque concediendo cierto predominio en el poeta á la parte intelectual sobre la sensible, examina cómo de su mente fueron desvaneciéndose los tres estados de la ilusión que señala Hartman: el de la felicidad de la vida presente; el de la dicha en otra vida y otro mundo, y el del mejoramiento social por medio del progreso y de los esfuerzos de todos los hombres. Cree ver en Leopardi el prototipo del pesimista, en el cual van manifestándose sucesivamente estos fenómenos de desencanto; pero siempre lo atribuye á causas intelectuales más bien que sensibles, á la filosofía del poeta más bien que á su corazón. Sin embargo, la manera como estos tres estados de ilusión se presentan en él y desaparecen, su simultaneidad comprobada, la intervención de sus desdichas sufridas, todo demuestra evidentemente el error profundo de Caro (3). No es que Leopardi haya creado *a priori* una filosofía sin antecedentes, no es que en la región de su fría inteligencia haya comprendido la vanidad de las ilusiones mundanas, no es que las haya abandonado serenamente para refugiarse en su desconsolador pesimismo; es que las ha sentido arrebatadas por los vientos del infortunio, que se ha encontrado en medio de la selva oscura de Dante, solo y temeroso, y que el mundo ha proyectado sobre su espíritu una sombra siniestra, funesto presagio de una tempestad que ha estremecido su corazón. En esta sorda tormenta del espíritu de Leopardi han entrado dos factores, dos electricidades distintas, por decirlo así; sus propias desventuras, los azares y las crueldades de su destino por una parte; su propio carácter, su temperamento, su idiosincrasia por otra. Argyuendo M. Aulard en la Sorbona (4) en contra de la opinión ya manifestada, objetaba que se habían exagerado mucho los sufrimientos de Leopardi, y después de todo no había sido tan desgraciado como muchos otros; pero con razón contestaba M. de Mezieres que «el dolor debe medirse menos por la causa que lo produce que por el alma que lo experimenta.» Una naturaleza de poeta, decía, dotada de una sensibilidad exaltada, enferma, un espíritu independiente y fiero, ha debido encontrar en la familia del conde Monaldo y en el lugar de Recanati una infinidad de sufrimientos, tanto más agudos cuanto se hallaban más concentrados y engrandecidos por la soledad moral.»

Estos dolores, esta soledad del espíritu, habrían ido formando en la joven imaginación del poeta una profunda antipatía hacia todas las cosas que le rodeaban; esperanzas halagadas un momento y desvanecidas después, ideales concebidos y no realizados jamás, luchas de Prometeo sin éxito y sin gloria, contribuirían á infundirle una desesperación irremediable y á producirle una nostalgia perpetua (5).

En las largas horas que pasaba silencioso en su retiro, no podría menos de meditar sobre su

situación y sus dolores. Ante la amargura de su propio corazón, el cielo sonriente de la Italia le parecería el sarcasmo de una divinidad impía, y el mundo todo un fantasma cruel. La dicha de los demás no serviría sino para aumentar su propia desventura, y el desvanecimiento de sus ilusiones juveniles produciría en torno suyo un vacío aterrador. Aislado en medio de su propio hogar, despreciado casi de su padre, que no comprendía sus aficiones filosóficas y literarias, encerrada su alma en las duras prisiones de un cuerpo enfermo y contrahecho, pasada su infancia sin las caricias maternales, y su juventud sin las amistades ni las simpatías de sus iguales, su casa de Recanati es para él un inmenso y frío panteón, en el que elige por digno sepulcro su biblioteca. Allí pasa Leopardi las horas más tranquilas de su existencia. Cuando para descansar á intervalos de sus constantes estudios, suele asomar á sus ventanas entornadas, cuando llegan á él los perfumes olorosos de las flores y los destellos luminosos del sol, su corazón se llena de dulces melancolías y su mente de vagos ensueños. En la mansión de enfrente una joven obrera trabaja cantando: es otro sér que soporta las cargas de la vida, y su hermosura, su juventud, su desgracia, impresionan el corazón del poeta. Pero no parece sino que estaba destinado á buscar desde el principio imposibles y quimeras: mientras crece su pasión hacia Silvia, la muerte arrebatada de la tierra aquella poética imagen, y Leopardi halla con dolor su lugar vacío y sus primeros ensueños disipados. Entonces el canto más bello brota de su lira entristecida y expresada en él con inefable melancolía la pérdida de sus hermosas esperanzas, el recuerdo de sus bellos días pasados, la tierna languidez de su pesimismo naciente.

«Silvia, dice, ¿te acuerdas todavía de aquel tiempo de tu vida mortal, cuando la belleza resplandecía en tus ojos rientes y móviles, y cuando gozosa y pensativa á la vez franqueabas el umbral de la juventud? El eco apacible de las casas y de las calles de los alrededores, resonaba con tu canto perpetuo, y ocupada en los trabajos de tu sexo, te sentabas allá, soñando con delicia en el bello porvenir que esperaba tu espíritu. Era el oloroso mes de Mayo y acostumbrabas á pasar así todo el día. Yo, olvidando á veces estudios amables y papeles laboriosamente reunidos en que gastaba mi primera juventud y la mejor parte de mi sér, desde el balcón de la paterna casa, prestaba oído al eco de tu voz y á la mano ágil que recorría la industriosa tela. Contemplaba el cielo sereno, los caminos dorados y los jardines, y de un lado el lejano mar y del otro la montaña. Una lengua mortal no sabría decir lo que sentía el corazón. ¡Qué suaves pensamientos! ¡qué de esperanzas cantando en coro, Silvia mía! ¡bajo qué aspecto nos aparecía entonces la vida humana y el destino!»

Esta bellísima queja, revela todo lo que Leopardi debió sentir. Un alma idealista como la suya, no pudo menos de experimentar un íntimo desfallecimiento con la pérdida de esta primer ilusión de su vida; debió operarse un cambio en sus ideas y en sus esperanzas de amante, y el vivir, que al principio parecióle quizás un don celeste, después se le presentó como una nece-idad sin atractivo y como una realidad sin encantos. El recuerdo de aquella joven, que había bajado al sepulcro en la edad en que era más amable la vida, la idea de este alma arrebatada en flor, cuando quizás acariciaba un sueño amoroso como el suyo; el sentimiento de su mismo amor sin esperanza y de su propia desventura sin consuelo, le inspirarían imágenes ya oscuras y siniestras; ya dulces y melancólicas. Angeles luminosos unas veces vendrían á confortarle, ángeles tenebrosos otras le invitarían al eterno sueño y al descanso de su doliente corazón, y en esta lucha de la luz y de la sombra trabada en su espíritu, venció sin duda la sombra, cayendo Leopardi en profundo abatimiento.

El canto en que hermana el Amor y la Muerte, hace comprender el estado de su ánimo. Es un paso más del pesimismo del poeta; es en la lucha que hemos adivinado una transición de la luz á la sombra, un consorcio momentáneo de ambas, un último crepúsculo del alma de Leopardi. «Cuando se empieza á amar, exclama, se querría no más vivir, y al mismo tiempo que nace en un corazón profundo una pasión amorosa, en este corazón languideciente y fatigado nace un deseo de la muerte.» ¿Cómo? El mismo Leopardi no lo sabe, pero tal cree el efecto de un verdadero amor. «La misma joven, tímida y reservada, que de ordinario al nombre de la muerte siente erizarse sus cabellos, osa afirmar sobre la tumba y los velos fúnebres su mirada llena de constancia, se atreve á pensar en el hierro y en el veneno y en su alma ignorante comprendió la *gentileza del morir.*»

El génio de Lamartine ha coincidido con Leopardi en esta extraña apreciación. Rafael y su amada en el bote, alejados insensiblemente de las riberas, envueltos entre las sombras que proyectan las montañas sobre el lago, estasiados en su amor, locos, delirantes, «e abrazan, y por toda felicidad no saben desear sino la muerte. ¡Sublime y última esperanza de los que sufren y de los que llegando á la cumbre de la felicidad, consideran un dolor descender! ¡Serena región donde todos los dolores acaban para siempre y donde todas las dichas parecen prolongarse de una manera eterna é infinita! Pero en semejante coincidencia, no es completa la paridad de circunstancias. Después de

todo, Rafael tiene menos motivos para desear la muerte: el mismo Werther que ha gozado una vez la dicha de estrechar á Carlota entre sus brazos, ha sido más feliz que nuestro desventurado poeta: cuando vá á llamar «á la puerta de bronce del sepulcro» todavía sabe que le ama Carlota, «aún siente el fuego de sus labios, aún inundan su corazón estas delicias abrasadoras» Leopardi, por el contrario, ni supo si era correspondido; amó y no tuvo la dicha de ser adivinado siquiera; la primera vez que en su vida sintió ilusiones y esperanzas, corrió tras un pálido sueño; las dos únicas veces que latió su corazón con ansias amorosas, sólo estrechó entre sus brazos sombras cadavéricas.

Silvia y Nerina: estas son las dos solas mujeres á quienes amó Leopardi. Ambas murieron jóvenes, dejando una huella de dolor en el corazón del poeta. Flores de un día, apenas si recrearon sus ojos una mañana y sólo sirvieron para enseñarle el breve camino del sepulcro. La fortuna parecía haberle prometido en ellas realidades dichosas; mas la fortuna es mudable y se complació en ofrecerle lo que después le habría de arrebatar. «¡Oh Naturaleza! ¡Naturaleza! exclamaba Leopardi con desesperación: ¿por qué no das lo que prometes? ¡Por qué engañar hasta tal extremo á tus hijos?» Pero los ecos de sus lamentaciones se perdían en el espacio, y la naturaleza, en vez de compadecerle, seguía castigándole con nuevos infortunios.

Disipada su última ilusión amorosa, Leopardi escribe sobre su corazón su propio epitafio. No pone como Larra «aquí yace la esperanza;» pone otras bellísimas y desconsoladas palabras, que más que palabras parecen gotas de llanto. «Ha perecido, dice, el error supremo que he creído ser real durante tiempo tan largo... Reposo, fatigado corazón mio. Ninguna cosa merece tus latidos y la tierra no es digna de tus ayes. Reposo ahora y desespero. El destino no ha dado á nuestra raza más consuelo que la muerte.»

A las desgracias amorosas del poeta hay que agregar otras referentes á su triste situación. Una imaginación tan ardiente, no pudo menos de sentirse arrebatada por ideas deslumbradoras, que veía disipadas día tras día en la cárcel de Recanati. El fulgor de los sueños de gloria debió inflamar alguna vez la mente del poeta; pero estas únicas dichas que hubiera podido gozar, se apagaban para él ante la inexorable frialdad y las preocupaciones de su padre el conde Monaldo. Muchas veces Leopardi quiso, efectivamente, dejar aquella triste mansión, muchas quiso correr la Italia, buscar las sagradas inspiraciones de sus ciudades y de sus ruinas. Su padre se lo impidió, y él, sin recursos propios, tuvo que seguir amarrado á la dura roca de su tiranía.

Logró partir, al fin, nuestro poeta para Roma; partió, como dice una biografía suya «sacudiendo detrás de sí el polvo de sus sandalias;» pero esta expansión de su espíritu, lejos de influir en un cambio benéfico de sus ideas, sólo produciría el efecto de arraigar más y más el pesimismo en su alma. Aquella Roma moderna, construida sobre los escombros de la Roma de otros tiempos, aquella ciudad destronada, sin sus palacios, sin sus dioses, con sus solos recuerdos, no pudo ofrecer á Leopardi sino ideas de muerte.

El melancólico Tiber, á cuyas orillas paseaba sus meditaciones, el derribado Coliseo, ante cuyos escombros se sentaba á la caída de la tarde, todos aquellos cadáveres insepultos de épocas pasadas, todos aquellos rotos y derribados monumentos en que otras generaciones fundaron su inmortalidad, acrecentarían las sombras en la imaginación del doliente poeta y le convencerían más aún de la vanidad de las cosas mundanas. «¿Qué son la vida y los ensueños del hombre; qué son sus anhelos más altos á la presencia de estos dolorosos testigos de su efímero paso sobre la tierra? Ante una ciudad enterrada, ante un imperio destruido, ante las glorias eclipsadas de tantas generaciones, Leopardi se siente persuadido por completo de que todo es «un sueño y un arcano.» Siente lo que en medio de una gran ciudad puede experimentar un hombre de imaginación, si se fija en el panorama que ofrecen sus agitaciones y sus gentíos durante el día, ó su imponente soledad durante la noche: algo indefinible que entristece y oprime el corazón y que suele arrancar lágrimas á los ojos, algo que dice que todo aquello es fugitivo y aparente, que esas ansiedades y agitaciones, que á las altas horas se desvanecen, son pesadillas del espíritu despierto tan vanas y tan locas como las que agobian al espíritu dormido. Y si en medio de esa ciudad y en medio de su vértigo fantasmagórico sólo se encuentra la realidad de la miseria propia, el albergue desmantelado, el lecho frío y por únicas compañeras las enfermedades y la vigilia; si, como sucedía á Leopardi, en ella es preciso además ganar la subsistencia á precio de la vida misma, hacer esfuerzos superiores á la salud y contrarios á la voluntad, luchar con la certidumbre de no vencer y prostituir los frutos más nobles del espíritu, vendiéndolos por un plato de lentejas, entonces una vida tan dura y miserable debió parecerle mil veces más cruel y más ignominiosa.

Tenia, pues, el poeta razón para despreciarla, bajo el punto de vista humano. En igual situación, otro la hubiera arrojado lejos de sí como una carga insoportable; pero gracias á la filosofía que del mismo suicidio ha hecho una idea platónica, Leopardi no lo intentó siquiera. Su espíritu estuvo mil veces dispuesto para esperar la muerte, pero ja-

(1) Arved Barine.

(2) *Un précurseur de Schopenhauer.*

(3) Este error de Caro no es tan completo como en M. Aulard que, en la tesis de su doctorado de letras, en que escogió como digno asunto al poeta Leopardi, sostuvo de una manera decidida ser el origen del pesimismo de este poeta únicamente su concepto filosófico de la vida, sin que influyeran en nada para ello sus desgracias personales.

(4) D. Juan Valera en su artículo *sobre los cantos de Leopardi (Estudios de crítica literaria, política, etc.)* enuncia la tesis de M. Aulard antes que nadie, y afirma que «imposible el alma de Leopardi, ó casi impasible al dolor físico, porque supo resistirle, y á los goces físicos porque no los buscó ni los tuvo, y no movida ni agitada por causa alguna sobrenatural, sólo á causa filosófica deben atribuirse sus movimientos y agitaciones.» Sin embargo, dicho Sr. Valera no tarda en desvirtuar su primera aseveración, afirmando después que «Leopardi es filósofo en sus versos á pesar suyo y que tiene por gran poeta á Leopardi, no por su filosofía, sino por su sentimiento y por la forma bella y perfectísima con que sabe expresarlo.»

(5) Los que, como D. Juan Valera, Aulard y Caro atribuyen más influencia á la parte intelectual que á la sensible en el pesimismo de Leopardi, copian la carta que este dirigió á M. Sinner, en que el mismo poeta protesta contra la opuesta aseveración; mas contra esta carta protestan los cantos mismos que autorizó su nombre, y ella no significa sino un nuevo rasgo de fiereza de este génio sombrío, un grito de desden que sale desde el fondo de su atroz pesimismo y que lanza á la faz de la sociedad, de quien, como dice Caro, no quiere recibir ningún consuelo, ni aún el de la simpatía por su desgracia.

más hubo de provocarla. ¡Digno tributo que los mismos pesimistas rinden en aras de ese misterio cuyo velo pretenden haber desgarrado, pero que permanece en realidad tan íntegro y tan impenetrable como siempre!

Leopardi visita, saliendo de Roma, otras ciudades, Milán y Bolonia, donde su fama le atrae y donde algunas publicaciones reclaman su presencia. Dos veces regresa á Recanati para buscar el sepulcro; dos veces se levanta como si la muerte, su fiel amiga, le hubiese tenido compasión. En esta época evoca las almas dolientes de los héroes antiguos, creyéndose en el reino de las sombras y en el panteón de sus antepasados. En esta época también su lira canta con inspirados acentos á su patria la Italia, recordando sus glorias pasadas y llorando sus desventuras presentes.

En todos estos cantos es el mismo poeta pesimista, el mismo desconsolado Leopardi el que habla y el que siente; pero en ellos su pesimismo ha tomado una nueva faz; ha dejado de ser sentimiento subjetivo para convertirse en idea objetiva; se ha extendido en concepto de la vida privada del poeta á la vida de las naciones, negando el progreso y el mejoramiento social. Según las palabras que pone en boca de Bruto, no hay esperanza en las presentes generaciones: «los tiempos se precipitan hácia lo peor, y sería culpable confiar á los nietos podridos el honor de las almas ilustres y la suprema venganza de los desgraciados.»

La oda á la Italia es una composición inspirada como todas, y que atestigua la falta de fe que el poeta tenía en el porvenir. «¡Oh! patria mia, cantaba, veo los muros, los arcos, las columnas, las torres desiertas de nuestros abuelos; pero su gloria no la veo: no veo el laurel ni el hierro que ceñían nuestros padres antiguos. Hoy desarmada muestras una frente desnuda, un pecho desvelado. ¡Ah, qué heridas, qué palidez, qué de sangre! ¡Oh, en qué estado te veo, mujer bellísima! Pregunto al cielo y al mundo: decid, decid, ¿quién la ha reducido á tal extremo? ¡Y lo que es peor todavía, la contemplo ambos brazos cargados de cadenas! Esparcidos los cabellos y sin velo, está sentada en tierra, abandonada y desesperada; oculta su figura entre sus rodillas y llora. Lloro, que mucho tienes por que llorar, Italia mia... Aun cuando tus ojos fueran dos fuentes vivas, jamás tus lágrimas pudieran igualar á tus miserias y á tu desesperación.» «El que escribía estos versos, dice Caro, es un gran patriota, pero un patriota desesperado; y en efecto, esto era, después de todo, Leopardi, que sin dejar de sentir el amor de la patria, no abrigaba las ardientes ilusiones del patriotismo. Si Leopardi hubiera vivido en los años posteriores, si hubiese visto aquella misma Italia pálida y llorosa levantarse con los ojos enjutos, congregada á sus hijos indóciles y recoger los girones de su manto; si hubiera presenciado las gloriosas luchas llevadas á término para conquistar su independencia y realizar su unidad soñada; si hoy mismo en torno de la vieja Roma contemplase reunidos los pedazos de aquel suelo, tumba de tantos héroes y de tantos genios ilustres, quizá hubiera alentado alguna más esperanza en nuestro siglo, y hubiera hecho alguna más justicia á nuestra generación. Pero todo, el aspecto de la patria oprimida, el recuerdo de otros brillantes días, la memoria de otros hombres cuyos esfuerzos parecían perdidos para siempre, todo coadyuvaba á cerrar un horizonte siniestro ante sus ojos y á pesar las tinieblas en la ya oscurísima noche de su espíritu.

Un último eclipse y la noche reina por completo, un último paso y el pesimismo sentimental y desgarrador que vamos examinando, no tarda en convertirse en sistema. Del concepto psicológico, del concepto histórico de la vida forzosamente ha de deducirse un concepto filosófico total. «El corazón del poeta no está retirado en un rincón del mundo: es el centro del Universo;» nada tiene, pues, de extraño que acomode á sus propias sensaciones su criterio general sobre las cosas humanas y divinas. Así es que Leopardi, por resultas de sus impresiones dolorosas y de sus repetidas adversidades, no vacila en llegar á las últimas consecuencias, y después de haber cantado sus propias desventuras, su desconfianza en lo presente y en lo porvenir, sintetiza sus ideas y afirma en absoluto que «la vida sólo vale para ser despreciada,» que es inútil toda creación y toda existencia, ora rueda por los abismos, ora gire sobre los cielos. Ni aún en la mísera cabaña á donde no llegan las sociales agitaciones, encuentra como otros poetas la imagen pura de una felicidad apacible. El pastor errante en el Himalaya pregunta á la luna «si no está cansada de su vida y de su curso;» asemeja á la de ella su propia existencia cuando sale al campo de mañana, y después de recorrerle descansa por la noche, y «nada espera.» «¿De qué les sirve á ambos el vivir? ¿A dónde caminan? Astro ó ser humano viven por la dura ley del destino, sin que caminen á otro fin que á un abismo insondable, donde todo se sepulta y desaparece. De ello deduce, pues, Leopardi «la absoluta vanidad de todo,» y juzga á la raza humana más miserable que la oveja «que jamás siente el tédio ni se dá cuenta de sus dolores y más desventurada que la retama que crece sin conciencia de su vida y sin vana esperanza de su inmortalidad.»

Tales son las últimas consecuencias y las definitivas conclusiones de nuestro desgraciado poeta. A la formación de este concepto filosófico contri-

buyó no poco su escepticismo religioso, cuando la ardiente fe de sus primeros años se disipó como la luz de sus dorados sueños. Leopardi, influido profundamente por alguna creencia religiosa, habría sido pesimista, si, pero no hubiera dejado de abrigar una esperanza en la eternidad, como muchos poetas místicos, antiguos y modernos, desde el autor del *Eclesiastés* hasta el narrador de la lastimera historia de *Atala*. Leopardi, escéptico en religión, sin acertar el por qué de los sufrimientos incesantes de esta vida, ni esperar los prometidos goces de la otra, sin confianza en lo presente ni creencia en la realidad de lo futuro, no pudo menos de concebir al Universo como una horrible tragedia, sin objeto final y sin otra cosa que funestas colisiones. Bajo este aspecto fué más allá que Schopenhauer y que Hartman, no soñando tampoco en el universal aniquilamiento. Creyó más bien, como después Banshen, que era lo trágico la ley eterna del mundo y la única divinidad que quedó á su corazón, fué el destino, «las leyes ciegas é inexorables, cuyos efectos aparecen á la luz y cuyas raíces se esconden en la noche.» (1) lo que se suele llamar Naturaleza por darle algún nombre, y aplicando las palabras de Hartman puede decirse es «dura, fría é insensible como la piedra» (2).

Del seno de esa naturaleza salió Leopardi y á él tornó como tantos otros. Aquella única divinidad en que creía, le acogió al fin en su materno regazo, y en él duerme el tranquilo sueño que tantas veces deseó, sin que le despierten las silenciosas lágrimas que han arrancado sus cantos ni los resonantes ecos que ha producido su nombre. Pero ¿ha muerto por eso el alma del poeta? ¿se ha desvanecido su pensamiento? ¿han desaparecido para siempre las sombras de su pesimismo aterrador? No: esta es nuestra respuesta. Lo que ha nacido de la falta de creencias religiosas en un hombre, de la oscura soledad de un espíritu enfermo, del vacío inmenso de su corazón desolado, se ha convertido en nuestros días en una religión, en una teoría científica, en una escuela filosófica. ¿Por qué? Esto es lo que no trató aquí de explicar. Quizá las mismas causas que inspiraron á Leopardi concepto tan desconsolador, le mantienen en nuestras sociedades decrepitas y desengañadas. Después de todo, el escepticismo, la eterna duda se cierne sobre nosotros sin descanso, y los que preferimos á los vulgares consuelos de la fe teológica las frías investigaciones de la verdad científica, caminamos ante un abismo de sombras y bajo un cielo de perpétuas tinieblas, dejando atrás el cadáver de nuestra esperanza. Acaso, hijos de esta sociedad y de este siglo, estamos contaminados en su propio error y de sus dolencias incurables; pero ¿tenemos la culpa de que nos haya tocado en suerte esta progenie, ni cumpliríamos como buenos renegando de ella? ¿Podríamos desprendernos de las incertidumbres que arrojan sobre nosotros estos temerosos problemas que por todas partes nos acosan y á los cuales, tras tantos siglos de incesantes tareas, no encontramos aún satisfactorias soluciones? Cuando contemplamos el espectáculo, brillante en la superficie, miserable y angustioso en el fondo, que nos ofrece la vida moderna; cuando al lado de la virtud despreciada reparamos el vicio triunfante y lisonjeado; cuando junto al hastiado burocratismo vemos que se arrastra el doliente fantasma del pauperismo desaharado y hambriento, y en lugar de las sublimes palabras evangélicas llegan á nuestros oídos, elevados á suprema ley, los principios de la lucha por la existencia, del éxito de los fuertes y osados y de la destrucción de los débiles y oprimidos, nos inclinamos á desconfiar como Leopardi de lo presente y de lo futuro y á refugiarnos en su fiero desprecio de todas las cosas. Colocados sobre este pequeño planeta, que gira desconocido del resto del Universo, pobres infusorios nacidos para vivir y morir dentro de una gota de agua, en vano nos disputamos los papeles de una tragedia en que todo es fugaz y transitorio, excepto el dolor y la muerte. El más leve movimiento de la rueda grandiosa de las edades, destruye nuestros proyectos y convierte nuestras mismas realidades dichasas en polvo y en ruinas. Aquí en lo íntimo de nuestro corazón abrigamos infinitos anhelos, no saciados jamás, é inútilmente corremos tras el fantasma de una felicidad que nos fingimos y que como un espejismo último nos muestra su lejana visión en los reinos de ultratumba. Una esperanza nos quedaba en ellos, esperanza alentada por la religión y el espiritualismo con sus promesas consoladoras. Pero, si como dice Heine, «se prepara á morir, si se escucha sonar la campana fúnebre, si se llevan los Sacramentos á ese Dios que espira,» ¿quién tornarán sus ojos los desdichados que sufren ni cuándo podrán llamarse bienaventurados los mortales que lloran?

ANTONIO LEDESMA HERNANDEZ.

EL PERSONALISMO

Y LA INDISCIPLINA DE LOS PARTIDOS.

I

Lo calamitoso de los tiempos y los achaques de la edad nos tienen apartados del foro, de la cátedra, de la tribuna y de la prensa, templos donde

(1) Caro, *La maladie du pessimisme*.

(2) Estas palabras las aplica Hartman á la *Filosofía*.

de buena voluntad hemos rendido culto á la justicia, á la verdad, á la libertad y á la patria, ministerios á los que nos llevan nuestras inclinaciones y nuestros hábitos. El más hospitalario y generoso de aquellos es la prensa, y á él acudimos con frecuencia para satisfacer las necesidades del espíritu ó las instigaciones de la conciencia. Porque, devotos fervientes de aquellas divinidades, nos acontece lo que al hijo cariñoso y solícito de la salud de su madre; nos preocupa y nos alarma cualquier síntoma que revelar pueda su enfermedad ó su malestar. Cuando hoy acudimos al santuario de la prensa, dicho se está que alguna preocupación de aquel género embarga nuestro ánimo. Y así es, en efecto. ¡Oh, y si fuese á nosotros solos! poco significaría. Pero esa preocupación embarga hoy el ánimo de cuantos aman, de verdad, el bien de la patria y su porvenir.

Digámoslo sin rebozo. Las divisiones que nos aquejan, el número infinito de partidos políticos, el creciente fraccionamiento de éstos, el espíritu de indisciplina que reina en todos, las disidencias que los disgregan y los postran, las discordias que los envenenan y los matan... son un síntoma grave y alarmante; síntoma que acusa infaliblemente un mal profundo y crónico, un vicio *psorico*, como dicen los médicos de cierta escuela, vicio que destruye la salud y postra las fuerzas del cuerpo social.

Ese síntoma se revela con más intensidad en los partidos liberales, y, dentro de éstos, en los más populares; pero no es peculiar de ellos, no se advierte en todos, hasta en aquellos que rinden culto, con más exageración, al principio de autoridad, y á la cardinal idea de unidad: se advierte y está causando estragos hasta en el seno del partido tradicionalista, del absolutista puro y neto, después de haber reducido á pavesas al antiguo bando moderado. Todo lo cual demuestra, con evidencia, que el mal no procede de la exuberancia de vida de los partidos populares, como algunos optimistas creen ó afectan creer.

No es eso, no. La exuberancia de vida en los partidos, como en las sectas; en los pueblos, como en el hombre, se muestra en lo que hay de más sano, de más robusto y de más bello en la naturaleza y en el hombre: se muestra en la juventud, en la fuerza, en la generosidad, en la nobleza de sentimientos, en lo fervoroso de las creencias, en la intensidad de los afectos, en el desprendimiento, en el olvido de sí propio, en la abnegación. Por estos signos infalibles se conoce y es hermosa la primera edad, así del hombre, como de los partidos, y de las iglesias, y de los pueblos viriles. En aquellas cualidades se descubre la exuberancia de vida.

Pero, ¿son, por ventura, esas cualidades las que informan el atomístico fraccionamiento de nuestros partidos? Léjos de ello: lo que están acusando, lo que denuncian á voz en grito esas disidencias, esas continuas defecciones, esas discordias siempre nacientes, ese espíritu de protesta y de indisciplina, es falta de salud y sobra de achaques y de miserias: lo que revelan es falta completa de abnegación, de amor al bien general, de alteza de miras, de nobleza de sentimientos, y sobra, muchísima sobra de personalismo, de miras estrechas, de pretensiones personales, de cálculos egoístas: lo que revela es que se ha perdido la fe en los ideales, de la cual brotan prodigios de entusiasmo y de generosos arranques, y que se han apoderado de las almas las concupiscencias más disolventes, las pasiones más refractarias al espíritu de asociación, de mancomunidad y de bien público. Y esos síntomas no lo son de exuberancia de vida, sino de pobreza; no lo son de salud y de fuerza, sino de sobreexcitación nerviosa, de apetitos morbosos, de cansancio, de estenuación, de verdadera anemia.

La causa del fenómeno hay que buscarla en otra parte: es harto universal y harto grave para que tenga su origen en un mero accidente. Si así fuera decrecería con el trascurso del tiempo, con la mayor edad de los partidos; y sucede cabalmente todo lo contrario. Indudablemente la causa está en otra parte. Indaguémosla sin prevenciones.

II

Los hechos humanos tienen su fundamento, su origen y su razón de ser en las ideas. Y la filiación ó el grado de parentesco de aquellos con estas se descubre en la más ó menos perfecta consonancia entre ambos. Si Cuvier, á la vista de un solo hueso, acertaba á describir exactamente el animal del que era aquél leve resto, el filósofo y el político tampoco necesitan más que conocer los hechos que ofrece la vida ó la historia de un pueblo, para señalar con exactitud la atmósfera moral, la atmósfera de las ideas en que ha vivido y se ha desarrollado aquel pueblo. Porque escrito está que la aberración del juicio produce la depravación de la voluntad, y que á la anarquía de las ideas responde siempre la anarquía de los hechos.

Nuestra sociedad viene, hace tiempo, poderosamente influida por una idea, verdadera, grande y fecunda, en su esencia; falsa, pequeña y desorganizadora, en su pretensión exclusivista, en su errónea inteligencia. Esa idea es la de la *autonomía individual*. De ella ha brotado indudablemente una gran luz en la esfera del derecho para la solución de los problemas jurídico-políticos, en que se han ejercitado durante largos siglos los talentos y los esfuerzos de tantos sabios: pero también

ha surgido de ella, y con el auxilio de la filosofía atomística, el atomismo político y social, si se nos permite la frase, el individualismo exagerado y enervador de los grandes resortes, el egoísmo disolvente, gangrena de la actual sociedad.

Hay que decirlo alto y claro, por más que duele. El egoísmo estrecho y mezquino, hijo natural de ese individualismo positivista, soberanamente autocrático, que se hace juez y parte en todas las cuestiones, que se da la ley á sí mismo, que juzga sin apelación del valor de sus propios actos, es una verdadera gangrena de la sociedad. No sólo afloja los vínculos sociales, sino que los destruye; porque los hace depender exclusivamente de lo que se llaman *conveniencias*, de los intereses, y por consiguiente, de las pasiones egoístas de cada cual. Y en vez de dar á aquellos vínculos la consistencia y la fuerza que sólo pueden recibir del principio que los enjendra,—la *sociabilidad*, ó sea el amor, la *mutualidad de los servicios*, la *comunidad de afectos*, y el *armonioso concierto de intereses*,—los deja entregados al hipócrita lazo de las llamadas *conveniencias sociales*, y al ruín y deleznable cemento de bastardos intereses, de groseras concupiscencias, ligaduras que, lejos de atar, apartan unos de otros los corazones, unas de otras las almas, despertando desconfianzas y recelos mútuos, inventando bonitas máscaras para cubrir endemoniadas intenciones, convirtiendo la sociedad en campo de explotación, en el que el cinismo y la hipocresía triunfan en todo y por todo del honor, del candor y de la sinceridad.

La soberanía del Yo, esa autocracia individualista es la que ha hecho de la sociedad un purgatorio, y la convertirá en verdadero infierno, si el mismo exceso del mal no trae, como esperamos, el remedio; si el contrapeso de la sociabilidad, es decir, de la abnegación y del amor acendrado, no viene á convertir en armonioso concierto lo que ahora es discordante algarabía, y en saludable medicina lo que ahora es un veneno destructor.

III

Porque el mal que deploramos no anida sólo en los grandes centros, donde todo se mistifica y se contrahace, donde todo se compra y se vende; está también en las ciudades, donde estrechándose las manos todos se muerden, donde cada cual parece un héroe y todos juntos forman un campo de Agramante: se ha apoderado de las villas,

«donde cada señor es un cacique,
cada cacique un absoluto rey.»

y donde *Capuletos* y *Montescos*, *verdes* y *azules*, *oñacinos* y *gamboinos* son héroes legendarios al lado de los *funalistas* que hoy tienen á nuestras hermosas villas convertidas en mansiones infernales; y, por último, la gangrena ha trascendido á las aldeas, donde el que agarra la vara la hace pedazos en las costillas de todo vecino que no se le postra de hinojos, y donde, para agarrarla, no hay picardía que no se medite, ni bajeza que no se cometa.

Esa autocracia del Yo, dando al hombre una soberbia satánica, y haciendo que se ocupe y se preocupe exclusivamente de sí propio, le lleva forzosamente á ejercer, con más ó menos habilidad, con más ó menos desenfado ó hipocresía, el oficio de explotador: y cada cual, en cuanto sabe y puede, procura explotar á la sociedad y al prójimo. Por eso, á los pocos hombres de abnegación y que se sacrifican por el interés general ó por el bien de otros, se les considera tontos ó locos. Por eso, se quiere aprender y se sabe hoy de todo un poco; porque hay que merodear en todos los campos y espigar en todas las tierras. Por eso se ponen tantas velas á San Miguel como al diablo; se visitan todas las cofradías y santuarios; se finge lo que no se siente, se jura, se perjura y se abjura; se incienso lo que no se venera, y se aborrece hoy lo que ayer se amó. Por eso se recomienda tanto no hacer política; encontrando que es más lucrativo jugar á la política; y se hace, con unos, la partida de noche, con otros, la de mañana, y con los que pueden venir, la de tarde. Por eso, tantos partidos y tantos subpartidos. Por eso, tanta política y tan mala política. Por eso, los que más se preocupan de la ganancia, más ocultan las cartas: unos, tras la bandera del altar; otros, bajo el dosel del trono; éstos, á espaldas del estado llano; aquellos á la sombra del proletariado. Porque de todo se hace hoy mercancía y habilidoso tráfico: de la religión y del trono, del tradicionalismo, como de la libertad; de la conservaduría, como del constitucionalismo; de lo federal, como de lo gubernamental: hasta la X ha servido de emblema y banderín en este bazar.

No faltan, en medio de esto,—¡ay de España si faltaran!—no faltan, afortunadamente, quiénes, á riesgo de pasar por tontos, rinden culto á las ideas y las sostienen con fervor, y las practican con sinceridad y consecuencia: en ellos está el remedio del mal: partidarios son casi todos de la idea liberal: muchos de ellos devotísimos de los que se llaman derechos individuales, no por lo individuales, sino por lo inherentes á la naturaleza del hombre; pero con esta diferencia esencial: la de que no han hecho su ídolo de sí mismos; la de que, al lado de sus derechos, ven sus deberes; la de que no es su medro personal la norma de sus acciones: sino que se consideran miembros de varias colectividades; el serlo, les enaltece; se creen nacidos para hacer algo por el bien de los demás; lo cual equi-

vale á decir, que no se consideran individuos; es decir, *números*; sino que se consideran *hombres*. Hay entre unos y otros la diferencia que se advierte entre el epicúreo *Horacio* y el humanitario *Terencio*. Aquel decía:

«*Nos números sumus et fruges consumere nati*» (1) lo que hoy dicen, en otros términos, los individualistas y los autonomistas intransigentes. Mientras que *Terencio* decía:

«*Homo sum: nihil humani á me alienum...*» (2)

IV

Determinar las consecuencias que de uno y otro concepto se desprenden, así para el individuo como para la sociedad, sería tanto como hacer la fiel pintura de lo que es y de lo que debiera ser la sociedad: para lo cual sería preciso escribir otro libro por el estilo del de *Pierre Leroux* (3). Solo que, para lo pasado, sería menester la pluma de Tácito; para lo presente, no bastaría la de Casti, ni siquiera la J. J. Rousseau; y para lo porvenir, habría que pedir prestadas su fé á San Agustín y su inspiración á Virgilio.

Pero apresurémonos á decirlo, aunque vayamos en contra de opiniones muy respetables y de teorías muy en boga: los males del *atomismo* no los cura solo el *humanismo*. Ya lo dijo Rousseau, y es una gran verdad. Hay muchos que alardean de amar á la humanidad, al universo entero, para dispensarse de amar á su prójimo: son cosmopolitas, para no ser ciudadanos, y si se nos apura un poco, para no ser hombres, para no hacer nada por nadie, para amarse á sí propios.

Cierto que el hombre es humanidad: pero es también nación y pueblo y familia. El hombre es partícipe y colaborador de la humanidad en la familia, en el pueblo, en el Estado: es en el seno de estos centros primarios y de otros secundarios, y por medio de ellos, dónde y como el hombre ejerce su acción sobre la humanidad. Esto no lo entienden ó no quieren entenderlo los individualistas, como tampoco los partidarios del cosmopolitismo socialista ó semipanteista. Para ellos el Estado es un mito: y hacen grandes alardes, preguntando á toda hora: ¿qué es el Estado? ¿Por qué no preguntan también: qué es el pueblo? ¿qué es la familia? Si no conciben el organismo viviente Estado, tampoco pueden concebir el organismo familia, ni el organismo pueblo. Y si no pueden negar éstos, ¿por qué niegan aquel? De familia se forma el pueblo (*municipio*, *ciudad*), y de pueblos se compone el Estado. De forma que el Estado no es una mera suma de individuos, y mucho menos una abstracción, como quieren suponer los individualistas; es un organismo viviente compuesto de sus respectivos centros y miembros.

Con toda su autonomía, con su personalidad jurídica, el hombre es parte esencial é integrante de esos centros, y por lo tanto, de aquel organismo. Como tal ser autónomo, como tal personalidad vive y funciona necesaria y naturalmente en la familia, en el municipio, en el Estado; y como las funciones de éste son múltiples y de general importancia, mas bien que el individuo, son colectividades quienes las desempeñan. Esas colectividades son los centros secundarios á que antes nos referíamos, y se llaman milicia, profesorado, magistratura, sacerdocio, etc., en un orden de conceptos: en otro orden esas colectividades se designan con los nombres de artes, oficios, industria, comercio; así como en el orden político se denominan partidos. Y como también en estos y otros centros secundarios vive el individuo, y dentro de ellos funciona como ser sociable, á su modo de existir, á sus reglas constitutivas de existencia, en armonía con la existencia de la sociedad, tiene aquél que acomodar sus acciones y atemperar su conducta. Sin que esta esencial y conveniente subordinación y disciplina contradiga en modo alguno la autonomía individual, ni sirva de argumento contra la libertad. Porque ser autónomo es tanto como ser consciente y responsable, tener personalidad jurídica, estar en manos de sí mismo, esto es, de su conciencia y de su razón: por eso es libre. Pero la libertad es el bien universal de todos y de cada cual, y como tiene ese fin y extrínseca en esa armonía, todo lo que á uno y otro contribuye es esencial y verdaderamente libre. Así como el ser buen socio de una compañía mercantil,—ser laborioso, exacto, fiel, activo, íntegro,—no empece en nada á la autonomía ni á la libertad del hombre, tampoco dice nada contra una ni otra el que el hombre sea buen padre de familia, buen hijo, buen hermano, buen amigo, pundonoroso militar, íntegro magistrado, celoso funcionario, en una palabra, hombre fiel y consecuente á los centros ó colectividades dentro de las que viva, milite y funcione.

Fuera de esos límites, fuera de esas condiciones naturales y esenciales de vida humana, de vida sociable y progresiva, la autonomía es verdadera anarquía, y la libertad verdadera servidumbre. Si la libertad es un derecho, por serlo, envuelve un deber, el respeto al mismo derecho que tienen todos los hombres. Pero la libertad es

(1) «Somos números, y hemos nacido para ser consumidores.»

(2) «Soy hombre, y nada de cuanto es humano lo considero ageno de mí.»

(3) *L'Humanité dans son passé, dans son présent et dans son avenir.*

más que un derecho, es una condición de vida humana: y esta condición entraña otra, la de sociabilidad: condición que explica, que dá sentido moral, que legitima, que santifica y hace sagrada é inviolable la de libertad. Y no es límite de esta la sociabilidad, no: es medida, es criterio, es sanción. El hombre es libre por lo mismo que es sociable; es decir, miembro solidario de la humanidad.

T. RODRIGUEZ PINILLA.

REPÚBLICAS AMERICANAS.

El artículo del señor Varela que publicamos en el número anterior, historiando la elección del actual presidente de la República Argentina, general Julio A. Roca, ha sido tema de consideraciones y comentarios para varios de nuestros colegas, no sólo de Madrid y provincias, sino de Francia é Italia, revelando este hecho el prestigio del autor de ese trabajo y la importancia que se dá á aquella hermosa zona de la América que lleva nuestra sangre.

Estudiando su marcha, su modo de ser, sus progresos verdaderamente extraordinarios y el grado de civilización allí alcanzado, se comprende y justifica la importancia que en Europa se está dando á la República Argentina, en cuyo suelo la libertad y el orden, afianzados en nombre del sentimiento popular, favorecen los verdaderos milagros que allí se producen.

El telégrafo nos anuncia dos hechos igualmente importantes:

1.º La recepción del mando de la provincia de Buenos Aires, del eminente ciudadano Doctor DARDO ROCHA.

2.º La solemne apertura del Congreso y el extracto del discurso que en esa ocasión pronunció el presidente de la República.

Al doctor Rocha le conocen ya los lectores de LA AMÉRICA, por el estudio que sobre su alta personalidad, publicamos hace muy poco tiempo.

Es un hombre joven, lleno de talento, rico en ilustración, ardentemente patriota y dotado de calidad, que garantizan anticipadamente el crédito de su Gobierno, á pesar de los ataques que, como al presidente Roca, le dirijen los órganos del partido que reconoce por jefe al general Mitre, al que Castelar comparó un día con el último de nuestros generales, en materia de *pronunciamientos*.

Su discurso al hacerse cargo del mando, del cual no habla el telégrafo, confirmará plenamente lo que á su respecto decimos.

En cuanto al que ha pronunciado el presidente Roca ante el Congreso, es otra cosa.

Los diarios de Londres traen extractos que permiten formar una idea de la importancia que ha tenido.

Habla con verdad de la situación general del país: presenta sus progresos, su marcha próspera y los recursos que, poco explotados todavía, tiene el país, esperando brazos, capitales, iniciativa y voluntad que los explote.

Estudiando la situación económica, el magistrado argentino, aún cuando declara que hay notable aumento en la renta, promete introducir grandes reducciones en los gastos, como medio de buscar un equilibrio salvador, en los presupuestos generales.

Combatido al ser elevado al poder por un partido, como sucede en todo pueblo donde la libertad es una garantía de la existencia de los hechos pacíficos de la opinión, el general Roca le dirige una palabra amistosa y fraternal, llamándolo á la concordia, buscando, con la unión de *toda la familia argentina*, elementos de fuerza y poder para afrontar cualquier situación que pudiese producir sucesos, que, si calla el Presidente, se comprende *cómo pueden ser*. (La cuestión con Chile).

Hablan las noticias de Buenos Aires de otro suceso que revela elocuentemente la marcha próspera del país y los progresos que hace en todos sentidos.

Nos referimos á la *Exposición Italiana* que acaba de celebrarse en la gran ciudad, á cuya hermosura, ornato y esplendor tanto han contribuido el brazo, la inteligencia y la iniciativa de los hijos de la bella patria de Garibaldi.

Ha sido una fiesta verdaderamente espléndida. Nombrado protector el presidente de la República, se sintió conmovido de placer y de orgullo ante aquel soberbio torneo del trabajo y de la industria, y dirigiendo la palabra á millares de ciudadanos de todos los pueblos que entusiastas asistían al acto, les dijo:

«Las exposiciones son las modernas lides del trabajo humano, que lejos de dejar tras de sus huellas la desolación y la muerte, abren nuevos horizontes á la actividad. A ellas acuden en noble competencia los hombres de todas las razas y todos los climas, con los dones de su suelo y el producto de sus industrias, sus artes, sus ciencias, sus letras y todas las manifestaciones del trabajo, eligiendo así un terreno neutral y pacífico, donde puedan acercarse, estudiarse, comprenderse y perfeccionarse recíprocamente.

Allí vienen, no con el odio en el alma, sino movidos por el anhelo del progreso universal, el asiático, el europeo y el americano,—el hijo de las civilizaciones antiguas, el de las naciones que alcanzan su más alto grado de esplendor y el de los pueblos jóvenes que dan sus primeros pasos en la vida, marchando iluminados por la esperanza, á la conquista de los grandes destinos á que se creen llamados.

A fines del siglo diez y ocho, confundida con los primeros resplandores de la revolución francesa, nació la primera Exposición; pero estos grandes certámenes no han llegado á su mayor desarrollo sino en el siglo diez y nueve, que puede llamarse el siglo de las Exposiciones, como se llama ya del vapor, de la electricidad y de otros gloriosos inventos que tanto han realzado la inteligencia humana.

París, Londres, Filadelfia han asombrado al mundo con el espectáculo de sus exhibiciones colosales, representando el vasto cuadro de todas las conquistas del saber, de la inteligencia y del trabajo, en proporciones tales que jamás soñaron ni la grandeza romana, ni la misma imaginación oriental en sus fabulosos bazares de la India y de la Persia.

Así como las Exposiciones universales contribuyen á la paz, á la prosperidad, á la amistad entre las naciones y á la unidad de la especie humana—las Exposiciones locales, las de los gremios y sociedades estrechan los vínculos entre los habitantes de un mismo pueblo, manifiestan la riqueza pública, las facultades productoras del país y el grado de adelanto diario, haciendo, en una palabra, el invento de su capital como nación.

Por eso cualquier manifestación de este género por humilde que sea, y la presente está muy lejos de serlo, debe recibir nuestros parabienes y nuestros aplausos.

Honrar al trabajo entre nosotros, fomentar y perfeccionar los medios de producción, es acrecentar la riqueza pública y privada, asegurando al mismo tiempo el orden y la paz de la República.

El que trabaja es libre, ha dicho el sábio y esta es una grande y hermosa verdad tanto para los individuos como para los pueblos.

Y cuando considero que esta risueña fiesta ha sido organizada por un grupo modesto de obreros italianos, establecidos en este suelo del que han hecho su segunda patria, es grande la satisfacción que como argentino y como magistrado experimento.

Siempre he mirado con la más viva simpatía esa poderosa corriente de inmigración italiana, que viene á aumentar incesantemente nuestras fuerzas productoras.

El italiano, por otra parte, no es un extranjero en la República Argentina, por cuyas libertades ha derramado más de una vez su sangre generosa.

Al desembarcar en nuestras hospitalarias playas, nada tiene que extrañar, ni el clima, ni el cielo, ni las costumbres, ni el idioma de la madre patria.

Aquí encuentra otra patria que le abre generosamente los brazos, ofreciéndole trabajo y bienestar, al amparo de libertades protectoras y de la igualdad democrática más completa.

Tal es una parte principal del discurso pronunciado por el presidente Roca en la inauguración Italiana.

Cuando un magistrado puede hablar ese lenguaje en presencia de una nación, debe sentirse orgulloso.

P. RUIZ ALBISTUR.

A CALDERON.

Portentosa maravilla
de la gloria de Castilla,
luz del suelo en que nací,
voy á doblar la rodilla
para dirigirme á tí.

En tus obras laureadas
hay más poder, más encanto
y más victorias ganadas,
que en las célebres jornadas
de San Quintín y Lepanto.

¿De jornadas semejantes
y de pompas tan brillantes
qué resta?—Solo un motivo.
¡La memoria de Cervantes
que cayó manco y cautivo!

En cambio tus concepciones
son eternas como el sol;
por ellas muchas naciones
te llenan de bendiciones
y aplauden al español.

Es democrática idea,
encerrada en marco de oro,
tu *Alcalde de Zalamea*;
tu *Vida es sueño*, tesoro
que al filósofo recrea.

Tu estilo es fiel y severo
trasunto de la verdad:
ora te inspire el acero,
ora el canto del jilguero
ó ya ronca tempestad.

Ciencia, génio, inspiración,
la fé guiando su pluma,
la patria su corazón,
tal es el retrato en suma
de Don Pedro Calderon.

Desde el cielo en que se baña
tu noble frente serena,
perdona, rica montaña,
que en el festival de España
te cante un grano de arena.

MÁRCOS ZAPATA.

VERDADES POÉTICAS,

POR DON MELCHOR DE PALAU.

Las nuevas poesías del Sr. de Palau han aparecido en ocasión excelente para ser leídas con interés y merecer todo linaje de aplausos. No sabemos de ningún otro poeta espa-

ñol contemporáneo que haya deliberadamente buscado inspiraciones en la ciencia como él lo ha hecho, y á fé que era ya cansado tanto engendro de imitaciones de Bequer y Nuñez de Arce, y tantas parodias de Campoamor. En el campo de la novela y del drama, Perez Galdós y Echegaray han renovado y creado, pero en el de la poesía todo han sido ora suspirillos germánicos, ora hispánicos gritos, ó bien pequeños poemas, que más bien merecerían llamarse poemas cortos de talla. Por fin ha aparecido quien buscara otros ideales que los transitorios tormentos del amor y que, cual otro Lucrecio, se inspirase en la ciencia revistiéndola con noble y airoso ropaje lírico. Creemos que en nuestro país se iba apagando la antorcha de la poesía y ninguna prueba más palmaria que el enjambre de imitadores que ha invadido con sus versos, de algunos años á esta parte, los estantes de las librerías. Nada han dicho esos autores de segunda mano que no estuviese ya mejor expresado en cualquiera seguidilla ó soleá por lo que se refiere al asunto y que no quedase muy por debajo de los modelos en cuanto á la forma. Excepto las de dos ó tres eminencias, alguna de ellas algo decadente, las demás poesías que han salido casi no compensan la molestia de hojear el tomo. Sabidos son ya de memoria los disgustos de Arturo y Enriqueta, las dudas trascendentes de D. Pánfilo y los grandes sinsabores que han amargado de continuo las horas de D. Manfredo. Una turba de continuadores y émulos de Espronceda, versificadores á destajo y un vulgo innumerable de poetas circunstanciales, se ha encargado de dar abasto á los certámenes que se celebran cada mes en todo pueblo de más de quinientas casas, y de hacer que las hojas literarias de los periódicos puedan lucir columnas rellenas de redondillas y de décimas, por decirlo así, *vertiginoides*. No pretendemos decir que haya sido absolutamente malo todo lo publicado, pero sí que lo poco bueno que se encuentra revuelto con lo ínfimo no es prueba bastante de que su autor sea un poeta con inspiración, estilo y tendencias propias.

Así como en el siglo XVII era preciso saber alguna mitología para escribir versos, y en el siglo pasado, bajo la influencia francesa, era indispensable tener bien aprendidas las reglas, tan aborrecidas de D. Eleuterio, en nuestra centuria no ha sido preciso saber nada para echarse á dar disgustos á los vecinos del Helicon; así, bastó el patriotismo durante la guerra contra Bonaparte, fué suficiente más tarde leer la *Galería de espectros y sombras ensangrentadas*, y modernamente lo es menester más que saber *dudar*, palabra de moda y ocupación poco difícil. Bendito sea, pues, el que dejándose de temas dubitativos nos viene con alguna cosa más consistente y pone en sus creaciones algo que interese más que lágrimas y suspiros en romance ó silva. El que no sea un Musset ó un Bequer, tiene que acudir á lo externo para conmover y hacer sentir. No pueden todos beber tan sólo en su vaso propio, por chico que sea. Esos vasos son muy contados y sus dueños, como el rey de Thule, los arrojan al mar en cuanto mueren.

Precisa, pues, buscar los asuntos fuera de lo íntimo y de lo ya creado. A nadie se le puede ocurrir modelar otra Venus de Milo ó pintar otro cuadro de las *Lanzas*, porque no cabe sobrepujarlos, y así es también empeño insensato volver sobre las sublimes calaveradas de Rolla ó rehacer los inmortales sollozos de Bequer, Heine ó Leopardi. En cuanto á esos seraficos versificadores que se ciñen á dedicar endechas al pasado ó á enviarles sonetos á todos los personajes de viso, nada vá con ellos por tratarse de una clase de entretenimientos que no pueden ménos de alabarse como honestos.

La idea de ir á buscar inspiraciones en la ciencia fué la que nos ha legado el poema eternamente incomparable *De natura rerum*; ella guió también la pluma olímpica de Goëte y mil veces inflamó la mente de Victor Hugo; empero en nuestro país nadie que sepamos la había erijido en principio hasta el presente; tenemos algunas poesías que versan sobre descubrimientos, pero están escritas bajo un punto de vista vulgar. El Sr. de Palau es el primero que se ha erigido en cantor de la ciencia de una manera meditada y original y revestido, por fortuna, de todas las condiciones necesarias para llevar á cabo tan gran pensamiento. La poesía lírica, poco esplendorosa en nuestra historia literaria, según hacia notar en ocasión reciente un ilustre crítico, podría encontrar en la ciencia un manantial riquísimo de inspiración, ya que los demás ideales suelen aquí ser poco eficaces para producir obras maestras, como no se tengan por tales las que han sugerido el Sol, la Luna, el Mar, la Belleza, el Progreso y las Águilas, perpétuos proveedores de temas á los poetas acreditados y laureados.

Esta poesía científica no es la poesía didáctica ni tiene la pretensión de poner en verso lo que debe escribirse en clara y corriente prosa, como la oda *A la Vacuna*, de Quintana, no es el estudio de aquel profiláctico virus; conviene entenderlo así para que á pretexto de escribir una oda á la *Histología*, por ejemplo, no saliese alguien á emular las glorias de D. Juan Arfé y Villafañe, que describió en verso los huesos y los músculos, ó bien se tomasen como modelo de unas endechas á la *Agricultura* las lucubraciones de don Gregorio de Salas en su *Observatorio rústico*. Quien quiera entonar un cántico á una ciencia determinada cualquiera, hará bien en tomar el asunto de la manera que lo ha comprendido el autor de *Verdades poéticas* en su magnífico oda *A la Geología*. Esta composición, llena de nervio y henchida de armonía, es un ejemplo del poderoso auxilio que pueden prestar á un poeta los conocimientos científicos, cosa por otra parte que no es propia tan solo de la poesía, pues vemos á Leonardo de Vinci, Miguel Angel, Meyerbeer y Goëte ser sábios de primer orden y revelar en sus obras la riqueza de sus conocimientos. La generosa ciencia presta la fuerza de su lenguaje y la exactitud de sus frases, y es bastante complaciente para dejar modificar su vocabulario, sin recurrir á metáforas tan ridículas como las que se han empleado para decir *caballo* ó *camisa*. Todos saben con qué mágico estilo sabe hablar Echegaray de cuestiones científicas y cómo ha expresado á veces Castelar las conquistas del progreso. Todo depende del talento del que lo intente.

Comienza el libro del Sr. de Palau con una Oda-prólogo de feliz invención, versificada tan primorosamente y de estructura tan semejante á las del malogrado poeta catalán

Cabanyes, que puede decirse que realiza el deseo de Andrés Chénier en aquel sabido verso:

Sur des pensées nouvelles faisons des vers antiques.

En dicha composición expone el poeta el presente y porvenir de la poesía, y para probar lo que dice siguen las bellísimas odas *A la Geología* y al *Polo Artico* y las hermosas décimas de *El Rayo*. Forma el asunto de esta última joya la aplicación de la electricidad á las necesidades humanas, y es de notar la singular impresión de originalidad que causa leer en verso verdades que parecen sueños realizadas por la briosa elocuencia con que están expuestas. Sirva de muestra la siguiente décima en que hablando del rayo dice:

El, que un tiempo la avanzada
fué de la tormenta ruda
hoy con un poder escuda,
la cosecha amenazada;
con índole trasformada
contempladle á todas horas
como en ansias protectoras
siempre en vela se mantiene
y grita «la nube viene»
á las barcas pescadoras.

La grandeza del asunto sirve al Sr. de Palau para sombrar en sus odas *A la Geología* y al *Polo Artico* imágenes llenas de novedad, magnificencia y audacia, y para desplegar la mayor habilidad y gusto en la rima. Algunas palabras técnicas encerradas en aquellas brillantes estrofas dan extraordinaria fuerza al discurso y producen vivísimo color.

Aún cuando las poesías de nuestro autor debiesen considerarse como meras tentativas para implantar un nuevo género, su propósito está cumplidamente realizado. En esta época que huye de todo lo falso y convencional y que está enamorada de la verdad y de la forma, no puede ménos de merecer aplausos el que busca en las verdades nobles y generosas la fuente de su inspiración y tiene para expresarlas las peregrinas condiciones de poeta de que ha hecho ya gala en otras ocasiones el Sr. de Palau. Su libro viene á corroborar la exactitud de las palabras del gran Claudio Bernar cuando exclamaba: «La ciencia no contradice las observaciones y los datos del arte y no puedo admitir la opinión de los que creen que el positivismo científico ha de matar la inspiración. Según mi entender, lo contrario es lo que sucederá necesariamente. El artista encontrará en la ciencia bases más estables y el sábio sacará del arte una intuición más segura.»

Cuando no son posibles nuevos *Intermezzos*, ni mejores *Doloras*, vale más buscar otros horizontes que cansar repitiendo lo sabido, pero teniendo presente siempre que no se puede prescindir de la belleza y la belleza estará encarnada eternamente en los moldes clásicos de los cuales en medio de su originalidad se ha mostrado profundo conocedor el distinguido ingeniero-poeta.

ALFREDO OPISSO.

En el ducado de Schleswig se ha presentado un fenómeno curioso.

Cerca de Apenrade, ciudad cabeza del distrito de su nombre, se está abriendo un pozo artesiano.

Al llegar á la profundidad de 117 piés fué preciso desviar la sonda á causa de haberse tropezado con una durísima piedra. Un sordo rumor se produjo. La sonda trabajaba sobre un terreno arenoso, y á cada golpe penetraba en tierra profundamente, cuando de improviso la tierra y las piedras que formaban la carga de la sonda salieron despedidas con gran fuerza por la boca del pozo, esparciéndose en ancha parábola en la llanura. Al ruido de la detonación siguió un silbido agudo ocasionado por la salida de una corriente de gas fétido que se encendió fácilmente con un fósforo, elevándose la llama á gran altura. Nuevas erupciones y violentos sacudimientos la apagaron, pero encendida de nuevo, ha seguido luciendo con igual intensidad que en los primeros momentos, siendo perceptibles sus reflejos desde gran distancia.

Hoy se ha recibido un telegrama de Roma anunciando que Depretis ha aceptado el encargo de formar Gabinete en Italia, con la condición de declinar esta tarde dicho honor si encuentra dificultades para constituirlo.

La mayoría de las Cámaras está indisciplinada, lo cual es un obstáculo para que cuente con su apoyo ningún Gabinete.

Todo hace creer que se disolverá el Parlamento.

Las guarniciones de varias ciudades de Rusia han sido reforzadas á toda prisa ante el temor de que surjan nuevos trastornos.

Los judíos que habitan poblaciones rurales se refugian á las ciudades.

La eferescencia aumenta á pesar de las severas precauciones militares que se han adoptado.

Los periódicos portugueses dedican sus artículos de fondo á Calderon de la Barca y algunos reproducen el retrato del célebre poeta madrileño.

Ha quedado compuesto el cable telegráfico entre Jamaica y Santiago de Cuba, siendo restablecida por consiguiente la comunicación entre Puerto Rico, Cuba y la Península.

